



Autores Varios

Bruguera 18° Selección

Comentario [LT1]:

CONTENIDO

Presentación: Enfrentamiento de culturas

La leyenda y la química, por Arthur Sellings

La gran rosquilla cósmica, por Ray Nelson

Punto de inflexión, por Arthur Porges

La cueva, por Yevgeny Zamyatin

Pater uno, Pater dos, por Patrick Meadows

Actitudes, por James H. Schmitz

La patrulla del sueño, por Charles W. Runyon

PRESENTACIÓN

Enfrentamiento de culturas

Uno de los temas más apasionantes de la historia del hombre es, sin duda, el del encuentro e interfluencia de dos culturas distintas. Encuentro que, como la historia nos enseña, demasiado a menudo suele ser violento, debido a la dificultad de armonizar mentalidades y escalas de valores diferentes.

En la SF, este tema brinda inagotables posibilidades especulativas y, de hecho, constituye una de las vertientes más interesantes del género.*

La forma fantacientífica más obvia de plantear el encuentro de civilizaciones diferentes consiste en enfrentar la cultura humana con otra extraterrestre. Este enfrentamiento puede ser abiertamente hostil, como casi siempre ocurría en la primitiva SF, y como sigue ocurriendo a nivel de subproducto. La patrulla del sueño y Actitudes constituyen sendas sofisticadas muestras de la lucha del hombre contra razas exteriores, dotadas de armas y poderes imprevisibles.

Afortunadamente, no todos los autores comparten esta visión xenófoba. En otras ocasiones, las relaciones son cordiales, incluso entrañables, como en el caso del pequeño marciano de La gran rosquilla cósmica, que no soporta ver sufrir a los humanos y los induce a reconciliarse entre sí, o el protagonista de La leyenda y la química, que se sacrifica para salvar a una raza extraterrestre.

Pero para plantear un enfrentamiento de culturas, la SF no necesita salirse del marco de nuestro planeta. Así, en Punto de inflexión, la «cultura» que se enfrenta a la humana se ha ido desarrollando en nuestro mundo desde tiempos inmemoriales, y en Pater uno, Pater dos son dos estadios de la misma cultura los que se encuentran, en un marco de resonancias épicas donde el hombre lucha por su continuidad.

Y, en sí misma, la SF representa el encuentro y la necesidad de fusión de dos culturas arbitrariamente separadas: la humanístico-literaria y la científica. Al abordar la tecnología avanzada como factor sociológico decisivo, y al señalar en él hombre y la sociedad los verdaderos protagonistas de la aventura científica, la SF propugna la superación de esa dicotomía artificial demasiado tiempo mantenida.

CARLO FRABETTI

* Designación internacional abreviada, basada en la terminología anglosajona Science-Fiction, para referirse a la literatura de ciencia ficción.

LA LEYENDA Y LA QUÍMICA

Arthur Sellings

La vieja metáfora del artista que pone parte de su ser en su obra adquiere en este extraño y conmovedor relato su significación más literal. Un relato lleno de patética poesía que, saliendo al paso de esa xenofobia tan habitual en la SF, describe el sacrificio de un terrestre por una raza no humana.

La astronave regresó de su viaje por el interespacio.

Los seis hombres de su tripulación estaban sentados en sus sillones tratando de dominar la angustia, el acelerado latido de sus corazones y el terrible zumbido en sus tímpanos. Todos trataban de reajustar sus respectivos organismos tras aquel momento de muerte.

Momento... Muerte. Dos términos meramente aproximativos. Y es que el vocablo «momento» sólo tiene un significado en el mundo temporal, y la muerte es una cosa real. Sin embargo, el lugar en que habían estado no tenía una realidad objetiva. Aquel mundo de las matemáticas, habitado únicamente por símbolos, análisis e integrales, había sido descubierto o inventado por el hombre, o quizá inventado primero y descubierto después..., pero ciertamente no era un mundo en el que los hombres debían habitar, sino un mundo que debía ser atravesado lo más rápidamente posible.

Incluso ahora, de regreso al universo real, el mismo tiempo pareció tardar un largo instante en reemprender su marcha. Los miembros de la tripulación se miraban angustiados y temblorosos unos a otros.

De repente, se oyeron unos pasos.

—¿Adónde se dirige, señor?

La voz de Wessel implicaba autoridad, a pesar de que se trataba de unas simples palabras pronunciadas débilmente debido al esfuerzo que había estado haciendo últimamente.

Regan se detuvo, pero daba la impresión de que era sólo por un instante y que pensaba proseguir su camino. Luego se volvió y dijo:

—Sólo iba a echarle una mirada al planetoscopio.

—Esa es una labor que le corresponde a Cohen.

—Vamos, no es para tanto. Ya sé que es una función que le corresponde a él, pero no existe ninguna regla que me impida echarle una mirada al planetoscopio.

—Sí que existe, señor —replicó el capitán, con voz más autoritaria—. La regla dos-siete: toda la tripulación deberá permanecer en sus sillones durante veinte minutos después de la transición interdimensional.

Regan se encogió de hombros mientras miraba de reojo a los otros cinco miembros del *Bellamy*. Wessel se dio cuenta de lo que aquella mirada furtiva significaba. En primer lugar, que el grado, los miembros de la tripulación y las reglas no tenían ningún significado en aquel preciso instante. Y en segundo lugar, que la regla dos-siete podía estar indicada para el personal de edad avanzada, pero no para jóvenes de diecinueve años que podían reponerse en pocos segundos del esfuerzo y agotamiento físicos que implicaba la transición tridimensional.

«Viejos, probablemente es así como nos considera a nosotros —pensó para sí Wessel, mientras trataba de ocultar una sonrisa—. Ya sé que el límite de edad es cuarenta y dos años, *pero si no tienes en cuenta, hijo, la regla dos-siete, puedes estar seguro de que pronto te encontrarás más envejecido que estos decrepitos hombres de treinta y cinco años que en este instante están a tu lado.*»

Regan volvió a sentarse en su asiento y preguntó a los demás, haciendo gala de un

fingido buen humor:

–¿Conoce alguno de ustedes algún chiste nuevo?

–Sí, yo sé uno –respondió Cohen– sobre un decápodo rigeliano y una gaita. No sé si lo sabrás, pero...

–Claro que lo sé –le interrumpió Regan–. Hace ya doscientos años que conozco ese chiste; además, no era un decápodo sino un octópodo.

–¿Así que hace doscientos años ya estabas por ahí? –le preguntó Cohen, con sorna.

–Naturalmente que sí. Estoy por ahí desde el principio de las cosas. El Gran Viejo me tomó a su servicio en aquella época, y en cierta ocasión me preguntó si los electrones giraban realmente alrededor de los protones o si eran los protones los que giraban alrededor de los electrones. Estaba muy preocupado por esto.

Regan se echó a reír. Los demás permanecieron callados.

–Sí, amigos míos, yo estaba también cuando los faraones construyeron las pirámides –prosiguió Regan–. También estuve cuando...

–Está loco –dijo Kroger, el biólogo.

–Sí, seguramente me he vuelto loco debido a la transición interdimensional, *papá*. Pero déjeme continuar.

–Te merecías un buen puntapié –dijo Kroger.

–Si estuviéramos en la Tierra no me importaría que me dieran mil puntapiés, pues prefiero los malos tratos de un ser humano a los de...

–Está visto que ustedes, los jóvenes...

–Pero, ¿es que no podemos hablar de otra cosa estando en esta situación? –intervino McLeod, el especialista en estadística, interrumpiendo a Kroger.

–Dígaselo a él –replicó este último.

–El señor McLeod tiene razón –dijo Regan, burlonamente–. Esta es una ocasión importante: la expedición número tres mil seiscientos siete... ¿o es la ocho?

Wessel permanecía indiferente ante aquella situación, ya que comprendía lo que se ocultaba detrás de ella. Regan era un novario, es decir, un miembro de un país que los jóvenes, en un último intento de desesperación, habían comenzado a construir en el Sahara hacía ya cincuenta años. El resto del mundo les había otorgado muy gustoso aquel lugar. A partir de entonces, aquel país se convirtió en la tierra de promisión de todos los jóvenes del mundo. Algunos se quedaron, pero muchos regresaron. Estos últimos no hablaban mucho de lo que habían visto allí. Y en cuanto a los mayores, no les agradaba hacerles pregunta alguna, satisfechos de haber encontrado una solución al problema. El lenguaje de un chico como Regan –un lenguaje de mediados del siglo XX que ellos habían resucitado– era una tosca reminiscencia de aquella época en que las fricciones entre las generaciones estuvieron a punto de desembocar en una guerra civil.

–Pero, entonces, ¿por qué te enrolaste? –le preguntó Fry, el antropólogo.

–Porque en Novaría aún no podemos construir naves espaciales –le respondió Regan–.

¿Y por qué se enroló usted?

–Para descubrir por qué el hombre, hace cinco mil años, tomó el camino que le condujo aquí.

Fry era, un hombre pequeño, discreto e inteligente, dotado de unos modales muy sencillos. De no conocerse a fondo, se le habría tomado por una persona vanidosa.

–¿Y lo descubrió, amigo?

–No, hace diez años que estoy intentando descubrirlo, y todavía no lo he conseguido.

–¿No lo habrá descubierto otra persona?

–No, a menos que alguien haya encontrado la respuesta después de que abandonáramos la Tierra. Hasta ahora, la civilización más avanzada que se ha descubierto puede considerarse a un nivel mucho más bajo que la de los mayas.

–Entonces tardará mucho en descubrir lo que pretende, ¿no es así?

–Yo no diría tanto. Digamos simplemente que mi ignorancia sobre la materia no es ahora tan grande. Cuantas más civilizaciones descubrimos, más nos damos cuenta de que aún existen muchas otras por descubrir. Por otra parte, no nos explicamos cómo alrededor de un pequeño lago de un insignificante planeta surgió de repente una gran cultura.

–¿Qué lago?

–El Mediterráneo.

–Oh, sí –respondió Regan–. ¿Interacción? ¿Cruce de culturas y civilizaciones? Fry meneó la cabeza.

–Esos factores se presentaron en la India, muchos siglos antes. Y también en China. Pero no ocurrió aquí. Evidentemente, lograron alcanzar un alto nivel en el arte y la cultura, pero sólo fue en teoría.

–¿No es posible que estuvieran *demasiado* organizados?

Fry le miró con curiosidad.

–¿Cuándo estudió usted antropología?

–¿Quién, yo? ¿Está usted bromeando? –respondió Regan a la defensiva–. Soy el único hombre a bordo de esta nave que lleva a cabo un cometido extraño. Y ello es así porque me dieron una educación también extraña.

Luego, cambiando de tema, Regan preguntó:

–¿Cuánto tiempo falta, Skip?

–Ocho minutos.

–¿Qué fastidio.

–Usted se queja de que el tiempo pasa muy lentamente –comentó Fry, sonriendo–, pero para mí corre demasiado. Sólo dispongo de tiempo para tomar unas pocas notas...

–*¡Unas pocas!* –exclamó McLeod, extrañado–. Durante el último viaje me tuvo trabajando en el Adi durante todo el tiempo de regreso a la Tierra.

–Sí, es cierto.

–¿Quién es Adi? –preguntó Regan.

–Son las iniciales de un aparato: Analizador de Datos del sistema Intermedio –le explicó McLeod–. Aunque yo diría que es un pote de lata que nos molestamos en traer hasta aquí para llenarlo y luego regresar y vaciarlo.

–Si Mac se empeña en definir estos delicados aparatos electrónicos de una forma tan vulgar, la investigación hará de nosotros unos científicos sin nada que hacer, excepto manipular los mismos –intervino Kroger–. Sin embargo, algún día se llegará a construir unos Adis más perfeccionados, con cámaras, espectroscopio, colectores de muestras e incluso conseguiremos despertar en ellos ciertos instintos. Y cuando llegue ese día, entonces podremos descifrar muchos misterios que aún nos oculta la Tierra.

–Ya lo ha visto usted –dijo Cohen–. Mac no hace más que soñar en el día en que Fry pueda encontrar las pruebas de que en algún lugar del universo Adi creó al hombre, y no al revés.

Todos se pusieron a reír, pero la risa duró poco. Cohen tenía un talento para decir las cosas no–absolutamente–erróneas en el momento no–absolutamente–propicio. Les dijo que en aquel instante todos se encontraban en un universo inmenso, extraño y solitario y que sólo se hallaban protegidos por la delgada envoltura de su nave espacial. También les recordó que el hombre había tenido varios miles de contactos con muchas razas que había descubierto, pero ninguno de los miembros de esas razas había podido responder a las preguntas que el hombre les había hecho. El haber estado durante setenta años en un mundo lleno de estrellas les había proporcionado gran cantidad de datos, pero muy poca información de valor. Pero siempre había el temor de que un día una expedición llegase a un mundo, y la respuesta estuviese allí; una respuesta que seguramente al hombre no le agradaría haber encontrado.

–Bueno, amigos, creo que ya hemos hablado bastante –intervino Wessel.

Luego se volvió hacia Cohen y le dijo:

–Ve a mirar en la pantalla. Ah, llévate a Regan contigo.

Instantes después, Regan volvía con las informaciones.

–Un planeta parecido a la Tierra. En cuanto a su atmósfera, parece que es de salsa –añadió bromeando.

Al cabo de unos minutos regresó Cohen, ampliando los datos anteriores:

–La masa es más baja, la gravedad superficial es nueve–dos–dos TMG. La atmósfera es densa, pero respirable.

–¿Sólo ha detectado ese planeta? –preguntó Wessel.

–No, hay dos planetas de metano junto a él.

Todos hicieron un gesto de extrañeza, excepto McLeod, que bruscamente se puso a estudiar aquellos informes. Aquellos super–Adis, como Kroger los había bautizado jocosamente, habían sido planeados en la Tierra para poder ser utilizados en otros mundos con atmósfera de metano o carentes de oxígeno.

–Bueno, más vale eso que nada –dijo Wessel–. Y ahora, dispongámonos a descender.

La astronave comenzó a descender lentamente. Cohen se encargó de las lecturas de los vectores. McLeod las alimentó en las computadoras. Mientras, Wessel traducía los resultados en acción, manipulando con sus dedos en el cuadro de mandos.

McLeod pensó que aquello daba la impresión de que estaban descendiendo sobre un mapa del tiempo, ya que las líneas isóbaras se mezclaban con las isodinámicas danzando entre ellas como un artista en el trapecio. Wessel, por su parte, se puso a pensar en los relatos que le contara su abuelo sobre aquellas astronaves que al descender se estrellaban contra la superficie de un planeta desconocido.

Aquel planeta brillaba como un disco de color verde azulado de aspecto muy parecido al de la Tierra, a la que todos recordaron con nostalgia en aquel momento. Pero a medida que se iban acercando al mismo, comprobaron que el color verde no correspondía a la vegetación, ni el color azul a sus mares. Aquel planeta estaba integrado por cinco sextas partes de tierra, al menos por el lado por donde ellos se acercaban; una tierra que se componía, al parecer, más de mineral que de vegetación.

El capitán posó la astronave a media distancia entre el ecuador y un polo. Abrieron la puerta y descolgaron la escalerilla metálica. A continuación los hombres descendieron, comprobando que sus piernas estaban sometidas a una auténtica gravedad y que podían respirar el nuevo aire. Luego se pusieron a observar a su alrededor.

Se encontraban en el centro de una altiplanicie verde, bañada por un sol de color naranja y rodeada por una cadena de montañas de cimas puntiagudas. En algunos puntos de la altiplanicie existían afloramientos de cristal azul. El verde azulado era el color del suelo, mientras que el color de la vegetación era de un rojo muy intenso.

Un pequeño animal, de color malva, del tamaño de un zorro, salió de su madriguera y los contempló con sus polifacéticos ojos. Regan se paró en seco, cogió un trozo de cristal del suelo y lo lanzó contra el animal. El cristal golpeó la cabeza de la extraña bestia, derribándola al suelo. Regan la recogió, mientras aún agonizaba, y se la trajo a Kroger. La sangre que manaba de su herida era de color azul brillante.

–Muy interesante –dijo Kroger, mientras extraía de su bolsa los instrumentos para disecarlo.

Mientras tanto, Cohen se dedicó a recoger trozos de aquellos misteriosos cristales azules. Cualquier planeta siempre ofrecía interés para ambos. Por su parte, Fry no se atrevía a moverse, contemplando asombrado la escena que se ofrecía a sus ojos.

–Bueno, doctor, ¿qué piensa de este planeta que acabamos de descubrir? –le preguntó Regan.

–No sé qué decir; pero después de tantos viajes espaciales como he hecho, uno llega a la conclusión de que existen mundos misteriosos que encierran formas de vida muy interesantes.

–Pero ¿no conoce usted este lugar?

–No –respondió Fry–. Pero puedo estar en un error. ¿Le importaría echarme una mano

para sacar de la astronave el aparato volador?

–Desde luego.

Entre ambos sacaron de la astronave un extraño aparato volador de dos asientos y grandes alas. Aquella escena daba la impresión de una mariposa de color naranja brillante saliendo de una crisálida.

Regan pareció asombrarse cuando pudo ver por completo aquel extraño artefacto volador.

–¿Me deja que lo manipule?

–Tendrías que hacer un curso para manejar este tipo de aparato –le respondió Fry–. Pero, si tienes mucho interés, puedes acompañarme.

Ambos subieron al artefacto. Bastó solamente unos segundos para que el extraño aparato volador, impulsado por un motor Greiff-Jones, se elevara a una altura de doscientos metros y sobrevolara las cumbres de las montañas. Luego el aparato comenzó a elevarse más, hasta que Fry consideró que había alcanzado la altura más idónea para sus investigaciones desde el aire.

–Un niño de tres años podría manejar un aparato como éste –dijo Regan.

Fry sonrió. Después, inesperadamente, maniobró en los mandos e hizo que el aparato se remontara verticalmente como si fuera un cohete, para luego hacer que recuperase su posición de vuelo horizontal. Miró a Regan, que se había puesto muy serio.

–¿Qué es lo que trata de demostrarme haciendo estas peligrosas piruetas? –murmuró tembloroso Regan.

–Nada. Se trataba sencillamente de un flujo de onda debido a la nivelación del campo magnético del planeta con el térmico. No tuve más remedio que maniobrar de ese modo.

Regan se encogió de hombros y miró hacia otro lado.

En aquel momento se hallaban sobrevolando una vasta llanura al otro lado de la cadena de montañas. De pronto, Regan vio algo extraño y le dijo a Fry:

–Mire.

Con el dedo le indicó hacia una montaña aislada, en cuya cima, aplanada, se veía un orificio por el que fluía una columna de humo de color rosa.

–Se trata de un volcán –le dijo Fry.

–Está usted equivocado –le respondió Regan.

Fry le dirigió una mirada despectiva.

–En otros tiempos pudo haber sido un volcán –admitió Regan–, pero ahora no lo es, a menos que esos individuos sean auténticas salamandras.

–¿Individuos? –preguntó extrañado Fry.

–Bueno, en todo caso, quiero referirme a esas criaturas que encienden fuego.

Fry agudizó la vista mientras se preguntaba si realmente aquel joven había visto señales de vida. Él, desde luego, no veía nada. Pero unos segundos después pudo observar a través

de la humareda un conjunto de edificios y señales inequívocas de gente moviéndose.

Sobrevolaron el cráter. Cerca del mismo se veía un grupo de varios cientos de edificios, dispuestos en dos círculos concéntricos; el del centro era mucho más pequeño. En cuanto a sus edificios, aunque eran de un solo piso como los demás, eran más grandes y estaban más engalanados. Los demás parecían hechos de adobe, pero en realidad estaban contruidos de grandes bloques que brillaban con tonalidades azules, verdes y malvas bajo la acción de los rayos del sol. De uno de estos edificios salía humo de color rosa, pero la principal fuente de éste se hallaba al pie de las paredes del cráter. Por un instante, Fry pensó que se trataba de alguna actividad residual volcánica, hasta que se dio cuenta que el pie de las paredes del volcán presentaba numerosos orificios parecidos a las entradas de una caverna. Algunos de estos orificios estaban tapados con planchas de roca, mantenidas con puntales. En cuanto a los otros orificios, aquellos de los que salía el humo, estaban sin cubrir. Y fue alrededor de estos últimos donde Fry observó gente –criaturas– moviéndose.

Fry no podía ocultar los sentimientos contradictorios que en aquel momento se habían apoderado de él. En efecto, a medida que se iban acercando, ya no tuvo la menor duda de que aquel planeta estaba habitado; habitado por *gente*, por humanoides. No, no podía haber la menor duda. Fry había tenido ocasión en otros viajes por el espacio de encontrar las cosas más sorprendentes, pero ninguno de aquellos descubrimientos podía compararse con este que ahora tenía ante sus propios ojos. Recordó que una vez había descubierto una extraña raza de anfibios, muy parecidos a los delfines en cuanto a su forma, pero dotados de unas patas rudimentarias. Eran unas criaturas muy inteligentes, pero que tardarían millones de años en desarrollar algo parecido a manos. En otra ocasión había descubierto un misterioso tipo de lagarto en Lovell Tres. Años después, Fry había tenido la oportunidad de encontrarse con una raza bovina de cuadrúpedos erectos, y, un poco más tarde, un extraño pájaro que localizó en el vigésimo tercer planeta de la misma constelación... Pero todos aquellos descubrimientos anteriores no podían compararse en absoluto con aquel que ahora tenía ante sus ojos, pues éste constituía una prueba irrefutable de una civilización altamente desarrollada.

Fry siempre había pensado que la respuesta –si es que realmente existía alguna vendría de una raza no humanoide, cuya escala de valores no humana se prestara a una confrontación con la de los hombres.

A medida que los dos terrestres descendían comprobaron que aquella gente salía de sus casas y de aquellos extraños orificios por donde brotaba el humo. Fry aterrizó en un lugar distante del círculo exterior. Los dos hombres descendieron y esperaron.

Los nativos se ocultaron detrás de sus casas y se pusieron a observar a los dos científicos. Eran altos y de aspecto frágil. Tanto los hombres como las mujeres llevaban por única indumentaria un trozo de tela alrededor de sus caderas. Los niños iban desnudos. Hubieran podido pasar por alguna tribu de la Tierra de no ser por el color azul de su piel y sus ojos polifacéticos, como los de aquella bestia que momentos antes matara Regan.

Uno de los hombres avanzó hacia ellos; se hallaba cubierto por una larga capa, ricamente adornada. Sin duda alguna se trataba del jefe de la tribu. Su rostro estaba repleto de arrugas, pero no daba la impresión de ser un anciano. Se detuvo delante de los dos terráqueos y extendió las palmas de sus manos en dirección a ellos.

–¿Será una señal de paz? –murmuró Regan.

–Por mi parte, creo que el gesto es demasiado brusco para interpretarlo como una señal de paz –respondió Fry.

Regan y Fry permanecieron en su sitio, como clavados en el suelo, sin atreverse a decir una sola palabra.

De repente, la expresión del rostro del jefe de la tribu cambió, dando paso a una mirada de odio. Luego volvió el rostro e hizo una señal. Inmediatamente se le acercó un joven que llevaba una lanza –o una especie de venablo en la mano. Este permaneció junto a él sin moverse.

Fry llevó inmediatamente la mano a su pistola cuando vio que el joven guerrero se disponía a arrojar la lanza contra ellos. Entonces se echaron a reír: la lanza cruzó suavemente el aire pasando entre ambos terráqueos. Regan se agachó y recogió la lanza del suelo, dispuesto a lanzarla contra el joven guerrero.

–No –le dijo Fry, mientras le sujetaba el brazo.

Se trataba de un arma inofensiva, hecha toscamente con una ligera madera fibrosa, en cuyo extremo había un trozo de aquel cristal azul que antes descubrieron en la superficie del planeta. Quizá para aquella gente primitiva se trataba de un arma peligrosa y a lo mejor su punta estaba impregnada de veneno, pero Fry comprendió en el acto que aquella especie de venablo no podía hacerle daño a un terráqueo. Luego cogió el venablo y lo rompió, golpeándolo contra su rodilla. Y para demostrar a aquella gente que ellos eran más poderosos, sacó su pistola–láser de la funda y disparó contra una roca cercana, haciéndola trizas. Luego volvió a enfundar el arma.

El jefe y el guerrero retrocedieron. Detrás de las casas se oía un gran alboroto. Fry le ordenó a Regan que permaneciera junto al aparato volador mientras él se dirigía lentamente hacia los nativos. Todos se separaron. Fry continuó caminando, mientras ellos se apartaban para dejarle paso. Atravesó el primer círculo de edificios y se dirigió al centro del «poblado».

Fry se detuvo ante el edificio más grande. Probablemente sería la casa del jefe, el lugar de reunión de su consejo o quizá un templo. Era una hermosa construcción. Estaba hecha con bloques de cerámica, y sus frisos, a la altura de los ojos de Fry, estaban adornados con jeroglíficos. Fry los observó detenidamente y pronto se dio cuenta que aquellos jeroglíficos representaban rudimentariamente varios soles de los que partían numerosos rayos. Aquel tipo de jeroglíficos los había visto Fry en otros muchos planetas. Penetró en el edificio.

A la débil luz de unas lámparas que pendían del techo, pudo comprobar que se trataba de la única estancia del edificio. En aquel momento se hallaba desierta, pero el centro de la misma, situado por debajo del nivel del suelo, parecía constituir el lugar de reunión de la asamblea del pueblo. Fry sintió un extraño olor. Miró al suelo y vio que había unos restos de raras frutas amontonadas sobre unas esterillas. Pero, a medida que sus ojos se fueron acostumbrando a la luz del interior de aquella estancia, lo que más le llamó la atención fue una hilera de vasijas, situadas a lo largo de las paredes y de una belleza realmente sorprendente.

Ninguna de aquellas vasijas tenía una altura de menos de un metro y algunas medían

casi dos. Eran de varios colores, desde el blanco perla al negro, pero las más hermosas, de tonalidad azul, estaban colocadas en hileras unas sobre otras. Tenían formas distintas, y muchas de ellas presentaban vetas y estrías. A pesar de que Fry había encontrado objetos maravillosos en sus numerosas visitas a otros planetas, ninguno podía compararse con los que ahora tenía ante sus ojos. Ni las joyas en forma de burbujas que descubriera en Lovell Tres ni los nidos intrincados y engalanados de los diminutos pajaritos de Betelgeuse Veintitrés podían compararse con aquellas hermosas vasijas.

Oyó un ruido detrás de él. En el instante en que se volvía, se dio cuenta de que se trataba de un ser humano: Fry se había dado cuenta de que los nativos de aquel planeta se movían muy silenciosamente, casi ni se les oía al caminar. En efecto, era Regan quien se encontraba detrás de él.

–¿Cómo has podido dejar abandonado el aparato volador? –le espetó irritado Fry.

–No se preocupe usted por eso, esta gente es inofensiva y no es capaz de destrozar el aparato –le respondió Regan–. Además, ya me he dado cuenta que nos tienen miedo. ¡Caramba, qué bonitas son estas vasijas!

Fry comprendió en aquel instante cuan infantil era Regan.

–¡Santo Dios! –exclamó el muchacho–. Son preciosas.

Durante unos minutos, Regan permaneció absorto, contemplando aquellas vasijas. Luego, al darse cuenta de que Fry no le quitaba la vista de encima, le dijo:

–Si pudiéramos llevarnos un par de estos recipientes a la Tierra, haríamos una fortuna.

–No pienses en eso ni por asomo –le respondió Fry–. Quizá cuando regresemos nos llevemos una de las más pequeñas. Naturalmente, siempre que esta gente nos lo permita.

–¿Nos lo permita?

–De todas formas –insistió Fry, al darse cuenta de la mirada codiciosa de Regan–, todo lo que nos llevemos a la Tierra lo tendríamos que entregar al Museo del Centro. ¿Lo olvidaste?

–Sí, me había olvidado de ello –respondió de mal humor Regan.

Fry estaba molesto con él.

–Vamos. Creo que ya va siendo hora de que informemos a los demás.

–Podemos informarles por radio –replicó Regan–. Quiero echarle una mirada a todo esto.

–Creo un deber recordarte que sólo eres un miembro subalterno de nuestra tripulación –le dijo Fry secamente–. De modo que si no te importa...

Al día siguiente, el capitán Wessel salió con Fry. Regan protestó, ya que en el aparato volador sólo había sitio para dos personas. Pero el capitán Wessel le hizo callar, diciéndole tajantemente:

–Si existe una raza inteligente en este planeta, es mi deber comprobarlo personalmente. En cuanto a ti, no te preocupes; los demás miembros de la tripulación ya te encontrarán un

trabajo que hacer.

Regan se alejó molesto, mientras el capitán Wessel y Fry se introducían en el aparato volador.

–No estoy muy satisfecho con Regan –dijo Fry, mientras sobrevolaban las montañas–. Hay algo en él que no me agrada. Me refiero a su forma de comportarse.

–¿Por qué?

–No lo sé. Sin embargo, tengo la impresión de que se enroló con otras intenciones que las meramente científicas de nuestro viaje por el espacio. –¿Qué intenciones?

Entonces Fry le contó al capitán Wessel las intenciones de Regan de apoderarse de aquellas preciosas vasijas azules y venderlas luego en la Tierra. Wessel se echó a reír.

–¿Dice usted que esos vasos tenían por lo menos un metro de altura? –dijo el capitán—. Pues entonces no habría ido muy lejos con ellos. –Sin embargo...

–Sí, sí, ya sé que este chico constituye un problema para todos los demás. Pero a medida que pasen los años, creo que se reformará y cambiará de modo de pensar.

En ese momento sobrevolaban el cráter. Mientras Fry sujetaba con una mano la barra de control, con la otra le indicó al capitán Wessel en dirección a la pared del mencionado cráter. Había cientos de nativos reunidos en un lugar apartado de los demás.

–A juzgar por su forma de actuar, creo que se trata de una ceremonia –comentó Fry.

Luego dirigió el aparato volador hacia una llanura y aterrizó. Durante un instante, todos los rostros se giraron hacia los dos terráqueos, pero luego volvieron a dirigir su mirada hacia lo que era el centro de su atención: la boca de una caverna de la que salía gran cantidad de humo. Delante de la gruta, habían dibujado en el suelo una especie de semicírculo, y en el centro del mismo se hallaba un muchacho desnudo. Todos los miembros de la tribu estaban cantando.

El muchacho desnudo se volvió y miró a sus gentes, las cuales se mostraban impasibles contemplándole. Luego se volvió de espaldas y se encaminó lentamente hacia la caverna, penetrando en ella y desapareciendo de la vista de todos. El canto de los nativos aumentó de volumen, pero el tono se hizo más grave, dando la impresión de que se trataba de una canción fúnebre en honor de una persona que acababa de morir.

Instantes después, un humo mucho más negro comenzó a salir por la boca de la gruta, y Fry tuvo la impresión de que había visto una lengua de fuego. A continuación, todos los miembros de la tribu se pusieron a recoger grandes trozos de roca y se dispusieron a tapar la entrada de la caverna. Cuando hubieron terminado, aseguraron su operación cruzando unas vigas de madera contra la pared de rocas.

–Se trata de un sacrificio humano –dijo Fry–. Esto no habla mucho a favor de su elevado grado de cultura, ¿no le parece, capitán Wessel?

–Eso no quiere decir nada –respondió el capitán Wessel–. No olvide usted, amigo Fry, que algunas de las civilizaciones no europeas más avanzadas practicaban sacrificios humanos. Y tampoco debemos olvidar que otras civilizaciones europeas hacían más o menos lo mismo.

Durante un instante, Wessel se puso a pensar en los hornos de Belsen. Luego acudieron a su mente aquellas vasijas azules de que le hablara Fry y se estremeció: acababa de recordar la leyenda de aquel alfarero japonés que, desesperado por no poder obtener la obra perfecta que pretendía, se arrojó a su propio horno y produjo su mejor pieza de alfarería. Era de color rojo, según aseguraba la leyenda, y el método que utilizó para conseguirlo no tenía nada de científico. Y es que las leyendas tienen sus propias leyes y su química especial.

Luego el capitán Wessel recordó aquel extraño animal de sangre azul que habla matado Regan. Era realmente sorprendente que fuera del mismo color que la piel de los nativos. Esta idea le hizo pensar que quizá en aquel mundo la leyenda y la química iban hermanadas.

Tras meditar sobre esto, Wessel salió de su mutismo y le dijo a Fry:

–Después de todo, esta gente no tiene una cultura muy elevada. Admito que sus vasijas son una verdadera obra de arte, pero es frecuente hallar, en civilizaciones primitivas, ciertas manifestaciones aisladas que parecen pertenecer a un nivel más avanzado, generalmente relacionadas con la religión, como seguramente ocurre en este caso. Bueno, dejemos este tema. Voy a echarle una mirada a esta gente; les tomaré unas fotografías a los miembros de la tribu y trataré de descifrar qué clase de idioma hablan. En esto consistirá mi misión, y espero que durará dos días como máximo.

Regresaron a la nave espacial al atardecer, bajo un cielo verde y morado. Su llegada coincidió con el regreso de Cohen a pie, el cual llevaba un saco en el que había recogido varias especies de rocas. Fue entonces cuando se dieron cuenta de que Regan no estaba.

–Creí que estaba con usted –le dijo McLeod a Cohen.

–Pues yo había pensado que estaría con alguno de ustedes –respondió Cohen.

–¡Ese condenado muchacho! –exclamó Wessel–. ¿Quién de ustedes le vio por última vez?

–Supongo que yo –intervino McLeod–. Fue muy poco después de que usted y Fry se marcharan. Yo estaba trabajando en este lugar. Recuerdo que lo vi tomar la misma dirección que antes emprendiera Kroger.

–¿Cómo iba equipado?

–¿Se refiere a armas?

–A lo que sea.

–No llevaba ningún arma, sólo un saco.

–¿Qué dirección tomó, Kroger?

McLeod y Kroger indicaron al mismo tiempo con la mano en dirección a las montañas.

–Seguramente habrá vuelto a la aldea de la tribu –dijo Wessel, furioso.

Acto seguido, el capitán cogió su aparato emisor–receptor y se puso a llamar a Regan. No se sorprendió al ver que no recibía ninguna respuesta: cualquier persona lo

suficientemente loca como para penetrar en una aldea de un planeta desconocido lo sería también para haberse olvidado de tener abierto el contacto del aparato emisor-receptor.

– No podemos hacer nada por ahora. Fry y yo regresaremos a la aldea al despuntar el día.

Ambos llegaron al cráter.

–Aquí fue donde llegamos la primera vez –murmuró Fry, cuando ambos descendieron del aparato volador.

–Observe eso –dijo Wessel, indicando con la mano.

A unos cuantos pies detrás del semicírculo, y de rodillas como los demás, se hallaba Regan.

Fry y Wessel se miraron. Se volvieron y vieron a otro joven que se dirigía hacia la boca de una cueva de la que salía gran cantidad de humo. Los miembros de la tribu cogieron una roca gigantesca y entre todos taparon la entrada de la gruta. Luego la aseguraron con una viga de madera.

Instantes después los cantos fúnebres cesaron y todos aquellos misteriosos seres se encaminaron hacia la aldea. Regan iba entre ellos. Cuando pasó delante de Wessel y de Fry, les hizo una señal con la cabeza y prosiguió su camino. Pero Wessel le cogió por el brazo, reteniéndole.

–¿Qué significa todo esto? –le preguntó el capitán–. ¿Te han drogado o algo parecido?

–¡Déjeme en paz! –exclamó furioso Regan.

–¡Cómo! ¿Qué estás diciendo, imbécil? ¿Te has olvidado de que estás bajo mis órdenes?

Regan adoptó una postura de arrepentimiento.

–Perdóneme, capitán –dijo–. No he tratado de ser irrespetuoso con usted, no fue ésa mi intención. Estoy aprendiendo las costumbres de esta gente.

–Esa es una labor que le corresponde a Fry. El se encargará de recopilar todos los datos.

–Es que Fry no sabe aún por qué esta gente lleva a cabo sacrificios humanos.

–Eso es otra cuestión –respondió Wessel–. Vamos, regresa conmigo a la nave espacial.

–Un momento –intervino Fry–. ¿Sabes qué significan esas vasijas azules?

–Esas vasijas azules existentes en la casa de la tribu representan objetos conmemorativos de famosos guerreros y jefes –respondió Regan–. En cada casa particular de los demás habitantes de la aldea existe una vasija igual pero más pequeña. Hay una vasija por cada acto crematorio.

–Ya me lo suponía –dijo Fry–. ¿Y por qué hacen sacrificios humanos?

–No hacen sacrificios humanos... bueno... normalmente, no. Sólo cuando un hombre pierde la estimación de los demás él mismo se auto sacrifica. Es la única esperanza que le

queda de recuperar la inmortalidad en el otro mundo.

–¿Cómo te has podido enterar de todas estas cosas? ¿Es que entiendes su idioma?

–No se necesitan muchas palabras para entender a esta gente –respondió Regan–. Basta acercarse a ellos, observarlos detenidamente y estudiar sus reacciones.

–Pero todavía no nos has explicado por qué lo hacen ahora –exclamó furioso el capitán–. ¿Quieres darnos a entender que ellos creen que han perdido su dignidad como tribu a causa de nuestra presencia? ¿Te has vuelto loco?

–¿Es que no le parece lógico? Nosotros procedemos de los cielos y somos más fuertes que ellos. Ellos adoran al sol y al fuego. Y si nosotros *somos* dioses, entonces ellos creen que los suyos han sido destronados y no sienten ya ningún deseo de seguir viviendo. Los jóvenes que vimos eran los hijos del jefe. Cuando el último de ellos haya sido sacrificado, entonces sacrificarán al jefe. Luego...

Regan se interrumpió. Le temblaba todo el cuerpo.

El rostro de Fry era sombrío. Por un momento pensó cómo el hombre y todas las criaturas como él se mutilaban a sí mismos o se dejaban matar ante el altar de sus piadosas creencias. El había estudiado aquellas creencias, pero ahora se encontraba ante los hechos mismos, no ante las páginas de un libro. Por un momento pensó que el trabajo de su vida era un círculo vicioso, tan fútil y sin sentido como ese símbolo del sol que era su imagen. El hombre había podido salir de un diminuto planeta, viajar por entre las estrellas, conocer otros mundos, pero, al parecer, en ningún sitio su mente había podido romper esos grilletes de culpabilidad que le ataban a lo desconocido.

–Sólo podemos hacer una cosa –dijo Fry, estremeciéndose– por el bien de *ellos*: preparar todas las cosas y marcharnos lo antes posible.

–Creo que los demás miembros de la tripulación estarán de acuerdo con ello –dijo Wessel–. Están terminando de hacer los preparativos. Según los cálculos, creo que podremos partir antes de que caiga la noche.

–No, no es tan fácil como eso –intervino Regan.

–¿Qué quieres decir? –le preguntó Wessel.

–Marchándonos de aquí, no ayudaremos a nadie. Los sacrificios continuarán.

–¿Cómo lo sabes? –le preguntó Fry–. Sólo has estado unas horas entre estas gentes.

–No puedo jurarlo... pero lo sé. Por favor, déjenme que hable con ellos por última vez. Quizá pueda convencerlos inventando alguna historia. Como en el aparato volador sólo hay sitio para dos personas, ustedes se marchan y luego que venga uno solo a recogerme.

–De acuerdo –dijo Wessel–. Fry regresará dentro de una hora y te recogerá.

Cuando Fry regresó no encontró a Regan. Las gentes de la tribu se hallaban reunidas en el semicírculo de los sacrificios.

Aterrizó y se puso a buscar a Regan. No había señal de él. Entonces, súbitamente, vio que una figura, procedente de la aldea, se encaminaba hacia él, desnuda y con la cabeza

erguida.

–¡Santo Dios, no es posible! –exclamó Fry, estupefacto.

¡Aquel hombre era Regan!

Rápidamente, Fry se apartó del aparato volador y se acercó a él.

–¡No puedes hacer esto! No resolvería nada.

–Es la única solución –respondió Regan con vehemencia y mirándole fijamente a los ojos.

–No te lo permitiré –dijo Fry, mientras dirigía su mano a la pistolera.

Con la cabeza aún erguida, los ojos de Regan siguieron el movimiento que hiciera Fry. Luego, frunciendo los labios, le dijo en tono irónico:

–¿Qué pretende hacer? ¿Impedirme que muera a mi manera matándome con su pistola? Vamos, Fry, déjeme en paz y márchese. No estropee las cosas.

–¡Ellos no comprenderán tu gesto de sacrificio! –exclamó Fry–. Todo seguirá igual tanto si te sacrificas como si no. Se trata de una tribu muy primitiva...

–Si no me ofrezco en sacrificio, el deshonor se extenderá; pero no sólo en esta tribu, sino entre todas las razas que habitan este mundo.

–Eso tú no lo sabes.

–Se trata de un riesgo que tengo que correr. Ellos también tienen derecho a una oportunidad. Igual que Novaría.

–¿Qué tonterías estás diciendo? ¿Qué tiene que ver Novaría con todo esto?

–Nada... únicamente que... no me porté bien allí. No fui un buen hombre. Por eso me echaron.

En aquel momento se encontraban cerca del lugar del sacrificio donde se hallaban reunidos los demás miembros de aquella misteriosa y primitiva tribu.

–Pero seguramente... –comenzó a decir Fry en un último y desesperado intento de poder razonar con aquel muchacho.

–¡Déjeme en paz! –exclamó Regan, dándole un puñetazo en el pecho.

Fry cayó hacia atrás, dándose un fuerte golpe contra las rocas. El impacto le dejó casi sin sentido.

Cuando consiguió ponerse de pie, Regan se encontraba en el centro del semicírculo, y Fry comprendió que ya nada podía hacer. Se volvió y echó a andar en dirección al aparato volador, mientras un sentimiento de profunda pena se apoderaba de él. A sus oídos llegaban los cantos fúnebres del coro.

A Fry le constaba que todo –lo que había sucedido tenía que escribirlo en el informe. Pero ¿cómo iba a poder explicar aquella extraña actitud de Regan? Podía decir que Regan se había vuelto loco o que, víctima de un momentáneo desequilibrio mental, había llevado a cabo aquel gesto inexplicable. Pero ¿estaría el capitán Wessel dispuesto a corroborar sus palabras? ¿Aceptaría compartir con él la responsabilidad de afirmar que Regan quería

morir, ofrecerse en sacrificio, para purgar una falta que había cometido anteriormente? Sintió un mal sabor de boca al pensar que tenía que utilizar un lenguaje inadecuado en su informe.

Pero ¿qué conseguiría Regan llevando a cabo aquella acción? ¿Y cuánto duraría aquel bien? Aún quedaban muchos mundos entre las estrellas por descubrir. Aparte de ello, dentro de cierto tiempo –¿décadas?, ¿milenios?– otro grupo de hombres procedentes de la Tierra llegarían a este planeta. Entonces, ¿serviría de algo todo lo que él escribiera sobre lo sucedido? Y en caso de que las generaciones futuras aún recordaran todo lo escrito por él, ¿creerían en sus palabras? Y suponiendo que se efectuase otra exploración en aquel mismo planeta, ¿reconocerían los miembros de la tripulación, al contemplar cierta vasija, que aquello era un símbolo de un terráqueo que había sacrificado su vida ante el altar de aquella tribu? ¿Funcionaría la química de la leyenda también con Regan, un extraño en aquel planeta? ¿Tendría éxito su sacrificio?

Fry se estremeció: ¿o volverían a comenzar otra vez todos aquellos sacrificios? Fry llegó hasta el aparato volador y murmuró: «Dios mío, que has dado un sentido final a este vasto universo, ¡haz que él triunfe! Haz que él haya roto el círculo, de una vez por todas. Y haz también que él haya logrado liberar a los miembros de esta raza piadosa, explicándoles que incluso, los dioses son mortales y que todas las cosas son posibles.» Fry se sentó en el estrecho sillón del aparato volador. Parecía que había transcurrido una eternidad antes de que llegara al otro lado de las montañas.

LA GRAN ROSQUILLA

Ray Nelson

El humor en la SF es bastante habitual. El humor de SF, entendiendo por tal el que utiliza los recursos específicos del género para crear el clima humorístico, es algo más escaso. Y como ocurre en el siguiente relato, suele estar más próximo a la ironía agridulce, que al humor desenfadado.

Un día decidí ver si podía programar al señor M., como llamábamos al computador musical de la compañía, para que improvisase un *jazz* exactamente igual al de Charlie Parker. «No debe de ser muy complicado», pensé.

Ahora, cinco años y ciento veinticinco programas fracasados más tarde, meto otro programa Parker en la unidad lectora, ajusto los botones para componer y repetir y me inclino en mi asiento con un plato de rosquillas para ver si al fin he tenido éxito.

Tick, tick, tick, tick.

Esa es la llamada secreta de mi mujer. Aprieto una palanca y la puerta se descorre hacia un lado para dejarla pasar.

–¿Notas algo diferente en mí? –exclama mientras entra como un torbellino.

–¡Dios bendito! Te has teñido el pelo otra vez. De morado ahora. ¿Qué es lo que no va bien con una melena rubia con vetas de reflejo metálico? O antes que eso, con rojo de llama, o con...

–Cálmate, cariño. Aún no has visto lo mejor.

–¡Yupi! ¡Ojos verdes! ¿Has cambiado también la pigmentación de tus ojos?

–¿No lo encuentras verdaderamente narcisista? Soy la primera chica en nuestro bloque lo bastante complicada como para atreverse a ello. Es lo último de lo último. Lo más depravado.

De pronto la computadora se pone a tocar una imitación de Charlie Parker. «Aún no es verdadero Parker –pienso para mí–. ¡Maldita sea!» Desconecto.

Ella se deja caer en mi regazo y empieza a morderme las orejas, la garganta y la rosquilla que tengo en mi mano.

–Te quiero, sinvergüenza –me dice.

–Deja un poco de rosquilla para mí, Debbie. No te la comas toda.

–Te daré la mejor parte, rey, la parte del centro.

–Eso no es más que el agujero.

–El agujero es la parte más espiritual –dice ella, sin dejar de comer.

Nuevos golpecitos en la puerta.

Debbie la abre y entra un hombre alto y desgarbado, con grandes bigotes caídos. «Dios mío –me digo a mí mismo–. Realmente parece un villano de las antiguas películas mudas. Tal vez deba levantarme y hacer algún gesto, por pura cortesía.»

–Mo –dice Debbie–. Quiero presentarte a mi buen amigo, Harley Quinn. Roba cosas. Harley, éste es mi marido. Mohammed Smith.

Nos estrechamos la mano con recelo.

Intento entablar una conversación ligera, pero él se lleva un dedo a los labios y murmura:

–¿Está seguro de que no pueden oírnos?

–¿Qué? Y... ¿qué importa? –le contesto un poco nervioso.

–Su mujer pensó que podría estar interesado en esto –dice, sacando del bolsillo un rollo de cinta magnetofónica–. Es puro Charlie Parker, grabado por un aparatito microfónico de alta fidelidad, tipo amateur, una noche en Minton's. Nunca ha sido grabado en discos, pero es Parker en uno de sus mejores momentos. Todos los otros grandes del género están también ahí. Quince minutos completos del mejor *jazz* que se ha tocado nunca.

–¿Dónde lo ha conseguido?

Sonríe, enseñando los dientes.

–Eso sería delación, ¿no? –me contesta con voz siniestra.

Pone la cinta en mi magnetófono y lo hace funcionar. Es auténtico, no hay duda. Algo maravilloso. Cuando termina la cinta, sólo se me ocurre una pregunta:

–¿Cuánto quiere por ella, señor Quinn?

–Sólo dos mil, señor Smith –y me deja digerir la oferta.

–Escúcheme, señor Quinn, si mi esposa le ha contado todo sobre mí, como parece que ha hecho, ya debe usted saber que no tengo ese dinero. No soy más que un pobre técnico electrónico y...

–Ya sé que no lo tiene –me interrumpe– Pero también sé que puede conseguirlo.

–¿Cómo?

Se vuelve para sonreírle a Debbie. Ella le devuelve la sonrisa. Parecen una pareja de gatos de Cheshire.

–Bueno –me dice–. Todo lo que tiene que hacer es grabar esta cinta en otra de las que tiene aquí, llevársela a la compañía de discos y decirles que consiguió hacerla con su máquina de composición. Si va a ver a un cierto señor Youngdahl, o bien le pagará los dos mil para que la queme y de ese modo no hacer bajar el precio de los discos que Parker ya tiene en el mercado, o se la comprará por ese precio para vendérsela al público como Parker genuino. La ironía es que nunca sabrá que está diciendo la verdad.

Debbie se echa a reír. Quinn sonríe con malicia. Yo me quedo embobado. Sigue un largo silencio expectante, roto sólo por el ruido de las mandíbulas de Quinn, que se está comiendo mi última rosquilla.

–No sé –digo por fin–. Simplemente no sé. ¿Qué pasa si nos cogen?

–¡Imposible! –dice Quinn–. Pero incluso si nos cogiesen, el poder que tiene la sociedad sobre nosotros está sujeto a una seria limitación –se estiró en toda su estatura al decir esto–. Y es nuestra libre capacidad de escapar al castigo por medio del suicidio.

–Muy reconfortante –le contesto, con una sonrisa forzada.

–De todas maneras, señor Smith, no van a cogernos, ¿Cómo podrían hacerlo?

Aún no estoy muy convencido de lo que me propone, pero contesto:

–De acuerdo, Quinn. Usted gana. Voy a intentarlo.

Al día siguiente me doy de baja por enfermedad y tomo el Metro hasta el centro de la ciudad. Naturalmente, cuando llego a la compañía de discos, Youngdahl ha salido y no volverá hasta las dos. Pero de todos modos tengo que conseguir una cita. Tenía que haber pensado en esto antes. Mi cabeza no parece funcionar bien hoy. Me aseguro de que llevo la cinta conmigo. ¿Resultado? No, no la llevo. Tengo una cinta en el bolsillo, pero es otra. La verdadera debe de haberse quedado en mi despacho. Pero ¿cómo puedo llegar hasta allí, si ya he dicho en la oficina que estoy enfermo? De pronto me doy cuenta de que realmente lo estoy. Al menos un poco. El viaje en Metro hasta el edificio donde está mi oficina no ayuda en nada a la molesta sensación que noto en el estómago.

Sudando como un loco me cuelo por la parte de atrás y subo por la escalera de servicio. Nadie la utiliza mientras funcionan los ascensores, así que consigo entrar por el almacén sin ser visto. Tratando de parecer natural, cruzo rápidamente hacia la puerta de mi despacho y entro. Lo primero que veo es que la cinta de Parker no está en su caja. ¡Dios mío! ¿Dónde está entonces? Estoy buscando como un desesperado cuando la puerta se abre de pronto y entra George Whitman, uno de los chicos del departamento de ventas.

—Es una suerte que viniese, después de todo —me dice con acento sincero—. ¿Se encuentra mejor? Tenemos un pedido urgente de una melodía vieja del tiempo del *rock and roll*... Algo nostálgico, ya sabe. Llamaré al agente y le diré que después de todo podemos servirlo. Según parece, su sobrino cumple diecinueve años y aún no tiene ningún disco importante. ¡Imagínese!

—¿Tiene la letra? —le pregunto, con la esperanza de sacarme este trabajo de encima lo antes posible.

—Sí, aquí la tengo —dice George. Deja sobre mi mesa una hoja mecanografiada y se vuelve para marcharse.

—Dígame, por favor —le llamo—. ¿Qué ha sucedido con la cinta que estaba aquí, en la caja?

—¡Oh!, eso. Verá, los muchachos del departamento de ventas querían enviar una felicitación de cumpleaños al sobrino de este agente, ¿comprende? Escucharon un poco la cinta y al ver que era sólo un poco de *jazz* antiguo, muy mal grabado, la borraron y grabaron *Cumpleaños feliz* en ella.

Sale silbando *Cumpleaños feliz*, mientras yo le observo, sin encontrar palabras. Con dedos atontados compongo la programación para la canción de *rock and roll* y aprieto el botón de puesta en marcha, luego cruzo el cuarto y busco en mi fichero de cintas grabadas. Tal vez algunas de las cintas falsas de Parker que he hecho yo mismo suenen lo suficientemente bien.

Vamos a ver, ¿qué es esto?

Quince minutos de variaciones sobre el coro de *Indiana*. Puede servir. Y aquí hay un fragmento de *Cherokee*. Las coloco en el magnetófono y escucho unos cuantos compases de cada una. En realidad no están tan mal. Le diré a ese Youngdahl que es música sintética, hecha por una computadora electrónica, y ¡por Dios, que será la verdad!

Cuando salgo de la oficina me voy derecho a la primera cabina telefónica que encuentro y llamo a casa. No me contesta nadie, excepto la cinta magnetofónica

automática:

«La señora Smith está con Quinn en casa de los Johnson –oigo que dice–. Pide al señor Smith que se reúna con ella.»

Los Johnson son más amigos de Debbie que míos. Todo lo que sé de ellos es que son una familia normal de Wayites: dos esposas, tres maridos y un fenómeno que atiende por Globito Marciano.

Llamo al timbre de casa de los Johnson. Después de una breve pausa se abre un poco la puerta y paso. Aunque por fuera su casa parece una especie de cabaña alargada, por dentro es una terma romana. Los cinco Johnson, mí mujer y Harley Quinn están todos vestidos con falsas túnicas romanas de punto, que no quedan del todo mal sobre las mujeres, pero más bien ridículas en los hombres.

–Hola a todo el mundo –digo con voz débil, dejando mis cintas y mi hoja de música en alguna parte–. ¿Tenéis uno de esos chismes para mí?

–Desde luego –me contesta uno de ellos. Es una pena, pues por un momento había confiado en que no, que no lo tendrían.

Cuando me he puesto ya una de las absurdas túnicas y me he instalado en un sofá bajo, el pequeño Globito Marciano llega corriendo por la alfombra y me salta sobre el regazo. Es la primera vez que veo una criatura de otro planeta, de modo que me dedico a observarlo con toda atención. Es sonrosado, sin pelo, y muy cálido al tacto; uno de los Johnson me informa que en Marte estaría cubierto por una pelambreira espesa; pero aquí hace tanto calor que el pelo se le cae tan pronto como crece. El cuerpo de Globito es gordo y redondo, con un pecho muy ancho y patas muy cortas. La cabeza está tan metida en el cuerpo que parece como si no tuviese cuello.

–Eso –dice Harley Quinn con un gesto de repugnancia– es la forma más elevada de vida en Marte. Globito asiente con aire de infinita resignación. –¡Pero si parece entender lo que ha dicho! –exclamo yo sorprendido.

La mayor de las mujeres Johnson sonrío. –No realmente –dice–. Es casi sordo para nuestra gama auditiva, aunque puede oír con mayor claridad que nosotros sonidos más agudos, como por ejemplo el de un silbato para perros. Lo que pasa es que entiende por percepción extrasensorial. –¿Por telepatía?

–Así es como lo llaman, creo. Lo que tú sientes, también lo siente él. Por eso da gusto tenerlo. Es tan cariñoso... El pobrecillo no soporta ver sufrir a ningún ser viviente. Tiene una gran inteligencia, además. Es capaz de imitar los gestos y las expresiones humanas con tanta perfección, que algunas veces uno se olvida de que es tan sólo un animal.

Globito sonrío orgulloso, salta de mi regazo y trepa por la pared para quedar colgado del techo con las patas traseras.

–Tiene una especie de ventosas en los pies y en las manos –dice Debbie, haciéndole un gesto de burla, con la mano en la nariz–. Es tremendamente ágil, a pesar de estar tan gordo.

–Usted tiene que ser una persona muy amable y cariñosa –me dice uno de los Johnson mientras Globito corre por la pared y vuelve a saltar sobre mi regazo–. Globito se siente atraído por la persona más gentil y más cariñosa del grupo.

Otra de las mujeres Johnson coge algo que parece un bolígrafo, se toca con su punta la nuca, se estremece violentamente, se pone pálida y deja escapar un largo gemido de placer. Entonces me doy cuenta de que todos ellos llevan colgado del cuello, por medio de un cordón, un objeto semejante. Otro de los Johnson lleva su bolígrafo a lo que parece ser un pequeño electrodo en su cabeza y también se estremece y gime de placer, suavemente. Hasta Globito gime y se estremece, aunque él no tiene ningún bolígrafo.

–Confío en que no crea que le estoy haciendo preguntas demasiado personales –digo yo mientras le hago una–. Pero ¿qué son esos objetos con los que se están tocando la cabeza?

–¡Oh!, éstos –me contesta alegremente–. Son unos pequeños tubitos con pilas dentro. Cuando tocamos con ellos los electrodos que tenemos en la cabeza se produce una suave descarga eléctrica que va por un hilo hasta los centros de placer en nuestro cerebro. ¡No tiene idea de la sensación tan maravillosa que se experimenta!

–Tendría que ponerse uno –dice una de las esposas.

Me estremezco. Globito me acaricia la mano con simpatía.

Justo en este preciso momento llega de la cocina un carrito robot cargado con una maravillosa cena, y la conversación cesa durante un rato mientras todos nos lanzamos sobre ella como una manada de lobos hambrientos. Después me excuso para ir al baño, y a mi regreso me detengo un instante en el ropero para comprobar que no haya ocurrido nada con mis cintas y mi hoja de música. Están todavía allí, en el mismo sitio donde las ha colocado uno de mis anfitriones a mi llegada. Junto a ellas veo la cartera de Harley Quinn. De pronto se me ocurre una brillante idea.

Abro la cartera de Quinn y encuentro en su interior, como esperaba, un carrete de cinta magnetofónica. Ahora puedo cambiar las cintas y recopiar el original de Parker. Y una vez que lo tenga, continuar con el plan previsto tal y como estaba concebido antes de que se embrollaran las cosas.

Antes hecho que dicho.

Cuando vuelvo a entrar en el cuarto, sólo Globito levanta la vista. Este condenado se da cuenta de que he estado haciendo algo, pero por fortuna no puede hablar. En cambio, me guiña un ojo.

Los demás están comiendo aún, pero de vez en cuando alguno de los Johnson hace una pausa para darse una pequeña sacudida eléctrica. Por fin Debbie se reclina hacia atrás con un suspiro.

–Ha sido magnífico –dice–. Exactamente igual que en aquellos deliciosos últimos días del decadente Imperio romano.

–Delicioso –convengo yo–. Por curiosidad, ¿qué era ese plato de carne? Nunca he comido nada tan delicioso.

–Hamburguesas de sapo –me contesta una de las esposas, modestamente.

De pronto me entran ganas de tomar un poco de aire fresco.

–He tenido un día muy duro –explico, mientras hago esfuerzos por contener mi cena en el estómago–. Creo que será mejor (eructo) que me vaya a casa.

Me levanto y doy un par de tumbos hasta el vestíbulo. Saco del armario ropero mis cintas y mi música.

Uno de los Johnson viene detrás de mí y me pone un grueso libro en las manos. El título está en letras doradas, al estilo antiguo: *La teoría del amor expansivo*, por Theodore E. White.

–Léalo –me dice–. Entonces comprenderá mejor que el matrimonio de grupo es verdaderamente el modo en que los seres humanos deben vivir.

De pronto, unos cuantos bloques más allá de la casa de los Johnson, siento frío. Me miro de arriba abajo.

–¡Dios mío! –murmuro para mí mismo–. Pero si aún llevo esta condenada túnica blanca de nylon.

La túnica sólo cubre mi cuerpo desde la pelvis hasta los hombros, dejando al descubierto los brazos y las piernas, que se me han puesto de carne de gallina a causa de la helada brisa de la noche. No lo había notado hasta ahora, pero este dichoso ropaje se parece mucho en su forma a una combinación de mujer. Veo aproximarse un coche volante de la policía y me meto de un brinco en el primer portal. Allí me acurruco presa de verdadero pánico, mientras el vehículo pasa zumbando y desaparece por encima de los tejados. De pronto oigo pasos en la calle. ¡Alguien se aproxima!

Asomo las narices con cautela para echar una ojeada en dirección al lugar de donde viene el ruido.

¡Ah, no! No es nadie. Sólo un par de pantalones y una chaqueta que se deslizan por sí mismos sobre la acera. ¡Un momento! Alguien viene dentro de ellos: ¡es Globito!

Cuando llega a mi altura trepa por las ropas hasta salirse de ellas y con una profunda inclinación me indica que me las ponga. No tiene que insistir.

Cuando ya estoy segura y confortablemente vestido, le doy las gracias con todo mi corazón.

–Nunca olvidaré esto –le aseguro. Y beso a la extraña criatura en lo alto de su cabeza rosada y calva–. Ahora vuélvete a casa antes de que los Johnson descubran que has salido. No quiero crearte ningún problema por mi culpa.

Me doy la vuelta y echo a andar bastante contento, para tratarse de mí.

Un bloque más allá, más o menos, veo por el rabillo del ojo que Globito ha venido siguiéndome. Giro sobre mis talones para enfrentarme con él.

–Anda, vuélvete a casa, hombre. Tu familia ya te debe andar buscando.

Levanta la vista hacia mí con una mirada triste de perro apaleado en sus grandes ojos azules.

–¡Vamos! ¿Qué esperas? Sólo vas a crearnos complicaciones a los dos.

Se forma en sus ojos una lágrima que le rueda por las mejillas.

–Vamos, por el Dios del cielo. ¡No seas niño!

Otra lágrima.

–Bueno, está bien. Puedo llevarte a casa de los Johnson mañana.

Globito es ahora todo alegría y corre en círculos alrededor de mis piernas, haciendo unos extraños ruiditos de alegría. Yo prosigo mi marcha, sonriendo a pesar mío al ver sus cabriolas. Al llegar a la entrada del Metro, trepa hasta mi hombro y se queda en él hasta que llegamos a mi casa.

A la mañana siguiente, con Globito de nuevo encaramado sobre mi hombro, tomo el Metro hasta el centro de la ciudad y pronto me encuentro ante la recepcionista de la oficina de Youngdahl.

–¡Oh! –exclama la chica, mirando a Globito a través de sus gafas triangulares de concha–. ¡Qué criatura tan encantadora! ¿Me deja cogerlo?

–Desde luego. Puede incluso cuidar de él mientras yo hablo con el señor Youngdahl.

Esta vez la chica no menciona siquiera la necesidad de una cita previa.

Globito se sube a su mesa de un salto y se tumba sobre el papel secante, mientras ella le acaricia la barriguita con sus largas uñas pintadas de rojo.

–Kichi, kichi, cu... –le dice, riéndose.

–¡Squiiii...! –hace Globito, agitando sus patitas en el aire.

Entra otra mujer en la oficina, ve a Globito y sale de nuevo, a toda prisa, para volver casi inmediatamente con un grupo entero de mujeres. Todas se agolpan en torno a la criatura, empujándose para tener una oportunidad de cosquillearle el ombligo.

–¿No es una monada?

–¡Mira esos ojazos azules!

–¡Es adorable!

En aquel momento se abre la puerta del despacho del fondo y Youngdahl asoma la cabeza. Durante unos segundos permanece contemplando la escena lleno de confusión, con el entrecejo cada vez más fruncido, y luego grita:

–¿Qué diablos pasa aquí?

Las mujeres se dispersan al instante y corren hacia la salida cacareando como una bandada de gallinas asustadas.

–Y usted, ¿quién demonios es? –me grita.

–Soy Mohammed Smith, de la compañía de música Autocomp. He estado trabajando en un programa para nuestra computadora que la hará tocar como si fuese Charlie Parker en persona. Pensé que podía interesarle comprar algunas de las cintas que he grabado. Esto es estrictamente confidencial, naturalmente. Mis jefes no deben saberlo.

Me contempla un momento con aire de sospecha.

–Está bien, pase –me dice por último–. Voy a escuchar sus cintas, pero ¡tienen que ser mejores que buenas! ¡Deje esa condenada criatura fuera! Ya ha provocado bastante escándalo.

Entramos en su despacho y cierra la puerta tras nosotros de un golpe.

Con dedos nerviosos trato de ajustar mi cinta en el magnetófono de Youngdahl, pero se me escurre de las manos, se me cae al suelo y va a parar entre sus piernas, desenrollándose mientras rueda.

–Lo siento, señor –murmuro mientras me agacho para recogerla. Pero sigue rodando hasta meterse debajo de la mesa de mister Youngdahl y tengo que ponerme a cuatro patas para recuperarla–. Sólo es un minuto, señor Youngdahl –le digo mientras empiezo a enrollarla de nuevo en su carrete.

Como cabía esperar dada la situación, el ambiente es cada vez más tenso, pero finalmente consigo tenerla lista y colocarla en el magnetófono. Por lo que sea, sin embargo, no consigo que funcione.

–¡No dispongo de todo el día, Smith! Déjeme hacerlo a mí.

Me aparta con impaciencia de la máquina y pronto la tiene en marcha. Por un momento temo que sea una cinta equivocada, pero no, ahí se oye ya claramente el rumor del público.

De pronto, en medio del ruido, escucho la voz de mi mujercita Debbie, que grita:

«–¡Harley, sinvergüenza, no hagas eso!»

–Je, je, je –se ríe mister Youngdahl.

Busco el botón de paro, pero él me aparta la mano.

–No ponga sus zarpas en mi aparato –dice con un gruñido–. Podría reventarlo.

En la cinta, Debbie sigue diciendo:

«–Esta es Debbie Smith...

–Y éste es Harley Quinn –añade el mismo.

»... y estamos grabando esta cinta como un pequeño recuerdo de la ciento siete fiesta de bodas de la familia Carter. En la presente ocasión toda la familia Langdon se une a ellos en sagrado matrimonio. Esto significa que ahora el matrimonio comprende más de trescientas personas, sin contar los niños. No está mal, ¿eh, Harley?

»–Eso es lo que yo llamo una unión, Debbie.»

Sigue un ruido de algo que se rompe y un coro de gritos.

«–A mí me parece más una orgía que una recepción –dice Harley, echándose a reír–. Me pregunto lo que diría ese tonto que tienes por marido si te viese ahora.

»–¡Oh!, él. Ese imbécil. ¿Quién se preocupa de lo que diría? Cállate y bésame o te saco los ojos con las uñas.»

Durante una pausa espantosa e interminable no se oyó nada más que el tumulto excitado de los invitados, en el fondo. Gritos, copas que se rompen, música. Luego habla Debbie:

«–Escucha, Harl. ¿Dónde aprendiste a besar así?»

Click.

Youngdahl desconecta la máquina y se vuelve hacia mí, lívido de ira.

–Esta pequeña broma va a costarle a usted su empleo, señor Smith. Voy a llamar a su jefe ahora mismo y a decirle lo que pienso de su pervertido sentido del humor.

Coge el teléfono y marca el número de la Autocomp Music Company.

–¡No, por favor, no haga eso! –le suplico.

En ese momento entra Globito y se lanza sobre Youngdahl como un gato salvaje.

–¡Eh! ¡Socorro! Pare eso –grita Youngdahl.

Recojo mi cinta y mis papeles y salgo corriendo, con Globito a mis talones. Tropiezo de cabeza con la secretaria y la dejo sentada en el suelo sobre su bonito trasero, mientras sus gafas triangulares vuelan por el aire. Al llegar al final de las escaleras brinco cinco escalones de un salto y luego me paro en la calle a esperar que Globito me alcance y salte sobre mi hombro, antes de echar a andar con paso rápido.

–Pequeño idiota –le digo de mal humor–. ¿Por qué tenías que atacar a Youngdahl? Ahora no sólo van a despedirme, sino que nos denunciará a la policía.

Globito baja la cabeza con aire contrito.

Un coche volante de la policía pasa por encima de nuestras cabezas y veo que se posa sobre el techo del edificio en el que están las oficinas de Youngdahl.

–¿Lo ves? –le digo a Globito–. La única posibilidad que nos queda es ocultarnos en un viejo barrio abandonado de los suburbios... y quedarnos allí. No tenemos ya nada que hacer en el mundo exterior.

Cuando llegamos al río que separa el distrito del cordón de suburbios que queda en el lado nordeste, me detengo un momento para echar una ojeada en torno y luego empiezo a atravesar con precauciones un puente en ruinas. Estamos sólo a mitad de camino cuando al levantar los ojos veo un coche volante de la policía que viene hacia nosotros a todo gas.

–¿Sabes nadar? –le pregunto a Globito.

Menea la cabeza.

–Entonces continúa por aquí, a rastras, y espérame en el otro lado –le digo. Me meto la cinta y los papeles en el interior de la camisa y me tiro de *cabeza*, al río. Nado por debajo del agua tan aprisa como puedo, pero al fin tengo que salir a la superficie en busca de aire.

El coche volante de la policía está bastante cerca, y sobre el puente dos guardias persiguen a Globito arriba y abajo, por encima de las piedras desconchadas y los hierros retorcidos.

–Buena suerte, amigo –murmuro para mí, haciendo una profunda inspiración y sumergiéndome de nuevo. Pero cuando salgo a la superficie otra vez, a la sombra de los edificios de la orilla opuesta, veo que ya lo han cogido.

¡Viejo Chicago! He oído tantas veces hablar de este lugar... He visto tarjetas postales y he leído historias sangrientas que hablan de él, pero a pesar de que he vivido en Chicago toda mi vida, ésta es la primera vez que lo veo con mis propios ojos. Nada más que calles

desiertas y edificios semiderruidos tan lejos como alcanza la vista en todas direcciones.

Oteo el cielo en busca de otros coches de la policía, pero como no veo ninguno me oriento por el sol y echo a andar a paso vivo, siguiendo el centro de la calle. Es fácil comprender que la gente abandonase esta parte de Chicago, lo mismo que abandonó todos los barrios residenciales de las grandes urbes cuando las facilidades de transporte rápido hicieron posible la vida en el campo. Lo que sí es difícil creer es que alguna vez vivieran hombres en lugares como éste... tan cerca los unos de los otros que casi tenían que meter los codos en la sopa de su vecino.

De pronto me paro en seco, mirando delante de mis pies.

Un fuego de campamento. Todavía humea un poco.

¿Boy-scouts?

Por alguna razón, no puedo creerlo. Echo a andar de nuevo, más de prisa, conteniendo las ganas que siento de echar a correr. Un gato cruza la calle, se agazapa un instante bufando, con los bigotes erizados hacia mí, y luego se pierde por el hueco de una ventana rota en un edificio del otro lado de la calle.

Yo me apresuro, haciendo un ruido tremendo a causa del chapoteo de mis zapatos empapados. De repente oigo un ruido que parece muy fuerte en medio del silencio.

¿Qué es lo que escucho ahora?

Parece venir de tan lejos que casi no puedo distinguirlo. Pero al cabo de un momento me doy cuenta de lo que es. ¿Qué otra cosa podría ser, sino los ladridos de unos perros salvajes? Ahí está de nuevo, pero más fuerte. Qué cantidad de ladridos. Debe de haber por lo menos un centenar de ellos, por el estruendo que arman. Ahora están ya más cerca. Deben de haberme olfateado.

¿Qué puedo hacer?

Los ladridos se hacen cada vez más fuertes a mi espalda. Me vuelvo para mirar. Aún no se les ve.

—¡Socorro! —grito—. ¡Sálvenme! Me persiguen los perros.

Maldito eco. Es la única respuesta.

Miro de nuevo hacia atrás. ¡Oh, oh, ahí vienen ahora! Quizá a ocho o diez bloques de distancia, pero corriendo desesperados, como si estuviesen persiguiendo una liebre mecánica. ¡Qué manada de perros! De todos los tamaños y de todas las formas cruzadas que Dios y el demonio pudiesen concebir juntos.

Me lanzo desesperado por las escaleras de cemento de un edificio casi en ruinas y cierro la puerta a mis espaldas con un golpe. Las bisagras son muy viejas y están demasiado oxidadas para poder resistir. Encuentro una cómoda antigua y con más fuerzas de las que creí nunca tener la arrastro hasta allí y la incrusto contra la puerta. Esto los contendrá por el momento.

¿Qué es eso? ¡La entrada del sótano! Dios mío, podrían entrar por ahí. Hay un sillón muy pesado en la habitación delantera. Lo arrastro como puedo y lo pongo sobre la trampa del sótano.

Los perros chocan contra la puerta de entrada como una tromba, ladrando, arañando, aullando como todos los demonios del infierno juntos. La madera tiembla, pero aguanta, gracias a Dios. Ahora andan por fuera, dando vueltas, husmeando y escarbando en busca de una forma de entrar. Voy hacia la ventana para echar una ojeada al exterior. Al verme, empiezan a saltar para ver si alcanzan el alféizar. «¡Demasiado alto para vosotros, monstruos sanguinarios!» He hablado demasiado de prisa. Hay uno que ha conseguido ya poner sus patas delanteras sobre el borde y que se retuerce tratando de mantener el equilibrio. Cojo un trozo de plancha de madera rota que hay en el suelo, y le empujo el pecho con ella. Se inclina hacia un lado, clavando los dientes en la plancha, y sigue haciendo esfuerzos por subir. Le golpeo. Aúlla, pero no renuncia. Le golpeo de nuevo, una y otra vez. Otro perro, que salta para alcanzar la ventana, se prende del otro y los dos caen rodando sobre el pavimento de la acera.

Aquí llega uno nuevo. Le golpeo con todas mis fuerzas y también cae sobre la acera. Dejan de saltar y se me quedan mirando, con los dientes al aire, gruñendo. Es una verdadera pesadilla de colmillos blancos, lenguas jadeantes y ojos inyectados en sangre. No parece que quieran saltar más. Voy a tratar de escaparme por la parte trasera.

Avanzo por la obscuridad de las habitaciones. Pruebo una puerta, pero el picaporte se me queda en la mano. Me inclinó a mirar por el agujero. Al otro lado veo un porche trasero, una verja y una avenida detrás de ella. Me lanzo contra la puerta con todo mi peso. Nada. Otra vez. De pronto cede y yo entro en tromba en el porche. Las maderas podridas del suelo se hunden bajo mis pies y caigo por ellas en el vacío. Durante un instante me siento ir por el aire, y luego caigo con un ruido sordo en el sótano: Intento levantarme, pero no puedo.

Es como si el mundo diese vueltas y vueltas y más vueltas. Confío en no haberme roto ningún hueso.

¡Los perros pueden llegar hasta aquí por las ventanas del sótano! Intento moverme otra vez. Esta vez lo consigo. Pero al intentar levantarme casi me desmayo. En pocos segundos los perros van a olfatear mi rastro... En pocos segundos. En la semipenumbra de la cueva distingo una forma familiar. Es un horno. Un antiguo horno de carbón. Lentamente, vacilando sobre mis piernas, llego hasta él, me meto dentro y cierro la puerta. Sin importarme ya nada, me tiendo en la obscuridad, aspirando a grandes bocanadas el aire frío y la vieja carbonilla.

Luego llegan los perros, aullando de rabia impotente, lanzándose contra las paredes de hierro del horno, arañando y mordiendo el metal con dientes y uñas. Que rabien. No pueden entrar.

Y de pronto me doy cuenta de que yo tampoco puedo salir.

Por lo que sea, mi cabeza no parece funcionar hoy como es debido.

Sería lógico pensar que los fabricantes de hornos tienen el sentido común suficiente como para poner picaportes interiores en la puerta de estos monstruosos artefactos. Pero no es así.

Empiezo a pensar en rosquillas y se me hace la boca agua.

Después de un rato, como estoy tan cansado..., pero sobre todo porque no hay mucho

en que ocupar el tiempo cuando uno está dentro de un horno, me quedo dormido. No sé cuánto tiempo estoy así, pero me despiertan unos cuantos ladridos más excitados que los anteriores.

«¿Qué será ahora?», me pregunto.

Luego, por encima de los aullidos y el ladrar de la manada, oigo el ruido inconfundible de los cascos de un caballo, clip clop, a lo lejos. El ruido se hace cada vez más cercano. Por la manera como suena se trata sólo de un caballo y avanza lentamente. Los perros gruñen ahora, corriendo arriba y abajo sin descanso y ladrando algunas veces. Oigo que el caballo se detiene en la avenida de fuera.

Los perros parecen estar asustados. Puedo escuchar sus lamentos alrededor del horno. ¿Qué es lo que oigo? Pasos. ¡Pasos humanos!

–¡Socorro! –gritó–. ¡Sálvenme! ¡Estoy dentro del horno!

No hay respuesta.

Se oye un silbido en el aire, el golpe como de un latigazo y el quejido asustado de un perro. De nuevo el silbar del látigo, seguido de un coro de aullidos y lamentos caninos. Casi no puedo dar crédito a mis oídos cuando escucho el rumor que produce la manada al alejarse apresuradamente, en medio del pánico y la confusión, por las ventanas del sótano.

–¡Auxilio! –grito de nuevo–. ¡Sálvenme! ¡Sáquenme de aquí!

Silencio.

¿Por qué no dice algo? Lentamente los pasos se acercan al horno y se detienen frente a la puerta. Oigo que está tanteando el picaporte. Por fin se abre la puerta con un chirrido oxidado. Miro hacia fuera, a la obscuridad, sólo un poco menos negra que la del interior del horno.

–Salga de ahí –dice una voz fría y profunda desde la parte de afuera–. Ya se han ido. No hay peligro alguno.

Me escurro por la angostura de la puerta y me quedo de pie, tosiendo en medio de las nubes de hollín que se desprenden de mí a cada movimiento que hago.

–¿Se encuentra bien? –pregunta la voz.

–Sí..., creo que sí.

–Sígame entonces.

Una mano me agarra por el codo y me ayuda a subir unos cuantos escalones de piedra. Levanto los ojos y veo... las estrellas, las hermosas estrellas. Cerca de allí está parado el caballo, grande y de color gris, piafando y agitando la cola. No tiene silla, ni riendas, solamente un roncal de cuerda de fabricación casera; me vuelvo para hablar con el hombre que acaba de salvarme, pero su extraño aspecto me corta la palabra. Es alto y delgado, y lleva puesto un abrigo raído y un sombrero impermeable. En la mano, el látigo trenzado, negro. Lo más sorprendente de él, sin embargo, no es su barba enmarañada, ni sus anteojos oscuros con montura de concha, sino su nariz... Una nariz enorme y ganchuda, la nariz más grande y de forma más perversa que he visto en mi vida.

–¿Quién es usted? –me pregunta.

–Me llamo Mohammed Smith. Mo, abreviado, y soy un compositor.

–¿Y qué es lo que está haciendo aquí?

–Estaba dando un paseo de camino para el centro de la ciudad, cuando de pronto...

–Nadie «va dando un paseo» por esta parte. ¿De quién va huyendo? ¿De la ley?

–¿De la ley? ¿Yo? Pero eso es absurdo.

–No me lo cuente entonces, señor Smith, si es ése su nombre. Ya sé que hay ciertas cosas que son demasiado vergonzosas para compartirlas incluso con aquellos que son como nosotros.

–Escúcheme. No tengo por qué soportar esta manera de hablarme, señor...

–Me llaman el Pico. Monte en el caballo.

Cruza las manos para que apoye el pie en ellas y pueda subir más fácilmente. Cuando ya estoy arriba, él monta detrás de mí, a horcajadas. Arrancamos a trote lento por la avenida desierta, iluminada tan sólo por la luz de las estrellas. Cuando entramos en la calle, cruza a lo lejos por una intersección transversal, sólo unos pocos bloques más allá, un coche con un caballo, sin luces.

–¿Vive aquí gente? –pregunto sorprendido.

–Sí.

–Pero ¿por qué no usan luces?

–Es mejor que no le recordemos al mundo exterior nuestra existencia.

Me vuelvo a medias, sobre el lomo del animal, intentando verle el rostro, pero al hacerlo mi hombro tropieza con su enorme nariz y casi se le cae. Consigue sin embargo, cogerla y ponérsela de nuevo en su sitio.

–¡Dios mío! –exclamo– Pero si es postiza.

–Claro que lo es.

–¿Por qué la lleva entonces? ¿Como si fuese una máscara?

–No, la máscara es la cara que hay detrás de la nariz.

–¡Pero usted no es el Pico, entonces! Eso no es más que un truco de bromista. ¿Por qué no...?

–¿Por qué no ser simplemente yo mismo? Ya lo he ensayado. No sabe cuánto lo he ensayado... Hubiese sido bastante fácil, supongo, si realmente supiera quién soy yo mismo, como le ocurre a casi todo el mundo, pero el caso es que no lo sé. He intentado el psicoanálisis, la lógica, la astrología... Lo he intentado sentándome en una analizadora... He probado incluso la religión. Todo. Durante quince largos años me he estado buscando sin éxito; luego, un día que pasaba por casualidad frente a una tienda de objetos de broma, vi esto en el escaparate... Una nariz, un apéndice enorme hecho de material plástico, con un par de lentes falsos para sostenerla. Entonces se me ocurrió una idea: ¿a qué continuar con esta búsqueda inútil de mi llamado yo, cuando fácilmente podía renunciar a él y ser otra persona? Me apresuré a entrar en la tienda y compré todas las narices de plástico que tenían, y desde entonces, hace ya de esto siete años, nunca he dejado de llevar una. Puede

imaginarse la sensación de alivio que experimenté cuando me puse la primera y me miré en el espejo. Le daba a mi rostro un carácter verdadero, definido... Un carácter ligeramente ridículo, quizá, y hasta un poco perverso... o incluso criminal, pero indudablemente definido.

–Ya comprendo –dije, aunque comprendía cada vez menos–. Pero todavía no sé por qué ha elegido *este* lugar, entre todos, para venirse a vivir.

–No *elegí* vivir aquí, señor Smith. No estaba en mi mano elegir. Lo que ocurre es que uno no puede moverse por el mundo moderno con una nariz postiza. Mi mujer y mis asociados en el negocio que tenía estaban ya planeando alejarme de alguna forma, pero yo me adelanté a ellos. Una noche, después de terminar el trabajo, en lugar de volver a casa me vine hacia acá y aquí he estado desde entonces.

Mi nueva vida con el Pico es más bien rutinaria, pero descansada. No hacemos nada en absoluto, excepto salir a cazar perros, gatos salvajes, ardillas y pájaros por la noche, y dormir durante el día. Pero a medida que los días se transforman en semanas y las semanas en meses, la idea de lo que Harley Quinn debe de estar haciendo con mi mujer, en lugar de borrarse como el Pico me aseguró que iba a ocurrir, se me hace más y más intolerable.

Por fin, un día, después de una buena comida de sopa de gato, le digo lo que he decidido hacer:

–Me vuelvo a la civilización.

–No digas tonterías –me contesta.

–Tengo que volver. Tengo una cuenta que ajustar con aquel hombre que te dije, Harley Quinn.

Deja el muslo de gato que se estaba comiendo y me mira con tristeza desde detrás de su nariz falsa.

–Si tienes que hacerlo, tienes que hacerlo –dice con un suspiro cansado–. Voy a buscar en la lata de la chatarra para ver si encuentro un arma adecuada para ti.

Desaparece unos momentos y pronto vuelve con un viejo revólver y una caja de balas.

–Aquí tienes –me dice, con voz tranquila–. Llévate esto y buena suerte.

–¡Mohammed Smith! –exclama la mayor de las dos esposas Johnson cuando me abre la puerta–. Entre, entre. ¿Qué demonios ha estado usted haciendo todo este tiempo? Debbie ha estado preocupadísima.

–¿De veras? ¿Dónde está ahora? –le pregunto mientras entro en la casa.

–Volverá en cualquier momento. ¿Quiere esperarla?

–Gracias, lo haré. –Y me siento frente a la puerta.

–¡Cariños! –llama a los otros–. Mirad quién está aquí. El señor Smith ha vuelto.

Los otros Johnson acuden en grupo y se me quedan mirando como si fuera un animal escapado del zoológico. Yo no aparto los ojos de la puerta ni la mano del revólver que

llevo en el bolsillo. Cuando por fin entre Harley... ¡bang!, justo entre los dos ojos.

–¿Sabe? –dice uno de los esposos Johnson–. Harley ha hecho un montón de dinero últimamente.

–¿De veras? ¿Cómo?

–Vendiendo algunas cintas con música de Charlie Parker. Le preguntamos dónde las había conseguido y nos dijo que sencillamente estaban en su cartera. Ese Harley es todo un bromista, ¿no cree?

Hay una pausa y luego:

–Sí, es lo mismo que un millón de carcajadas –murmuro.

Uno de los Johnson está de pie junto a la ventana. De pronto, se vuelve hacia mí y dice:

–Mire, ahí vienen Debbie y Harley.

Oigo sus voces que se hacen cada vez más claras.

Suenan como si viniesen discutiendo.

–¡Oh, cállate! –grita Debbie.

Oigo las pisadas de los dos sobre el sendero de grava y luego sobre los escalones del porche. Uno de los Johnson aprieta el botón automático y la puerta se desliza hacia un lado. Entra Debbie, seguida de Harley. Se ha cambiado de nuevo el color del pelo. Ahora es rubia. Harley es el primero en verme y está empezando a dibujar una sonrisa aceitosa sobre sus labios astutos cuando yo saco el revólver.

–¡Espera! –grita, al mismo tiempo que yo aprieto el gatillo.

¡Bang!

Hago un magnífico agujero en los ojos de un retrato de Julio César que cuelga de la pared.

–¡No, por favor! –grita Harley.

Apunto con más cuidado y aprieto de nuevo el gatillo.

¡Bang!

Esta vez hago un agujero en la puerta. Nunca hubiese imaginado que estos malditos chismes fuesen tan difíciles de manejar.

Aprieto el gatillo otra vez.

¡Bang!

Hago añicos un jarrón de cerámica que había junto a la puerta y que salta por el aire en mil pedazos pseudo–griegos.

–Anda –dice Harley–. Dame eso.

Alarga la mano y arranca el revólver de la mía.

–¡Oh! –exclama–. Está ardiendo.

El aire se ha llenado de humo de pólvora y todos los ojos están fijos en mí, muy

abiertos por el terror del momento. Un terror lleno de fascinación. Harley le da el revólver a Debbie y le dice:

–Tú manténle cubierto. Voy a ver si encuentro algo con que atarle.

Debbie se queda con el revólver en la mano, mirándole a él primero y luego a mí, y de nuevo a él otra vez. Por último, le apunta con el revólver y grita:

–¡Que te crees tú eso! Mo, ve a buscar unas sábanas al armario de la ropa blanca y ata a todos estos gusanos. Luego, tú y yo nos vamos a largar con viento fresco.

Un cuarto de hora más tarde, los Johnson y Harley Quinn están convertidos en verdaderas momias, en fila sobre el suelo, y Debbie y yo nos largamos hacia el Chicago antiguo, después de cerrar cuidadosamente la puerta a nuestras espaldas.

–¡Intento de asesinato! –jadea, contemplándome sin disimular su admiración mientras trota a mi lado–. ¡Qué maravillosamente depravado!

–Quiero una rosquilla –murmuro yo.

La única respuesta a mi plañidera petición es el silencio pétreo de las ruinas. Un silencio que parece burlarse de mí. Con un suspiro resignado reclino mi cabeza sobre el regazo de Debbie y miro cómo se aproxima por el cielo un coche volante. De pronto, el aparato hace un giro y de su escape sale un chorro de llamas blanco–azuladas.

–¡Mira! –exclama Debbie–. Está escribiendo en el cielo.

Desde luego que está escribiendo. A medida que hace giros y rizos, su estela va dibujando las letras, una tras otra.

–¡Mohammed! ¡Está escribiendo tu nombre! –Así es. Y ahora parece que sigue con un mensaje. Ahí se va formando sobre el cielo, palabra por palabra:

«Mohammed Smith, te desafío a un duelo a muerte mañana a mediodía en la plaza de Bughouse, frente a la Biblioteca Newberry. Puedes elegir armas.

»Tu amigo,

»*Harley Quinn.*»

Una vez terminada su tarea, el coche volante desaparece hacia el norte hasta perderse en la obscuridad. Yo me echo a reír.

–Qué valiente eres –exclama Debbie, impresionada–. Frente al peligro, lo único que haces es soltar una risa de desprecio.

–¡Ja, ja, ja! –sigo riéndome yo.

–Pero mañana, al mediodía, ¿te reirás aún de un modo tan atrevido como ahora?

–¡Ja, ja, ja! –me río, atrevido–. Puedes apostar que sí, porque mañana voy a quedarme en la cama.

–¡Mequetrefe! –explota ella y lanza una patada bien dirigida a mi inocente trasero–. ¡Si no eres lo bastante hombre como para batirte por mí, me vuelvo con Harley!

Se levanta y echa a andar con rapidez.

–¡Espera! –le grito–. ¡Vuelve aquí! Está bien, me batiré, ya que insistes.

Llego con Debbie y el Pico a la plaza Bughouse, algo así como a las once y media de la mañana siguiente, cargado con dos arcos y un paquete de flechas y sintiéndome bastante preocupado.

–Aquí llega Harley –dice Debbie, señalando al cielo en dirección norte.

Casi no tengo tiempo de volverme a mirar cuando el coche volante de Harley llega ya sobre nosotros; describe unos cuantos círculos por encima de nuestras cabezas y se posa en una calle próxima, llena de hierbas silvestres. Se abre la portezuela y desciende Harley, un poco pálido. Viene con él uno de los esposos Johnson, un tanto nervioso, y tocándose el electrodo de su cabeza con el lápiz de pilas.

–Hola, Mohammed –dice Harley, humedeciéndose los labios con la lengua.

–Ya he elegido armas –le digo–. El arco y las flechas. He traído también uno para ti.

–No tenías que hacer eso, Mo. Estaba convencido de que ibas a elegir algo así, de modo que he traído mi propio arco. Es una verdadera hermosura, como puedes ver. Está hecho de una aleación de magnesio y la cuerda es de fibra de vidrio. Las flechas son también de magnesio, excepto las puntas, y están comprobadas para variaciones de tan sólo unos pocos milímetros.

–No me digas –murmuro, tratando de ocultar mi pobre arco de fabricación casera detrás de mi espalda.

–Bueno –dice Harley con un suspiro–, lo mejor es empezar cuanto antes. En cierto modo, siento mucho que esto tenga que suceder. Siempre te he tenido aprecio, Mohammed.

–Yo también te he apreciado, Harley –murmuro, mientras nos estrechamos la mano.

–Caminad hasta los extremos opuestos del bloque –nos interrumpe el Pico, ansioso por acabar pronto–. Luego volveos y empezad a disparar.

Harley y yo nos volvemos la espalda y echamos a andar hacia los extremos de la calle. Cuando llego al final del bloque, giro sobre mis talones. Harley está ya parado en su sitio, con el arco y la flecha dispuestos. Con dedos temblorosos trato de ajustar mi flecha en la cuerda, pero por alguna razón misteriosa no parece dispuesta a quedarse allí.

–Vamos, Mo –me grita el Johnson–. Deja de enredar.

Por fin lo consigo.

–¿Listos? –grita el Pico.

–¡Listo! –responde Harley.

–¡Listo! –grito yo.

El Pico da la señal de empezar.

Lentamente comenzamos a avanzar el uno hacia el otro, paso a paso. Un petirrojo se posa sobre el pavimento entre los dos y luego emprende de nuevo el vuelo.

Harley se detiene, levanta su arco y tensa la cuerda.

Yo me paro también y tenso la mía.

Durante un largo momento de silencio nos quedamos allí, apuntándonos el uno al otro, como dos indios de madera. Luego, de pronto...

–¡Squiiiiii...! –grita Globito, apareciendo por una calleja lateral y corriendo desesperado hacia nosotros, mientras agita sus cortas patitas como si fuesen hélices.

Se lanza sobre mí con toda su pequeña mole arrancándome con el impacto el arco y la flecha de las manos. Luego, mientras Harley le contempla con una mirada estúpida, Globito salta hasta él con tres largos brincos y le arranca también el arco y la flecha de la mano. Cuando están todas las armas por el suelo, recoge una flecha y se la coloca sobre el corazón.

–¡Va a matarse! –exclama el Johnson–. ¿Nadie se lo va a impedir? ¡Esa criatura me ha costado una fortuna!

Pero Globito no se clava la flecha. No hace más que sostenerla donde la ha colocado, mirándonos alternativamente a Harley y a mí.

–No, no se matará si suspendemos el duelo –digo, dándome de pronto cuenta plena del significado de su gesto.

Harley se queda como atontado durante unos instantes, luego empieza a dibujarse una sonrisa en las comisuras de sus labios. Se arrodilla y le da al animal unos golpecitos amistosos en la cabeza.

–No te preocupes, diablillo –le dice–. Que no nos vamos a hacer daño.

Globito coge el dedo meñique de Harley con una de sus patas y lo hace venir hasta donde estoy yo. Luego coge el mío con la otra pata y se nos queda mirando, expectante.

–Quiere que nos estrechemos la mano.

El animalito empieza a dar brincos de contento y luego nos lleva hasta donde espera Debbie, conteniendo a duras penas la risa.

–El pobrecillo sólo quiere que todos seamos amigos y felices, para poder ser feliz él también –dice ella–. Pero ¿qué podemos hacer? Parece que si uno de nosotros es feliz, es a expensas de los demás.

Levanto la vista para mirar al Johnson. Me encuentro con su mirada. Ya sé lo que va a sugerirnos y supongo que es la única salida que tenemos. Obedeciendo a un impulso, me arrodillo frente a Harley, tomo su mano en la mía y le digo:

–Harley querido, ¿quieres casarte con nosotros?

Harley se me queda mirando con la boca abierta, mientras Globito da verdaderas volteretas de júbilo.

–Comprendes lo que quiero decir: sólo tú, Debbie y yo –sigo diciendo–. Seremos felices juntos, yo sé que lo seremos.

–¿Es eso lo que tú quieres, Debbie? –le pregunta a ella.

–¡Naturalmente, Harley! ¡Qué maravillosamente decadente va a ser! –exclama ella, en éxtasis.

–Hacedlo ahora, antes de que os arrepintáis –interviene el Johnson–. Tengo conmigo una copia del ceremonial aquí mismo, en mi bolsillo. Lo saca y nos lo alarga.

Después de estudiarlo durante unos instantes, Debbie, Harley y yo nos colocamos en círculo cogidos de las manos y repetimos con tono monótono y solemne estas palabras:

«Te dedico mi vida y todo lo que poseo. Nunca actuaré en contra tuya, sabiéndolo, y si necesitas mi ayuda no te la negaré. No descansaré satisfecho si no tienes comida, vestidos y techo, y me ocuparé de tus hijos como si fueran los míos. Si la enfermedad te ataca, te cuidaré. Si alguien te persigue, te ocultaré. Si te sientes solo, hablaré contigo. Mantengámonos juntos ahora para que la sociedad no muera por su propia mano.»

–Yo os declaro –anuncia –el Johnson, solemnemente– marido y mujer.

Cuando llegamos al lugar donde vive el Pico, el hombre se excusa y durante unos minutos se dedica a buscar entre los restos de las latas algo que poder regalarnos. Por fin encuentra lo que quiere... Una hermosa sortija para Debbie, una espada para Harley, y para mí... un viejo saxofón maravilloso con una boquilla de plástico, igual que el que Solía tocar Charlie Parker.

–Puedo enseñarte a tocar en la escala cromática –me dice–. Entonces al menos podrás realizar tu sueño de componer música como la que tocaba él.

Cojo el instrumento con cuidado en mis manos, me lo llevo a los labios y sopro.

¡Honk!

Sale de su interior una verdadera nube de polvo que nos hace estornudar y toser a todos.

–¿Ves? –dice el Pico, riendo–. Por lo menos ya conoces una nota.

En los meses que siguen los tres nos hacemos compañeros inseparables. Cazamos juntos y trabajamos juntos siempre. Al principio, por lo menos. Sin embargo, más tarde, Harley y yo empezamos a turnarnos para pasar el día con nuestra amada común. Me da la sensación de que Harley está consiguiendo más turnos que yo, pero cuando él me lo explica, todo me parece perfectamente justo.

De todas formas, durante los días en que le toca el turno a él, yo me siento afuera, en el patio de atrás, entre las latas oxidadas y las botellas rotas, y les doy una serenata con mi saxofón. Debbie dice que es muy romántico, sobre todo a distancia, y la realidad es que todos esos años que pasé estudiando a Charlie Parker están dando resultado. Algunas veces, cuando toco *Ool Ya Cu o Oh Bop She Bam*, casi suena más como genuino Charlie Parker que nada de lo que logré producir nunca en la computadora musical.

Ahora que todo marcha por el mejor de los caminos, sin duda vais a pensar que me siento completamente feliz y satisfecho, pero la verdad es que no lo estoy.

Debe de ser que algo no funciona bien en mi cerebro.

PUNTO DE INFLEXIÓN

Arthur Porges

La ancestral amistad hombre-rata da pie a un inquietante relato que, bajo su apariencia anecdótica, encubre interesantes consideraciones laterales.

Sucedió durante aquel tiempo desgraciado en que la Tierra era gobernada por el Imperio de las Ratas.

De Polo a Polo, la palabra de la Rata Emperador era ley que no podía ser discutida ni eludida por ninguna otra rata ni por ningún hombre.

A lo largo de toda la historia anterior de la humanidad, las ratas, junto con los insectos, habían sido los principales rivales del hombre en la lucha por el dominio del planeta.

No tenían ni la inteligencia de los animales más próximos al hombre, como los primates superiores, ni la avasalladora fertilidad de los insectos, pero poseían ambas cualidades en cierta proporción. Sus patas delanteras no eran tan hábiles como los dedos de un mono, pero sin duda mucho más que los cascos o las pezuñas de otros animales. Y sus carnadas, aunque no pudieran compararse con las puestas de huevos de los mosquitos, por ejemplo, eran numerosas y constantes en todo el globo.

Pequeñas en un principio, de dos a cuatro centímetros en el caso de los ratones y de más de treinta en algunas de sus especies tropicales, como las ratas de caña, y aún mayores en otras de sus variantes como el capibara, las ratas se han aprovechado siempre de la misma combatividad del hombre y de sus actitudes implacables. Y de su ciencia pervertida.

La guerra atómica iniciada en 1992 acabó prácticamente con el noventa por ciento de la vida existente en la superficie terrestre. La humanidad volvió a sus primitivos comienzos, organizándose en pequeñas tribus bárbaras desparramadas que buscaban su supervivencia en los rincones más perdidos del globo.

Los insectos salieron mejor librados numéricamente, pero no tenían la fuerza genética suficiente para sacar provecho de su temporal situación de privilegio.

Las ratas, diezmadas pero mucho más resistentes que el hombre a la radiactividad, fueron favorecidas por la naturaleza, siempre inescrutable y caprichosa en sus avatares.

Los roedores sufrieron una gran mutación, desarrollándose no sólo en tamaño, sino también mentalmente, hasta alcanzar un gran poder de abstracción mental. Fue entonces cuando una rata genial llegó a comprender la relación existente entre dos madrigueras y la idea del par. El relato en que se explicaba este acontecimiento estaba escrito en las paredes para cualquiera que quisiese leerlo. Pero quedaban ya pocos profetas entre los restos de la civilización humana que pudieran interpretar el presagio.

Con sus frecuentes carnadas y sus generaciones enteras que llegaban y desaparecían por centenares antes de que un hombre se hiciese viejo, las ratas mantuvieron su delantera vital. Antes de que pasase mucho tiempo eran ya capaces de leer, y utilizaban los mismos escritos de los hombres, una buena proporción de los cuales se había salvado de la destrucción de la guerra.

Las escasas comunidades humanas que aún conservaban unos cuantos conocimientos técnicos lucharon duro por defenderse, valiéndose de rifles, veneno, llamas y gases; pero fueron vencidas por el enemigo, que estaba dispuesto a morir por millares con tal de matar o capturar a un solo ser humano.

La situación resultante no estuvo exenta de una cierta ironía. Las ratas, a causa de sus recuerdos raciales sobre el hombre, experimentaban hacia él sentimientos ambivalentes.

Por una parte, recordaban con furia las trampas, los cepos y los productos exterminadores del pasado. Por otra, también recordaban, de una extraña manera sentimental, que ninguna rata parda había conseguido nunca vivir feliz en la espesura lejos de la proximidad del hombre. Y esto no era sólo una cuestión de refugio y alimento, sino que a las ratas pardas les gustaba en realidad tener seres humanos cerca. Incluso cuando el hombre se convirtió en su subordinado, en una raza animal conquistada, las ratas siguieron sintiendo lo mismo.

Como es natural, los humanos no mostraban la misma tolerancia. Siempre habían odiado y temido a las ratas; y no habían cambiado en esto. Otra ironía más de la situación era el tratamiento relativamente piadoso que el Imperio de las Ratas daba a los hombres. Se les permitía vivir en sus propias comunidades, con tal de que las ratas tuviesen acceso libre a ellas en cualquier momento.

También mantenían una estrecha vigilancia para estar seguras de que el hombre no inventaba o reconstruía ningún arma peligrosa. Y sobre todo se controlaba estrictamente la reproducción: el número de la población humana había sido fijado de manera absoluta e irrevocable en diez mil individuos.

Las ratas sabían muy bien que si se permitía al hombre multiplicarse libremente, volvería a recuperar con su bravura y su inteligencia la hegemonía que había perdido con la guerra atómica.

Y gracias a las enseñanzas de sus libros de historia, las ratas habían incluso creado una válvula de seguridad para anular determinadas presiones sociales que pudieran provocar la aparición de humanos fanáticos e inteligentes, como los Garrison, los Hitler, los Toussaint o los Gandhi de otro tiempo.

Cualquiera que lo desease podía emigrar más allá de los límites del control del Emperador. Había un lugar en la Tierra, una región de Sudamérica, en la que ninguna rata podía sobrevivir. En esos miles de kilómetros cuadrados de selva llena de vapores se había desarrollado un virus maligno mortal para cualquier rata, pero sin ningún efecto sobre el hombre. Es posible que con tiempo y esfuerzo suficientes y tal vez con la dudosa ayuda de algunos científicos humanos, que a veces eran necesarios a la tecnología de las ratas y por ello disfrutaban de ventajas y mimos, las ratas hubiesen llegado a resolver el problema y a conseguir que esta región fuese habitable. Pero de momento no tenían necesidad de ello; disponían de espacio más que suficiente, ya que la Tierra estaba comenzando de nuevo desde cero, por decirlo así.

Su tolerancia, pues, en lo que se refiere a estos problemas sociales, era notable. En vez de matar a los descontentos, como hubiesen hecho muchos tiranos humanos, de manera poco sabia como la historia había demostrado, las ratas les permitían emigrar a la región del Amazonas. Pero, a pesar de todo, los roedores no eran estúpidos. Todo el que quisiera partir tenía que someterse a la esterilización; así no podría producirse una explosión demográfica oculta en la selva. Puesto que no podía reproducirse, la colonia de humanos que vivía allí no representaba ningún peligro para el Imperio.

La esterilización se llevaba a cabo por medios de rayos X y drogas, y se tenía gran cuidado en asegurarse de que era irreversible por medio de la cirugía. No se trataba solamente de cortar algunos conductos en el macho, sino de una operación concienzuda justo en el límite por debajo de la castración, hecha naturalmente en un hospital y bajo las

condiciones mejores, más asépticas y menos dolorosas.

En el caso de las mujeres se les extirpaban los ovarios. A veces se utilizaba un cirujano humano, bajo la supervisión de una rata, igualmente bien capacitada, pero algo menos hábil manualmente, como las dos especies sabían.

Debemos señalar aquí que las ratas, a pesar de la mutación sufrida, no eran tan grandes como los hombres, aunque erguidas sobre sus patas traseras alcanzaban con facilidad una estatura de un metro veinte; sus patas delanteras habían sufrido una gran evolución y eran casi como manos, aunque no tan prensiles, puesto que les faltaba el pulgar en oposición a los otros dedos. La comunicación entre las dos especies, por extraño que parezca, se realizaba en inglés, con mezcla de algunas otras lenguas humanas. Las ratas, después de todo, habían aprendido a leer y a escribir partiendo de los libros, documentos, memorias y películas de su antiguo enemigo, el hombre. Sus voces eran todavía chillonas, pero no mucho menos claras que la de una soprano excitada y un poco ronca, por ejemplo. Y la gente pronto aprendió a captar las diversas inflexiones de una conversación... o de una orden.

Las familias de las ratas han vivido siempre agrupadas de una manera comunal. A los roedores les gustaba vivir en núcleos y responder fácilmente a la llamada de cualquier otro miembro del grupo que se encontrase en dificultades. Así que se hizo natural para las ratas vivir en inmensas ciudades ratunas construidas de acuerdo con sus propias necesidades, pero encima del suelo y más bien parecidas a las aglomeraciones urbanas de los humanos, destruidas desde hacía tiempo por el fuego nuclear.

Aunque esto era algo desconocido para las ratas, ya que de otra manera no podía haber sucedido, el punto de inflexión se produjo el 20 de agosto del año 2067. Un científico joven y su mujer habían pedido un permiso de emigración. A las ratas no les gustaba ver que humanos especializados escapasen a su control, pero la política del Emperador estaba claramente establecida en este punto. Lo más aconsejable era permitir que los descontentos abandonasen la comunidad y se marchasen cuanto más lejos mejor, con tal de que antes se les esterilizase por completo.

El delegado rata para la emigración, el cual tenía que firmar los papeles finales, era un roedor de color gris pardo, de talla un poco mayor que la de la mayoría, con ojillos brillantes muy agudos, aunque bastante pequeños para el gran tamaño de su frente. Llevaba limpiamente recortados los bigotes duros y blancos e iba completamente desnudo, ya que no pertenecía a aquella minoría antisocial que procuraba imitar el estilo humano y que hablaba del primitivismo de la desnudez. Contaba, en su puesto, con guardias armados, pero más bien por una cuestión de honor y de prestigio que de necesidad. La raza humana no tenía armas de fuego y tampoco podía recibirlas de contrabando desde la colonia establecida en Sudamérica. Había demasiadas ratas de guardia, con unos sentidos mucho más agudos que los del hombre y capaces de ver, oler y sentir con sus bigotes, incluso en las peores condiciones de luz. Además, en su inmensa burocracia, establecida a imitación de la de los hombres, se guardaban fichas de los movimientos de todo el mundo, impresos que había que rellenar y números de serie de todos los artefactos que podían ser utilizados contra el Emperador. Tan pronto como un viejo revólver era transportado de una casa a otra, el hecho era instantáneamente conocido y evaluado por una computadora.

Las ratas sabían que un estricto control era su única posibilidad, de no ser exterminado

el hombre, de mantenerse en el poder. Puede decirse en su favor que nunca consideraron seriamente la idea de practicar el genocidio en masa.

–Walter Nolan –chilló el delegado– y su mujer Gloria, nacida Gloria Bandini. Díganme: ¿Desean ustedes marcharse?

–Está todo escrito ahí –fue la fría respuesta del humano–. ¿Para qué hacérmelo repetir?

–Aquí dice que se siente usted asfixiado –comentó la rata–. ¿Tan duros hemos sido? Fue usted a una buena universidad, llegó a convertirse en un buen ingeniero. Le hemos concedido gran cantidad de privilegios, tanto en su paga como en otros niveles.

–Quiero ser libre –dijo Nolan, con obstinación–. Usted no puede comprender eso.

–Me temo que no –respondió el delegado, con un tono de sincera pena en su voz. Sus ojillos parpadearon al hablar–: Usted sabe que mis antepasados eran esclavos, o por lo menos no eran libres. No teníamos ni la inteligencia, ni la capacidad de entendimiento necesarias para saberlo. Moríamos por el gas, por el veneno, los perros y otros muchos horrores sin realmente comprender por qué.

–No doy ninguna clase de excusa –dijo el hombre–. Las ratas, es decir, las ratas en su primer estado primitivo, si he aprendido los hechos correctamente, constituían una grave amenaza para mi propia especie. Destruyeron más comida de la que en realidad necesitaban; transmitieron enfermedades peligrosas e incluso mordieron y mataron a muchos niños.

–En cuanto a esto último –fue la seca respuesta–, sus propios señores de los suburbios y sus políticos ladrones son mucho más culpables que los miembros de mi propia especie, que no sabían bien lo que hacían, en el estado de brutos insensibles en que se encontraban en ese período de su evolución. –Dejó escapar un suspiro–. Sin embargo, veo que su decisión está tomada. Pero déjeme que le diga que estamos perfectamente enterados de lo que esperan muchos de ustedes. Piensan que una vez que se encuentren fuera de nuestro control pueden organizar con éxito una revolución contra el Imperio. Comprendemos que un grupo de hombres inteligentes y dedicados, es decir, fanáticos, serían capaces de organizar un núcleo de ejército equipado con excelentes armas. Pero como no pueden multiplicarse y la emigración está, además, restringida a un cupo razonable, siempre serían derrotados en cuanto saliesen de su propio territorio. Y es realmente el suyo. Nunca intervendremos en él.

–Porque no pueden hacerlo y seguir viviendo.

–Eso es cierto. Pero si quisiésemos podríamos organizar una o dos escuadras suicidas que penetrasen en la selva y nos transmitieran informes antes de morir a causa del virus. De todos modos, nuestro sistema de controles hace inútil tal sacrificio. Incluso estando cada uno de ustedes en posesión de un arma nueva y potente, un millón de ratas con armas automáticas, artillería e incluso tanques, los aplastaría fácilmente. Esto es obvio.

–Pero no tienen aeroplanos –dijo Nolan.

–Admito que nosotras, las ratas, sentimos una aversión instintiva a volar, quizá por un miedo ancestral a las lechuzas y los halcones. Pero tampoco ustedes pueden construir aeroplanos en sus aldeas de la selva. Al menos en el presente. Y si un día pueden, unos pocos centenares de hombres no pueden pilotar los aparatos necesarios para destruir miles

de nuestras comunidades, Aparte de esto, no nos cogería por sorpresa. Sus fronteras están siempre vigiladas, como ya comprobará si aún no lo sabe.

Recogió una carpeta.

–Sus papeles están en orden. Su mujer ha sufrido una ovariectomía y usted ha sido convertido en un ser completamente estéril. Al menos es lo que dice aquí, Pero –añadió, observándolos atentamente– nunca nos guiamos sólo por papeles. Llamaré al hospital para asegurarme consultando al cirujano jefe.

Apretó un botón de su intercomunicador y pronto obtuvo línea con el hospital indicado en el expediente. Después de pedir una confirmación, se quedó escuchando unos momentos la voz chillona que venía del otro extremo.

–Ya comprendo –dijo–. Había abortado unos pocos días antes. Luego, usted la operó. Sí, ya comprendo.

Cerró el intercomunicador y se volvió a mirar a la pareja.

–El cirujano me dice que su esposa sufrió un aborto uno o dos días antes de presentarse para la debida operación.

–Si quiere usted saberlo –dijo Nolan, con voz dura– perdió nuestro bebé porque no quería que creciese como un esclavo de las ratas. Fue idea mía tenerlo, de todas formas. Ahora queremos marcharnos lejos, donde si no hay niños, por lo menos existe la posibilidad de ser libre de las ratas.

–Está bien –dijo el delegado–. Créame que lo siento, lo del niño.

Puso su sello en el pasaporte, se lo alargó a Nolan y dijo:

–Ya conoce la rutina. Usted y su esposa serán escoltados hasta los límites de la colonia y entregados a uno de los hombres de su futura comunidad. Buena suerte y si alguna vez desea regresar...

–Si lo hago –dijo Nolan, con aspereza– no será como obediente vasallo del Emperador, puedo asegurárselo, sino como un invasor armado. Le prevengo sinceramente. Pueden ustedes registrar mi equipaje y esterilizarme, pero nadie puede hacer lo mismo con esto –concluyó, dándose un golpe en la frente.

El delegado le observó con aire grave durante unos segundos, con los bigotes erizados. Pero cuando habló, su voz era tranquila:

–Adiós a los dos –dijo–. El caso siguiente, por favor.

Una vez estuvieron fuera de la oficina, Gloria miró ansiosamente hacia los guardas encargados de darles escolta hasta el autobús, pero estaban lo bastante alejados como para no poder oírlos.

–¿Por qué tan combativo, por el Dios del cielo? –le preguntó a su marido–. ¿Estabas intentando ponerle furioso adrede? ¿No viste sus bigotes? Podía haber cancelado nuestro pasaporte, ya lo sabes, y entonces, ¿qué hubiese pasado?

–Te aseguro que tenía mucho miedo, cuando hizo aquella llamada al hospital. Sabía que iban a investigar y por un momento hasta pensé que nos habían cogido. Por esto adopté la actitud de un amargado, del descontento, pero sin planes. Un tipo que se

desahoga con amenazas generales. Y según parece, dio resultado; por lo menos no investigó los detalles del aborto.

–Eso no les interesa. Lo que les importa es que no llevo un niño dentro de mí; y que no puedo tener ninguno más. –Luego añadió, con un ligero temblor en la voz–: Y que tú nunca podrás ser padre.

Una vez traspasadas las fronteras del territorio libre, se dirigieron hacia la mayor de las comunidades, en el corazón de la selva a la que habían llamado *Voltaire*.

Nolan se apresuró entonces a tranquilizar a su guía:

–Dio resultado –dijo, lleno de excitación–. Conseguimos engañarlos. Gloria, pobre muchacha, no tiene ovarios. Y yo soy tan estéril como una muía vieja. Pero nuestro hijo está vivo y a salvo. No en un frasquito, eso no funcionó y de todas formas examinan el equipaje muy minuciosamente; incluso con rayos X, lo que podría ser fatal. No, lo que hizo el doctor Soburu fue implantar el óvulo fértil en mi propio peritoneo, donde estará perfectamente, durante varios días por lo menos. Tan pronto como lleguemos a *Voltaire*, uno de vuestros cirujanos puede implantarlo de nuevo en la matriz de Gloria.

–Perfecto –dijo el guía–. Tiene que dar resultado. Y si es así, vosotros dos sois sólo los primeros. Otros vendrán pronto, y aunque las ratas corten más tarde toda la emigración sólo necesitamos unos pocos niños. ¡Ellos no serán estériles! Bastó con Adán y Eva para darnos millones de personas, no lo olvidéis. ¡Estamos volviendo a empezar!

En el palacio real, el Emperador de las ratas se agitó, nervioso, en su sueño. Había motivo para ello.

LA CUEVA

Yevgeny Zamyatin

Hay relatos de SF que, más que desarrollar una historia, buscan trazar un cuadro de una situación hipotética. Cuadro que, como en este caso, puede encerrar en su estatismo tanta o más tensión dramática que la típica estructura narrativa planteamiento–nudo–desenlace.

*Zamyatin, salvado de la prisión por intercesión de Gorki, abandonó la URSS en 1931 y vivió el resto de su vida en París. Su novela *Nosotros* (publicada en 1924) es un claro precedente de 1984 de Orwell. El relato que sigue fue escrito en 1920.*

Glaciares, mamuts, yermos. Negros farallones nocturnos semejantes a casas; y en los declives, cuevas. Y nadie sabe quién trompetea por la noche en el rocoso sendero que corre entre los escarpes, quién alza el polvillo de nieve al escarbar en el camino. Quizá sea un mamut de trompa gris o quizá el viento. ¿O no será, el propio soplo helado del mugir del rey de los mamuts? Una cosa es cierta: estamos en invierno. Y hay que apretar los dientes para evitar que choquen entre sí, hay que partir leña con un hacha de piedra, y todas las noches hay que llevar el fuego de cueva en cueva cada vez a mayor profundidad. También es preciso envolverse cada vez mejor en pieles de animales muy peludos.

Un mamut de trompa gris vagaba por las noches entre los escarpes donde hacía muchos siglos había estado San Petersburgo. Y los cavernícolas, envueltos en pieles, mantas y harapos de toda clase, se retiraban de cueva en cueva. En la fiesta de la Intercesión de la Virgen, Martín Martynych y Masha cerraron el estudio. Semanas más tarde, huyeron del comedor y se alojaron en el dormitorio. No había más lugares adonde retirarse. Allí tendrían que resistir el sitio o morir.

En la cueva dormitorio de San Petersburgo, las cosas aparecían tan revueltas y sucias como pudieron estarlo los animales en el arca de Noé refugiados allí por causa del reciente diluvio. Una mesa de estudio, de nogal, libros, mondaduras que parecían hechas con arcilla de alfarero, Scriabin–Opus 74, una plancha, cinco patatas tan repeladas, que parecían de marfil, jergones, un hacha, un *chiffonier*, leña... y en el centro de este universo, su dios, el voraz dios de la cueva, un dios de patas cortas y oxidadas; la estufa de hierro fundido.

El dios zumbaba poderosamente. Un gran milagro cálido en la oscura cueva. La gente... Martín Martynych y Masha, silenciosamente, con adoración, agradecidos, tendían sus manos hacia el dios.

Durante una sola hora fue primavera en la cueva. Durante una hora, las pieles de animales, garras y colmillos quedaron a un lado, y los brotes verdes..., los pensamientos..., lucharon por abrirse paso en la corteza de hielo del cerebro.

–Mart, ¿has olvidado que mañana...? Sí, veo que lo has olvidado.

En octubre, cuando amarillean las hojas, se marchitan y caen, algunas veces hay días de ojos azules; en estos días se echa hacia atrás la cabeza para no ver la tierra, y casi se puede creer que la alegría y el verano aún están ahí. Lo mismo ocurre ahora con Masha. Si se cierran los ojos y solamente se escucha su voz, todavía se puede creer que ella es la misma, la vieja Masha. En un momento dado se echará a reír, saltará de la cama y le rodeará a uno el cuello con ambos brazos. Y lo que has oído hace una hora –un cuchillo raspando sobre un cristal– no era su voz, no era ella...

–Mart, Mart... Ahora como siempre. Nunca solías olvidarlo. El día 29, día de Santa María, día de mi santo.

El dios de hierro fundido todavía zumbaba. Como de costumbre, no había luz. La luz llegaba a las diez. Las feas y desiguales bóvedas de la cueva parecían oscilar en la altura. Martín Martynych, sentado sobre los talones, toda su persona tensa, ¡tensa!, todavía miraba, con la cabeza echada hacia atrás, el cielo de octubre para no ver los labios marchitos y deslucidos. Y Masha...

–¿Sabes, Mart? ¿Y si encendemos la estufa por la mañana como primera labor del día? Para que la jornada sea como ahora mismo. ¿Qué? ¿Cuánto tenemos? Todavía debe de

quedar un cordel en el estudio.

Había pasado mucho, mucho tiempo, desde que Masha podía llegar por sí sola hasta el estudio helado; ya no sabía cuánto. Pero ¡ata el nudo con más fuerza, con mucha más fuerza!

—¿Un cordel? ¡Mucho más! Creo que debe de haber... De repente, la luz. Las diez en punto. Y, estremeciéndose, Martín Martinych cerró los ojos y giró la cabeza hacia otro lado. Era más duro en la luz que en la oscuridad. En la luz podía distinguirse claramente. Su propio rostro estaba arrugado como si fuese de arcilla (muchas personas tenían entonces rostros de arcilla..., retrocediendo incluso hasta Adán). Y Masha...

—¿Sabes, Mart? Lo intentaría, quizá podría levantarme si encendieras la estufa por la mañana.

—Desde luego, Masha, desde luego. En un día así... Por supuesto, será lo primero que haga por la mañana.

El dios de la cueva se agotaba, empezaba a crujir. En aquel momento se mostraba pacífico, lamentándose con débiles chisporroteos. Abajo, en casa de los Obertyshev, un hacha de piedra partía los nudosos troncos de una vieja gabarra. Otra hacha de piedra estaba partiendo en pedazos a Martín Martinych. Un trozo de Martín Martinych dirigió una arcillosa sonrisa a Masha y molió peladuras secas de patatas en el molinillo de café para freirías luego.

Otro pedazo, como un pájaro que entrase en una habitación desde el exterior, se lanzó ciegamente, estúpidamente, contra el techo, las ventanas y las paredes: «¿Dónde puedo encontrar leña..., algún trozo de leña?»

Martín Martinych se puso la chaqueta, se abrochó un cinturón de cuero (existe un mito entre los cavernícolas que asegura que de ese modo se mantiene más caliente el cuerpo) e hizo ruido con el cubo, en un rincón, cerca del *chiffonier*.

—¿Adonde vas, Mart?

—Es sólo un momento. Abajo, a buscar un poco de agua.

En la oscura escalera donde el agua vertida de los cubos se había convertido en hielo, Martín Martinych permaneció un rato inmóvil, oscilante, suspirando hondo. Después, haciendo sonar el cubo como si fuera la cadena de un presidiario, bajó a casa de los Obertyshev.

Disponían aún de agua corriente. El propio Obertyshev abrió la puerta, ataviado con un abrigo que ceñía a su cintura con una soga. Rostro sin afeitado, un rostro parecido a un desierto en el que sólo creciesen polvorientos hierbajos. A través de la maraña de hierbajos, una dentadura amarillenta y el relampagueante movimiento de la cola de una lagartija..., un sonrisa.

—¡Ah, Martín Martinych! ¿Un poco de agua? ¡Entra, entra!

Imposible girar sobre los talones con el cubo, en el estrecho espacio que quedaba entre la puerta exterior y la interior, porque el lugar estaba lleno de leña. Martín Martinych se golpeó dolorosamente una cadera al chocar con la leña, que ocupaba un profundo hoyo en la arcilla de la pared.

En la cocina, Obertyshev abrió el grifo, sonriendo.

–Bien, ¿y cómo está la esposa? ¿Cómo está?

–Lo mismo, Alexei Ivanych, lo mismo. Y mañana es el día de su santo y no tengo más leña.

–Usa las sillas, Martín Martynych, y los cajones. También los libros. Los libros hacen un fuego excelente, excelente.

–Pero tú sabes que todo el mobiliario del apartamento es del propietario. Todo, excepto el piano.

–Comprendo, comprendo. ¡Mala cosa, mala cosa!

En la cocina, en aquel mismo instante, el pájaro extraviado empezó a volar locamente, lanzándose de un lado a otro. De pronto, con terrible desesperación, su pecho chocó contra la pared.

–Alexei Ivanych, yo deseaba solamente cinco o seis trozos.

Los amarillentos dientes aparecieron de nuevo entre la maraña de hierbajos. Los dientes pedregosos y amarillos que saltaban desde los ojos. Todo en Obertyshev era una dentadura protuberante, unos dientes que se hacían más y más largos.

–Martín Martynych, ¿cómo puedes pedirme eso? No tenemos bastante para nosotros. Sabes cómo están las cosas, lo sabes, lo sabes muy bien.

¡Apretar más el nudo! ¡Todavía más fuerte! Martín Martynych alzó el cubo y volvió a atravesar la cocina, el oscuro vestíbulo y el comedor. En el umbral de este último, Obertyshev extendió una mano resbaladiza y rápida como una lagartija.

–Bien, adiós. No olvides cerrar la puerta, Martín Martynych. Las dos puertas. De lo contrario, es muy difícil mantener la casa caliente.

Afuera, en el oscuro y helado rellano, Martín Martynych dejó el cubo en el suelo y cerró la primera puerta. Escuchó, pero solamente oyó el seco temblor de sus miembros y su agitada respiración.

En el estrecho pasadizo que separaba ambas puertas, extendió una mano y tocó un tronco, otro y otro más. ¡No! Rápidamente salió al rellano y empezó a cerrar la puerta. Sólo tenía que hacer un poco de fuerza para que la cerradura funcionara por sí sola.

Pero no pudo hacerlo. No tenía fuerza para cerrarla sobre Masha al día siguiente. Lucharon dos Martín Martynych en mortal combate: el viejo que había amado a Scriabin y sabía que no debía hacerlo, y el nuevo, el cavernícola, que sabía que debía hacerlo. Apretando los dientes, el cavernícola estranguló al viejo, y Martín Martynych, rompiéndose las uñas con la prisa, abrió la puerta y extendió una mano hacia la pila de leña. Un trozo, un cuarto, un quinto bajo su abrigo, otro prendido en el cinturón y uno más en el cubo. Cerró la puerta y subió las escaleras a saltos. Cuando se hallaba a mitad de su ascensión, se detuvo de repente sobre un helado escalón y arrimó la espalda a la pared. Acababa de sonar otra vez la cerradura de la puerta, más abajo, y se oyó la voz de Obertyshev, preguntando:

–¿Quién es? ¿Quién está ahí...?

–Soy yo, Alexei Ivanych. Yo... olvidé cerrar la puerta. Quería... regresé para cerrarla

mejor.

—¿Tú? ¡Vaya! ¿Cómo has podido olvidarlo? Hay que tener más cuidado. Ya sabes que hoy día hay mucho ladrón. ¿Cómo pudiste olvidarlo?

Día 29. Desde muy temprano, por la mañana, un cielo bajo, algodonoso. Pero el dios de la cueva había llenado su vientre a primera hora y comenzó a zumbar alegremente. No importaba el cielo tormentoso, no importaba Obertyshev contando sus leños. Nada importaba. Todo era igual. «Mañana» era una palabra desconocida en la cueva. Tendrían que transcurrir siglos para que los hombres supiesen lo que significaban «mañana» y «pasado mañana».

Masha se levantó y, vacilante bajo un invisible viento, se peinó como en los viejos días, el pelo a los costados con raya en el medio. Era como una última hoja marchita que cae revoloteando desde su árbol ya desnudo. Del cajón central de su cómoda, Martín Martynych extrajo papeles, cartas, un termómetro, un pequeño frasco azul (lo ocultó apresuradamente para que Masha no lo viera), y, finalmente, del más oculto rincón, una caja de negra laca. En su interior había, ¡sí!, verdadero té. Inclinando hacia atrás la cabeza, Martín Martynych escuchó la voz, muy parecida a la de antaño:

—¿Recuerdas, Mart? Mi cuarto azul, el piano con su cubierta y el pequeño caballo de madera; el cenicero también sobre el piano. Yo tocaba y tú te acercabas a mi por detrás.

Aquella misma tarde se había creado el universo, la asombrosa máscara prudente de la luna y el sonar de la campanilla del vestíbulo que cantaba como un ruiseñor.

—¿Recuerdas, Mart? La ventana abierta, el cielo verdoso y, más abajo, como de otro mundo, el gaitero.

El gaitero, milagroso gaitero, ¿dónde estás?

—Y en el muelle, ¿recuerdas? Las ramas de los árboles todavía desnudas, el agua rosada y un último témpano de hielo flotando a la deriva, como un ataúd muy blanco. Y el ataúd nos hizo reír porque nosotros jamás moriríamos. Nunca. ¿Lo recuerdas?

Abajo comenzaron a partir leña con un hacha de piedra. De repente se detuvieron. Alguien corría y gritaba. Y, dividido en dos, Martín Martynych vio con una de sus mitades al inmortal gaitero, al inmortal caballo de madera y al eterno témpano de hielo; y con su otra mitad, jadeante, se vio en compañía de Obertyshev contando los troncos de madera. Ahora, Obertyshev había dejado de contar. Ahora se estaba poniendo el abrigo. Sus dientes eran enormes. Furiosamente golpeaba la puerta y...

—Espera, Masha, creo que hay alguien en la puerta.

No. Nadie. Todavía no. Aún era posible respirar, inclinar la cabeza hacia un lado y escuchar la voz... muy parecida a la de antaño.

Crepúsculo. Estaba envejeciendo el 29 de octubre, atisbando con los ojos opacos y atentos de una vieja arrugada, y todo parecía encogerse y hundirse bajo la insistente mirada.

Cada vez eran más bajas las bóvedas del techo, el armario, la mesa de despacho, Martín Martynych, la cama. Todo se aplastaba, se alisaba, y en la cama Masha, como un papel.

En el crepúsculo llegó Selikhov. Era el jefe de la casa. En otro tiempo había pesado

más de cien kilos. Ahora pesaba la mitad, y embutido en su abrigo se parecía mucho a una rata cogida en un cepo; pero aún conservaba su tonante risa.

–Bien, bien. En primer lugar, Martín Martinych, felicidades a tu esposa en su onomástica. ¡Desde luego, desde luego! Obertyshev me contó...

–¿Un poco de té? Un momento, sólo un momento... Hoy tenemos auténtico té. Ya sabes lo que significa, ¡verdadero té!

–¿Té? Muy bien, preferiría champaña. ¿No tienes ninguna botella? ¡No me digas! El otro día un amigo mío y yo lo pasamos muy bien bebiendo un poco de Hoffman. Bueno, la cosa fue que nos emborrachamos. «¡Soy Zinoviev! –me dijo a voz en grito en un momento dado—. ¡De rodillas!» ¿Te das cuenta qué borrachera?

Y después, cuando me iba a casa atravesando el campo de Martian, me encontré con un hombre que no llevaba encima más que la camiseta, como lo estás oyendo. Me detuve y le pregunté: «¿Qué es lo que ocurre?» Y él respondió: «¡Oh, no mucho! Acaban de dejarme desnudo unos granujas. Me voy corriendo a casa de Vasilievsky.» ¿Te das cuenta de que también estaba borracho?

Aplastada como un papel, Masha reía sobre la cama. Tenso como un nudo, Martín Martinych rió a carcajadas más y más fuertes, para alimentar a Selikhov con más combustible, para arrojar más leña a su fuego. Si no dejara de hablar, si continuara diciendo algo más...

Pero Selikhov se estaba agotando. Guardó silencio tras emitir un breve gruñido. Se agitó en el interior de su enorme abrigo y se puso en pie.

–Bien, mi querida señora, por favor, su mano. ¡Suyo siempre! ¿No lo sabías, Martín Martinych? Ahora se dice así: ¡Suyo siempre!

El suelo oscilaba bajo los pies de Martín Martinych. Se apoyó en el quicio de la puerta, sonriendo. Selikhov se ajustó sus botas de nieve y el abrigo.

Luego, silenciosamente, tomó a Martín Martinych por un codo, abrió sin hacer el menor ruido la puerta del helado estudio y, también silenciosamente, tomó asiento en el sofá.

El pavimento del estudio estaba helado. El hielo crujió suavemente, se apartó de la orilla y sus pedazos flotaron río abajo con Martín Martinych. Desde la distancia, desde la orilla, la voz de Selikhov apenas era audible.

–En primer lugar, mi querido señor, debo decírtelo: aplastaría a este Obertyshev como a un piojo, lo juro por Dios. Pero ya me entiendes, si se queja oficialmente, si dice: «Mañana informaré a la policía.» ¡Semejante piojo! Sólo puedo aconsejarte. Ve hoy mismo a su casa y mete todos esos troncos en su garganta.

El pequeño témpano se deslizaba cada vez más velozmente. Diminuto, no más grande que un alfiler, Martín Martinych respondió, hablando consigo mismo y no acerca de la leña. ¿Qué significa esa palabra «leña»?

–Sí, muy bien. Hoy. Ahora mismo.

–¡Excelente! ¡Excelente! ¡Maldito piojo!

La cueva aún estaba oscura. Frío, ciego, hecho de arcilla, Martín Martinych tropezó torpemente contra la pila de cosas amontonadas de cualquier manera por la inundación. Durante un instante se sobresaltó. Una voz que sonaba como la de Masha, una voz del pasado:

—¿Qué hablabas con Selikhov? ¿De qué? ¿Tarjetas de racionamiento? Y yo tendida ahí, Mart, y pensando; «Si pudiese reunir alguna energía y luego irme a alguna parte, dejar que el sol...» ¡Oh, gritas! Como si me escupieras. Sabes muy bien que no puedo soportarlo... ¡No puedo! ¡No puedo!

Como un cuchillo sobre el cristal. Pero ahora ya no importaba. Sus manos y pies se habían convertido en mecánicos. Para alzarlos y bajarlos, Martín Martinych necesitaba cadenas y cabrestantes. Y un hombre no podía hacer girar un cabrestante, porque se necesitaban tres. Haciendo fuerza sobre las cadenas, Martín Martinych puso en el fuego una tetera y una sartén. Echó al fuego el último leño de Obertyshev.

—¿Oyes lo que te estoy diciendo? ¿Por qué no respondes? ¿Me escuchas?

Por supuesto, aquella no era Masha, aquella no era su voz. Martín Martinych se movió más y más lentamente, hundiendo los pies en la movediza arena, y cada vez se le hacía más difícil hacer girar el cabrestante. De repente, la cadena se deslizó del cepo, el brazo cayó tropezando torpemente con la tetera y la sartén. Todo se estrelló contra el suelo. El dios de la cueva siseó como una serpiente. Y desde la distante orilla una voz extraña y aguda se hizo oír:

—¡Lo estás haciendo a propósito! ¡Fuera! ¡Sal de aquí en seguida! ¡No necesito a nadie!

Había muerto el 29 de octubre, el inmortal gaitero. Los témpanos flotantes en el agua rosada y Masha. Era correcto y necesario. No habría un imposible mañana, ni un Obertyshev, ni un Selikhov, ni Masha, ni Martín Martinych. Todo debía morir.

El autómata y lejano Martín Martinych tendría que realizar algunos movimientos. Atender al fuego de la estufa, recoger la sartén y poner a hervir, una vez más, la tetera. Quizá Masha dijera alguna cosa más. Probablemente ya lo había dicho, pero Martín Martinych no lo había oído. No quedaba nada, excepto el monótono dolor de las abolladuras en la arcilla, hechas por las palabras, por las esquinas del *chiffonier*, por las sillas, por la mesa de trabajo.

Martín Martinych, lentamente, extrajo de los cajones de la cómoda paquetes de cartas, el termómetro, un trozo de cera de sellar, la caja del té y más cartas. Finalmente, de algún lugar recóndito en uno de los cajones, extrajo el frasco de color azul oscuro.

Las diez en punto. La luz continuó encendida. Eléctrica, dura, fría como la vida y la muerte en la cueva. Y junto a la plancha estaban el Opus 74, las mondaduras y el pequeño frasco azul.

El dios de hierro fundido zumbaba con benignidad, devorando el papel de las cartas, el pergamino amarillo, azulado, blanco. La tetera hacía sonar su tapa llamando la atención sobre sí misma. Masha se volvió. —¿Está hirviendo el té? Mart querido, dame... Entonces ella lo vio. Un instante, perforado por la luz eléctrica cruel, clara, desnuda: Martín Martinych agachado ante la estufa. Las cartas brillando en rosa como las aguas del río bajo el sol poniente, y allí, el frasco. El frasco azul.

–¡Mart! Tú... tú quieres... ya... Silencio. El dios de hierro devoraba con fantástica indiferencia las palabras blancas, tiernas, amargas, inmortales. Y Masha, con la misma sencillez que había pedido té:

–¡Mart, querido! ¡Mart, dámelo! Martín Martinych sonrió desde lejos. –¡Pero si ya lo sabes, Masha! Sólo hay para uno. –Mart, pero si de mí ya no queda nada, de todos modos... Esto ya no soy yo, porque de todas maneras pronto estaré... Mart, ya me entiendes. Mart, ten piedad de mí. ¡Mart!

¡Ah, la misma voz de antaño! Y si se inclinaba la cabeza...

–Te mentí, Masha. No tenemos ni un solo trozo de leña en el estudio. Fui a casa de Obertyshev, y allí, entre las puertas, robé, ¿lo comprendes? Y Selikhov dijo: «Bien, debes devolverlo en seguida.» ¡Pero lo he quemado todo, todo! No me refiero a la leña. ¿Qué significa eso de «leña»? ¿Me comprendes?

El dios de hierro dormitaba con indiferencia. Casas, escarpes, mamuts. Masha, como vacilante llama, se apagaba.

–Mart, si todavía me amas, ¡recuerda, Mart! Mart querido, dámelo.

El inmortal caballo de madera, el gaitero, el témpano de hielo. Y aquella voz. Martín Martinych se incorporó lentamente, tomó de la mesa el frasco azul y se lo entregó a Masha.

Masha arrojó la manta a un lado y se levantó, sonrosada, vivaz, inmortal, como el río bajo la puesta de sol, hacía largo tiempo. Cogió el frasco y se echó a reír.

–Bien, verás... No ha sido por nada por lo que estuve tendida aquí, soñando con irme. Enciende otra lámpara, ésa, la que está sobre la mesa. Así. Ahora pon algo más en la estufa. Quiero fuego...

Sin mirarla, Martín Martinych tomó unos cuantos papeles de la mesa y los arrojó en el interior de la estufa.

–Ahora, ve a dar un paseo. Me parece que debe de haber salido la luna, *mi* luna, ¿lo recuerdas? No olvides coger la llave, porque cerrarás la puerta y no habrá...

No, no había luna. Las nubes parecían bajas, espesas y oscuras, como un techo abovedado, como una enorme cueva silenciosa.

Estrechos e interminables pasillos entre las paredes y escarpes helados, negros como casas, y en los escarpes huecos profundos, iluminados en rojo. Allí, en aquellos agujeros, la gente se sentaba junto al fuego. Una ligera corriente gélida alzaba el polvillo blanco bajo los pies, y sobre el blanco polvo las formaciones rocosas, las cuevas, los hombres en cuclillas. Y sin que nadie los oyera, sonaban los formidables pasos de algún desconocido y monstruoso mamut.

PATER UNO, PATER DOS

Patrick Meadows

El tema de la superpoblación ha dado lugar a un importante filón de la SF, que recientemente ha empezado a explotarse también en el cine (Soylent Green, Zero Population Growth).

El tema del lento resurgir de la civilización tras una hecatombe mundial es otra de las grandes vertientes de la SF de todos los tiempos, e incluye obras como el extraordinario Cántico a San Leibowitz (publicado en nuestra colección Libro Amigo).

En esta novela corta de Meadows, ambos temas concurren para dar pie a una inquietante narración, no exenta de un cierto halo épico.

I

(Del Diario del general Parks, comandante de las Fuerzas Occidentales Unidas.)

Día 17 de octubre de 2007

Hoy se habló otra vez en el Congreso sobre el nuevo proyecto de armamentos. Lo único que daría buen resultado es destruir todas las armas. Si los políticos supiesen lo que puede hacer la última... Pero no, seguirían hablando sobre el equilibrio de tuerzas. Tengo que charlar con Jons.

Día 24 de octubre

Jons va a convocar para el mes próximo una comisión especial mientras tiene efecto la reunión de las ciencias abstractas. ¡Al diablo con las ciencias abstractas! ¿Qué hay de abstracto en unas ecuaciones que se pueden emplear para liberar energía en cualquier cantidad? Una vez conocido el principio, los imbéciles sabios pueden aumentar infinitamente las posibilidades.

Día 31 de octubre

Cada día un nuevo garbanzo para el puchero. Rumores de inminente aprobación del proyecto Pater. Cómo fabricar un mundo en paz: construir un arma que pueda diezmar a la población y después inventar la imposibilidad de reemplazar a la gente.

Día 12 de diciembre

De nuevo Rhodasia está escupiendo en los zapatos de sus vecinos. No me molestaría en tomar nota de esto de no ser porque Inteligencia cree que Rhodasia se halla a punto de duplicar el Scorcher.

Día 15 de diciembre

Entre la gran marea de escombros burocráticos que hay sobre mi mesa de despacho, yace la prueba de que los rosarianos poseen la fórmula para la fabricación de su propio Scorcher. De cuatro agentes que trataban de, abandonar el país, Inteligencia detuvo a tres. El África negra llegará a ser mucho más negra aún. Los inventores de esta bestia temieron probarla. Teóricamente, libera una reacción que mediante productos químicos avanzará sobre el terreno. ¿Saltará el estrecho de Bering? ¿No será el viento en tal caso un arma de doble filo? No lo sabemos. ¿Nos detendrá tal consideración en su empleo? No.

Una cosa muy buena. No quedará nadie por ahí para blandir el arma en su mano derecha y una bandera en la izquierda.

Día 20 de diciembre

Un popular escritor pacifista acaba de publicar una lista muy pequeña de lugares que podrían ser seguros después de la guerra. Sin desear hacerme el gracioso, me digo esto a mí mismo: partiría mañana para Grecia, pero tengo que estar aquí para oprimir el botón.

II

Jacson de Quío corrió el pequeño cerrojo de los postigos de madera de las persianas de estilo mediterráneo, y abrió ampliamente la ventana al brillante sol. Miró luego hacia las distantes montañas, por encima de las rojizas tejados. Las blancas sábanas de neblina se separaban de los árboles para ascender hacia el sol, aún bajo en el horizonte.

Aspiró una gran bocanada de aire fresco y se inclinó sobre el alféizar de la ventana. Oyó los tambores y tamboriles, pero aún no se veía a ninguna de las personas que tomaban parte en la fiesta de mayo. Luego se volvió y caminó hasta la puerta de la cercana habitación. Allí aplicó el oído a la madera, cubierta por una fina celosía.

Calmosamente, hizo girar el pomo de la puerta y la empujó. Vio que la cama estaba vacía. Calzado con sus sandalias de madera, caminó sobre el enlosado pavimento. Ya estaba a punto de alcanzar la puerta cerrada del cuarto de baño, cuando una almohada alcanzó la parte posterior de su cabeza.

Dio media vuelta con toda rapidez y vio como se cerraba la puerta. Luego sonó la cerradura. —¡Marya!

Golpeó la puerta repetidas veces con ambas manos, como si quisiera acompañar rítmicamente las carcajadas que sonaban al otro lado.

–¡Abre!

–Ábrela tú mismo, Hércules. Voy a vestirme antes de que sea demasiado tarde. Eso te enseñará a llevarte mis ropas mientras duermo.

La mujer rió de nuevo desde otro lugar de la estancia.

Jacson sacudió desesperadamente el pomo de la puerta y luego corrió hacia la puerta del vestíbulo.

Cerrada. Súbitamente inspirado, se quitó las sandalias; y caminó de puntillas hasta las persianas, cuyo cerrojo deslizó sin ruido. Levantando una de sus esquinas para evitar que crujieran, las abrió casi del todo y se deslizó sobre la estrecha terraza.

Sintió cómo las ásperas desigualdades de estuco tocaban su cuerpo cuando avanzó hasta la ventana. Ella estaba allí, con los pies un poco separados, una rodilla flexionada y la otra pierna recta, firme, con unos fuertes músculos apuntando bajo su piel suave. Las torneadas caderas sostenían con facilidad la estrecha cintura. Los brazos flexionados, acabando de sujetarse el cabello. Canturreaba en tono bajo, entre dientes, sonriendo levemente con la cabeza un poco inclinada.

Con gran cautela, Jacson apoyó una mano sobre el húmedo alféizar para poder saltar.

Sus cuerpos se encontraron ante la puerta, mientras las carcajadas de ambos resonaban por toda la habitación.

–No, Jac. Casi estoy vestida.

–No puedes mirarme de esa manera y escapar así como así, vestida o no.

Ella luchó, pero no lo suficiente para evitar que cayeran juntos sobre el lecho. De nuevo se soltaron sus cabellos, extendiéndose sobre la almohada. No se movió cuando Jacson soltó sus brazos para cerrar las persianas. Después se vengó mordiéndole en una oreja.

Mientras se hallaban tendidos de espaldas, contemplando el techo, medio dormidos, el ruido invadió las calles.

Marya tiró de la sábana sobre la cual se hallaba el cuerpo de Jacson y la enrolló a su cintura. Jacson abandonó rápidamente el lecho para unirse a ella, en la ventana. Los cantos rodados de la calle estaban cubiertos por pétalos de rosas blancas, amarillas y rojas, arrojados por muchachos y muchachas desnudos de aproximadamente quince años de edad, cargados con cestas llenas de flores. Tradicionalmente, el último nacido encabezaba la procesión. Tras ellos avanzaba un grupo de músicos con instrumentos de percusión, tambaleándose borrachos de un lado a otro de la estrecha calle.

Una carreta, cubierta por complicados dibujos florales, seguía de cerca a los músicos, transportando a un hombre rubio y a una mujer sobre un estrado tapizado. Estaban haciendo el amor. En cada rincón de la carreta vigilaba un tecnosacerdote. Delante había otro que se volvía de vez en cuando para animar a la pareja rubia en sus esfuerzos, dedicándoles alguna palabra soez.

La mayor parte del ruido que acompañaba al desfile era producido por la multitud que cantaba y gritaba y bailaba tras la carreta, llenando el aire con sus roncas carcajadas y

expresiones vulgares.

Jacson se volvió sintiendo que se apoderaba de él la náusea.

—¡Oh, Jac! —gimió Marya, contemplando aún a la multitud que se acercaba a la próxima curva de la calle.

Jacson se encolerizó una vez más ante la razón de la sinrazón, haciendo extensiva su ira a Marya.

—¿Te agradaría ser mostrada... así, como un animal de concurso?

Marya enrojció. Abandonó la ventana y reanudó su peinado.

Arrepentido, Jacson se dominó y dijo:

—Lo siento, pero no pienso en la misma forma que vosotros respecto a todo esto, y ya lo sabías cuando me aceptaste.

Señaló hacia el exterior con un dedo y añadió:

—¿Cómo nos puede eso ayudar a tener hijos? Quizá a *ellos* sí les ayude en algo.

A continuación, Jacson maldijo entre dientes.

Suspirando hondo, como una madre que tratara de explicar la misma cosa a su pequeño hijo por milésima vez, Marya depositó el peine entre las largas púas del cepillo y lo dejó sobre el tocador. Luego tomó asiento en el suelo y apoyó un brazo sobre las rodillas de Jacson.

—¿Sabes, Jac? No acabo de entenderte. Te quiero y confío en ti, pero tu amargura y esa rebeldía que exteriorizas en casi todo a veces son excesivas. Espera...

Marya apoyó dos dedos sobre los labios de Jacson y añadió:

—Lo sé. Aguantaste el ritual de la boda en la iglesia. También me alegro de que eso haya terminado. Pero en realidad no crees en nada. Ni siquiera en la simple diversión... y aceptas la fiesta de mayo por lo que vale. Eso no te impide hacer lo que quieras con tu vida, ¿verdad?

—¡Sí!

Jacson se puso en pie y comenzó a pasear por la estancia. Luego, dijo:

—Este es el quinto año. Esperamos cuatro porque cada quinta fiesta de mayo el Pater permite que se haga el amor. ¿Crees que los hombres se han convertido en pecadores solamente en estos últimos quince años de historia y que por eso han sido castigados con la esterilidad? Yo no lo creo. Este es el sexagésimo quinquenio. En los tres últimos no han nacido niños. El hombre no puede haber cambiado mucho desde que nacimos.

Una vez más, Jacson pareció dominarse y murmuró:

—Lo siento.

—Yo no sé nada sobre eso, Jac. Pero hemos hecho lo que pudimos por el Pater y ahora debemos hacerlo por nosotros. Y aún nos quedan cuatro meses más para intentar tener hijos.

—Lo sé. Lo siento mucho.

La joven le atrajo hacia sí y le besó.

–Está bien, Marya. Es día de fiesta. Vístete y daremos un paseo hasta la plaza.

Jacson sonrió intentando dar la sensación de haberlo olvidado todo, pero aún daba vueltas a las mismas cosas en su mente. Año 2307. El y Marya tenían cinco quinquenios, veinticinco años de edad. Los más jóvenes tenían tres quinquenios. Tendría que charlar con Stephan, su viejo amigo. Al menos ellos no esperarían a que el último hombre caminase decrepito hacia su tumba. *Y en cuanto a Marya y los tecnosacerdotes...*

No quiso ni siquiera acabar de pensarlo.

III

(Del Diario del general Parks.)

Día 21 de diciembre de 2007

Esto podría ser. Acabo de recibir una orden de aspecto inocente para un entrenamiento de guerra hemisférica a toda escala. Probablemente una especie de gambito para desorientar a los africanos. El Scorcher podría fabricarse en un taller de juguetes teniendo a mano la fórmula. Hay por allí alguien que nos odia. Quizá los peces gordos sepan lo que se está guisando. Esta vez todo el mundo ha de meterse en el lío, le guste o no.

El mismo día

Ha sucedido. Se ha aprobado el proyecto Pater. El Control de Fertilidad Universal Obligatoria entrará en vigor mañana. Generaciones de niños en germen han obligado al Gobierno a hacerlo así, pero ahora será un despilfarro..., a menos que dispongamos también de un control de la muerte. Si pasado mañana anda por ahí alguna mujer con un óvulo por fecundar, seré el primer sorprendido.

Día 24 de diciembre

Esta vez hay verdadera prisa. Faltan cinco minutos para apretar el botón. Que Dios ayude a los supervivientes, si los hay. En la otra vida (debe haber una, ya que ésta no lo es), creo que llevaré pancartas: «¡Viva la gente!» «¡Suprimid las fronteras nacionales!» No usaré barba, no mascaré goma, no fumaré DMT, no trataré con psicodélicos, pero lo que la

generación del amor aprendió de todas estas cosas servirá como nueva Ley de Derechos y Errores. Hazlitt estaba equivocado. Al hombre no se le puede definir como el «animal que ríe y llora», porque es el animal que crea maravillosos cañones, bazookas impúdicos, misiles, morteros, bombarderos, granadas, bueno... Hazlitt tenía razón a medias, porque el hombre llora.

IV

La plaza estaba abarrotada de gente de la ciudad y otros isleños, que iban de puesto en puesto comprando duplicados de los sagrados iconos, gardenias, helados y limonada. Con tres veces la altura de un hombre y un espesor equivalente a la longitud de un brazo, los dos brillantes y antiguos artefactos se alzaban sobre sus amplias bases con tres rebordes desgastados por las bocas de los adoradores. En sus cimas aparecían unos redondeados conos que señalaban hacia el cielo.

Stephan de Samos, amigo de Jacson desde sus días a bordo del *Zambak*, cuando embarcaban cobre en Chipre y Creta, había traído a su novia, Tatiana, a Quío, para su primer Período Sagrado.

–Jac, mira cómo están fabricadas esas cosas. Los Antiguos debieron disponer de herramientas y conocimientos que jamás hemos soñado.

Jacson había dominado su mal humor durante toda la mañana. Como electricista, sospechaba que los conocimientos para construir aquellos iconos se habían desarrollado por las mismas razones que propiciaban el desarrollo de la electricidad: su utilidad para el hombre. Respondió:

–Sabes que hablar así es una blasfemia, amigo. Los sacerdotes dicen que la Gran Parte fue destruida por una ola de la Nueva Luz, por Pater, como castigo, ya que los Antiguos eran hombres malos y envilecidos. Además, sugieres que esos iconos eran herramientas y eso no tiene sentido. Los Antiguos no eran gigantes.

Stephan había adquirido el hábito de aguijonear a Jacson con una mezcla de sabiduría convencional y declaraciones tópicas. Trabajaba muy bien con las manos, pero cuando era preciso ir más allá de dar forma al metal al rojo que sostenía entre sus tenazas, se sentía totalmente perdido.

Había aprendido a confiar en la intuición de Jacson. Así era como habían descubierto los talleres bajo los escombros de Nicosia y aprendido a fabricar alambre. También en otros tiempos lo habían reunido y almacenado para tender líneas eléctricas, buscándolo en ciudades abandonadas.

Estaba a punto de comenzar la consagración quincenal de los iconos. El Gran Tecnosacerdote y su séquito avanzaron pomposamente hacia el estrado mientras los acólitos hacían oscilar sus incensarios. Marya y Tatiana lucharon por abrirse paso entre la

multitud.

–Ahí vienen las chicas, Stephan. Cuando lleguen aquí diles que se reúnan más tarde con nosotros. Tengo que charlar contigo.

Stephan decidió que perdería el tiempo si intentaba persuadir a su amigo para que se quedase allí a contemplar la ceremonia. Tristemente, observó a las dos jóvenes que se aproximaban sosteniendo en alto las baratijas que habían comprado. Se movían sus labios, pero sus palabras quedaban ahogadas por el ensordecedor bramar de la multitud.

V

El ruido de las festividades quedaba muy atenuado entre los espesos muros de la taberna. Eligieron una de las mesas situadas bajo los arcos de la convertida mezquita. Tomaron asiento lejos del mostrador. Pidieron *ráki*, que luego vertieron en vasos con agua. Bebieron el lechoso líquido, pidieron más, y esperaron hasta que el anciano que les servía se retiró tras el mostrador.

–Steph, ¿qué vais a hacer Tatiana y tú?

–¿Hacer? Bueno, regresaremos a Samos después del festival. Hemos alquilado una casa cerca del puerto hasta que veamos...

–Hasta que veáis que no tenéis hijos. ¿Y entonces...?

–Entonces decidiremos. ¿Qué quieres decir con todo eso?

–Lo siguiente: sabéis muy bien que no tendréis hijos y que *ellos* decidirán por vosotros. ¡Y entonces será demasiado tarde!

–No sabemos lo que puede ocurrir. Al menos yo no lo sé, ni tú tampoco. Puede que en este quinto año...

–Este quinquenio será igual a los tres últimos. Sé muy bien que es más fácil pensar o creer que las cosas son de otra manera. Incluso la promesa de unos pocos meses con Marya es mejor que nada.

El camarero les sirvió unas copas de *khave*. Stephan se llevó la suya a los labios y miró a su amigo con ojos brillantes. Cuando hubo vaciado la copa la colocó boca abajo sobre la mesa.

–*Kalo*. Nos conocemos desde hace mucho tiempo. ¿Qué es lo que piensas? –preguntó, apoyando ambos codos sobre el borde de la mesa.

Jacson se inclinó hacia él, ansiosamente, con la tensión reflejada en cada uno de sus rasgos.

–Estoy pensando que jamás habrá más niños.

Se detuvo para dar más significado a sus palabras. Luego añadió:

–A menos que alguien trate de averiguar por qué y qué se puede hacer...

Stephan, con calculados movimientos, puso la copa boca arriba, estudió los dibujos que en ella había con poca satisfacción, y acto seguido apartó a un lado bruscamente copa y plato.

–¿Y qué es lo que podría hacer alguien? –interrogó.

Jacson se echó hacia atrás en su silla, al mismo tiempo que movía un brazo en un ademán de frustración.

–Sólo un loco podría negar que debemos intentarlo. Solamente un loco seguiría escuchando a los tecnosacerdotes, que son asimismo unos locos. O algo mucho peor, ¡embusteros!

–¡Jacson! –exclamó Stephan, oprimiendo un brazo de su amigo y mirando hacia el camarero– Salgamos de aquí.

Tras dejar algún dinero sobre la mesa, Stephan se encaminó apresuradamente hacia la salida, sosteniendo aún a Jacson por el brazo. Bordearon a los últimos espectadores que llenaban la plaza y penetraron en una estrecha calle que les condujo al mar. Continuaron caminando hasta hallarse lejos del muelle de amarre, y entonces redujeron el paso.

–Está claro que has perdido la cabeza, pero estoy contigo en lo que pienses. Bueno, quizá sean los vínculos de la amistad y todo eso...

Se detuvo y Jacson forzó su rostro en una sonrisa.

–*Kalo*, camarada. Pero te lo advierto, esto implicará más riesgos que una captura por los merodeadores turcos. Cuando termine nuestro período de prueba, si Marya no muestra señales antes de que los tecnosacerdotes se la lleven, nos habremos ido. Si lo deseas te iremos a buscar.

–¿Y adonde iremos?

–Eso puede esperar. Mientras tanto debemos aprender todo lo que podamos. Hacer preguntas, sobre todo a los ancianos. Y a los marineros. Ellos viajan mucho y es posible que sepan cosas que nosotros ignoramos.

Comienza a almacenar provisiones por si tenemos que irnos antes de lo previsto.

–¡Estás hablando en serio! Muy bien, así lo haré. Y si es necesario conozco algunos lugares en el continente que pueden ser muy seguros!

Se miraron mutua y fijamente bajo el fuerte sol. El viento soplaba con suavidad y a sus pies resonaba el murmullo de un amistoso océano. Ambos tenían muy en cuenta el peligro que suponía abandonar sus islas sin permiso y también el que presentaban las bandas turcas de la costa.

Pero, después de todo, eran auténticos griegos, y el remoto aroma del temor hizo latir sus corazones con más fuerza; unos corazones que desde hacía mucho tiempo se habían habituado a la seguridad constante. Mientras estrechaban vigorosamente sus manos, ambos lanzaron una sonora carcajada bajo el brillante sol.

VI

–¿Dónde habéis estado?

Tatiana parecía muy joven y llena de temor.

–Paseando. ¿Qué ha sucedido?

La multitud se dispersaba y las personas evitaban mirarse directamente a los ojos.

Marya ocultó el rostro en el pecho de Jacson.

–Ha sido terrible –murmuró.

–Continúa, ¡dinos lo que pasó!

–Se trata de Dimitrios. Le han matado.

–¿Dimitrios? ¡En nombre del Pater! ¿Quién le mató?

–Los acólitos. Dimitrios le chilló a un tecnosacerdote y después le abofeteó.

Tatiana rompió a llorar histéricamente.

–Le destrozaron, pero siguió gritando: «¡Asesinos! ¡Asesinos!», mientras se arrojaban sobre él como locos.

Jacson hizo memoria. Dimitrios se había casado hacía cinco años. Como su esposa no le había dado hijos, se la habían llevado. Dimitrios la amaba mucho.

Cuando se alejaban de aquel lugar, Jacson captó la significativa mirada de Stephan, que le decía sin palabras: «¿Te hubieses comportado tú en forma diferente?» Leyó un firme «¡No!» en los negros ojos que se clavaban en los suyos.

VII

El mes de agosto halló a Jacson tan preparado como debía estarlo. Como de costumbre, había trabajado en los tendidos eléctricos de la isla. Guardaba una buena cantidad de provisiones en la desierta costa occidental. Parecía probable que muy pronto fuera a necesitarlas.

Sin embargo, había tenido también tiempo para rehacer la historia del preholocausto, pues pasó unos días con Nikos, un ermitaño que vivía en el extremo oriental de la isla y que anteriormente había sido tecnosacerdote. Por él supo que los hombres sagrados no ha-

bían tenido un papel tan importante como se aseguraba en la salvación del archipiélago a la hora del desastre.

Nikos, ya muy anciano, había sido sacerdote en su juventud. Su padre y su abuelo también habían pertenecido a la sagrada orden. Las historias y relatos que se habían transmitido durante generaciones llegaron a Nikos con un alto grado de veracidad. En su familia se apreciaba mucho la verdad, pero nada se le dijo hasta haber sido ordenado.

Por entonces había recibido tanta información de otras fuentes, que se agotó en su esfuerzo por reconciliar los relatos de su padre con la historia enseñada por la Iglesia. Amaba y respetaba a su padre y era hombre devotamente religioso. Tras dudar terriblemente entre el rechazo de las palabras de su padre y el estudio minucioso del santo Manual Técnico, finalmente se decidió por la vida de meditación y la terrible austeridad que aún observaba.

La verdad, tal y como él la había recibido, era incompleta, pero correcta en su alcance. Según su padre, hubo una época en la que los técnicos formaron una jerarquía secular basada en capacidades que nunca estuvieron muy claras para él, mientras que los sacerdotes se formaron en temas relacionados con las almas y moral de los hombres. No se permitía entonces a los sacerdotes tomar esposa. En este aspecto, en cambio, los técnicos eran como los demás hombres.

Llegó la destrucción del resto del mundo, que dejó solamente con vida a Grecia y a unos cuantos supervivientes esparcidos por zonas cercanas del continente, según atestiguaron los ocasionales viajeros que solían llegar a las islas. Comenzaron el terror y el hambre. Los dos estamentos más fuertes de la población eran los educados técnicos, que poseían y retenían la mayor parte de las armas, y las órdenes religiosas.

Ambos unieron sus fuerzas para restablecer una pacífica existencia en las islas. Pero muy pronto se les identificó como una sola institución y no transcurrió mucho tiempo sin que se les llamara tecnosacerdotes. Los técnicos llevaron con ellos a sus esposas y así establecieron un nuevo precedente. Al cabo de poco tiempo los tecnosacerdotes comenzaron a reclamar a las mujeres que no habían tenido hijos en su matrimonio. Algunas veces, estas mujeres concebían dentro de las iglesias, a pesar de que no lo habían hecho con sus maridos.

El padre de Nikos sugirió que había habido una época en la que una mujer podía dar a luz hasta quince hijos en otros tantos años, aunque él jamás lo había visto. Dijo que la carga de los nacimientos se había hecho tan pesada en aquella época, que el hombre había establecido un pacto con el Pater para reducir los nacimientos hasta que los niños nacieran solamente cada cinco años.

Una vez más, en aquel quinquenio no había nacido ningún niño de Quío. Tras pasar algún tiempo en el puerto, Jacson se enteró de que la misma circunstancia se daba en todas partes. Lamentaba con los demás la ausencia de nueva sangre. Había hecho su servicio obligatorio marítimo en compañía de Stephan a los doce años de edad. Ahora, el hombre más joven de la flota tenía veinte. Prácticamente faltaba toda una generación.

Tomó asiento en una taberna del puerto que olía a salitre, pescado y sudor de los hombres que le rodeaban. Intercambió con ellos algunas historias y a cada bocado de *retsina* se iba haciendo más y más locuaz. Las hazañas combinadas de tres siglos de niños

y criminales a bordo de los buques mercantes estaban presentes en todos los relatos. Más pronto o más tarde, un descendiente de Hornero, que también era de Quío, nacería para unir en una obra épica todas aquellas discordes historias.

Con la cabeza dándole vueltas por los efectos del vino y del heroísmo, Jacson regresó a casa y a Marya por serpenteantes callejas. Marya. El nombre se adhería a su piel. La mujer se había convertido en algo tan importante para él como la misma respiración. La mujer había cambiado la isla de arriba abajo. Antes era un simple conjunto de colinas y rocas, y ahora le parecía una copa de calor mediterráneo.

Pronto tendría que decirle que se iban. A diferencia de él, que había viajado por las islas y conocía a alguien en casi cada región, Marya jamás había dejado su isla, su hogar. Lamentándolo, pensó en ella cuando regresaba a casa por la tarde, después de pasar un día con sus amigas recogiendo lentisco en las colinas y trayendo en su respiración el suave aroma de la savia. Pensó: «Mejor dejar esto que no tener nada.»

Estaba la luna alzándose sobre la tierra cuando llegó a la entrada. Se detuvo repentinamente. En el fondo del jardín, la puerta de la casa se hallaba abierta. La luz se filtraba hacia el exterior. Oyó la voz de Marya, una sola sílaba, dura, áspera, y entonces una sombra bloqueó la luz durante un instante, como si alguien saliera corriendo por la puerta hacia el fondo del jardín. Jacson gritó y echó a correr hacia la sombra que se alejaba. Cuando pasó por delante de la luz oyó su nombre. Luego sus manos se encontraron sobre un par de hombros. Los empujó hacia delante, haciendo que el hombre se arrodillara.

–¡Janaros!

El tecnosacerdote volvió el –rostro mientras esbozaba una sonrisa. Jacson añadió: –¿Qué estás haciendo aquí?

–Casi ha llegado el tiempo, Jacson. Quiero saber algo acerca de tu mujer.

El tecnosacerdote hablaba lentamente, sin apartar sus ojos del rostro de Jacson.

Con una repentina furia en las venas, Jacson lanzó un violento puntapié al pecho de Janaros. El hombre cayó hacia atrás gruñendo y rodando de costado. Otro golpe cayó de lleno en su cara. Jacson se inclinó y dijo en tono ronco:

–Janaros, si la has tocado, eres hombre muerto.

Se volvió y corrió hacia la casa. Junto a la puerta se encontraba Marya, que lloraba apoyada de espaldas contra la pared.

–Dime qué ha sucedido.

La joven se apartó de la pared y se acercó a él, todavía llorando.

–Dime lo que...

–Nada, querido...

La muchacha sollozó y miró hacia otro lado. Jacson la obligó a mirarle a los ojos. Marya añadió:

–No ha ocurrido nada. Dijo que me tomaría cuando llegara el momento. Quería..., pero le obligué a irse.

Jacson envió a Marya al dormitorio. Aún jadeante, regresó al jardín. Janaros se había puesto en pie y estaba apoyado contra el muro.

–¡Fuera de aquí! –gritó Jacson–. ¡Jamás la volverás a ver!

Y a continuación empujó al tecnosacerdote con tal violencia que casi le derribó de nuevo.

–Lamentarás esto, Jacson. Cuando llegue el momento lo pagarás –dijo, mirándole con ira.

Muy pronto se perdió entre las sombras. Jacson maldijo en voz baja a la luna y las estrellas. Después caminó lentamente hacia la casa. Marya ya se había dormido.

VIII

Las estrellas aún brillaban en el cielo a pesar de que el falso amanecer pintaba de azul obscuro el horizonte. Jacson estaba despierto escuchando los primeros sonidos del despertar de los pájaros. Con cada minuto que iba transcurriendo, aumentaban notablemente las agudas llamadas que quebraban el profundo silencio.

De niño, las mañanas como aquella siempre habían despertado en su interior emociones que le hacían recordar los relatos escuchados en los campos de trabajo. Alrededor de las hogueras, después de cenar, siempre había un anciano que relataba una de las historias sobre un héroe llamado Ulises. El lenguaje empleado no era el de cada día. Era como si alguien estuviera leyendo un libro o construyendo frases como edificios, para que así soportaran el paso del tiempo. Las orgullosas sombras de aquellos días quedaron grabadas en su mente y sus sueños durante años. Esta vez Jacson pensó en por qué aquellos hombres se maldecían y luchaban unos contra otros. Una mujer, Elena. París se la llevó y toda Grecia se alzó en armas para rescatarla. «Y nos arrebatarán a todas nuestras mujeres», pensó.

Escuchó atentamente los nuevos sonidos que se añadían a los primeros entre los árboles. Un pájaro comenzaba a cantar normalmente. Otros le respondieron. Se inició otra vez el aleteo entre las hojas.

De repente Jacson centró su atención en una diferente clase de ruido. Muy suave, pero motivado por movimientos de regularidad poco natural. Se dejó de escuchar durante varios minutos, y entonces Jacson se levantó para aproximarse a la ventana. Apretándose contra la pared, observó el amplio jardín que se extendía más abajo. Un movimiento junto al negro ciprés. Otra vez. Otro movimiento al lado de un alto seto. Cuando Jacson se fue habituando a observar lo que ocurría en la obscuridad, contó hasta ocho hombres.

Había llegado el momento de la decisión. ¡Ahora!

Acariciando la mejilla de Marya con la yema de un dedo, la despertó. Acercó la boca a

su oído, sosteniéndola con fuerza para que no hablara. Se vistieron en silencio y después avanzaron hacia la puerta de la terraza.

La puerta del dormitorio se abrió con fuerza y se encendieron las luces. Janaros lanzó una rápida ojeada a la cama y comenzó a dar órdenes.

–¡Registrad la terraza! Tú..., ¿no has visto nada?

–Nada, Santidad.

–Antorchas, registrad los alrededores. Acólitos, haced lo mismo con las habitaciones.

Hubo unos momentos de febril actividad. Los hombres se llamaban unos a otros y sonaban las pesadas botas en las escaleras.

–Aquí no hay nadie, Santidad. Han debido de avisarles.

–¿Quién? Vosotros mismos no lo supisteis hasta hace una hora.

Janaros empujó con el pie una silla, que se deslizó hasta el centro de la estancia, y tomó asiento en ella.

–Dejad aquí dos hombres. Id directamente al puerto y cuidad de que nadie se haga a la vela hasta que hayáis registrado personalmente cada uno de los caiques.

Sonaron las pesadas botas alejándose de la casa. Janaros gritó desde la ventana cuando el pequeño grupo avanzaba hacia la carretera:

–Sois responsables de ellos, no lo olvidéis.

Sin contestar, el jefe del grupo apuró el paso arrastrando tras sí a los hombres, que maldecían en voz baja.

Janaros, pensativamente, se tocó la herida de la mejilla y estudió la habitación. Su vista se posó durante un momento en la cama y luego se elevó al techo. Escuchó con atención, pero sólo pudo identificar con seguridad el ruido que hacían sus propios hombres.

Una leve sospecha comenzó a tomar forma en su mente, y con gran cautela caminó hasta la terraza. Apagó las luces. Una vez en la terraza se detuvo, escuchó de nuevo y avanzó ceñido a la pared para observar los aleros del edificio. Llegó hasta la balaustrada y otra vez se detuvo extendiendo el cuello para mirar hacia el inclinado tejado. Oyó demasiado tarde el movimiento, tras él, en las enredaderas. Un brazo se cerró sobre su garganta y le arrastró. Apenas había sacado el cuchillo de la vaina, cuando sintió que una mano se apoderaba de él y lo hundía entre sus costillas. Arqueó la espalda una sola vez antes de caer al suelo, flojamente, sin lanzar un solo grito.

Jacson contempló el cuerpo de Janaros durante largo tiempo, mientras respiraba fatigosamente.

Sonó un murmullo casi directamente a sus pies y prestó atención. Una voz nerviosa interrogó:

–¿Estáis bien, Santidad?

Jacson esperó hasta que la pregunta se repitió por segunda vez e inmediatamente saltó sobre la voz. El sorprendido acólito salió despedido y golpeó la tierra con su espalda. Se

puso en pie y en guardia cuando Jacson hizo lo mismo. Los dos hombres trazaron un amplio círculo, con lentitud, estudiándose y avanzando, la mano derecha armada con un cuchillo. El acólito estaba bien entrenado en aquel tipo de lucha. Su rostro era una caricatura del odio. Bajo la débil luz de las estrellas, sólo se distinguían sus rasgos más prominentes. Una sonrisa demoníaca y la alta frente.

Se arrojaron uno sobre otro y casi simultáneamente esquivaron el acero. Repitieron el ataque y las muñecas de ambos hombres quedaron fuertemente trabadas. Jacson tensó todos sus músculos y se deslizó hasta el suelo, apoyando una rodilla en el estómago del hombre. Hizo presión sobre los brazos de su enemigo y estiró la pierna. Entonces quedó libre su muñeca. Con rapidez se revolvió sobre el terreno, alzando el cuchillo para dejarlo caer con enorme violencia. La hoja clavó sobre la tierra la garganta del hombre.

Una luz se movía hacia ellos. Jacson se ocultó entre las enredaderas mientras la antorcha se acercaba y descendía para observar el cuerpo del acólito. Un silencioso arco brillante en la oscuridad y todo acabó. Jacson apagó la antorcha valiéndose de la capa del acólito y esperó, escuchando con suma atención. Finalmente trepó por el arriate.

Mientras ayudaba a Marya a llenar una pequeña bolsa, ésta comenzó a llorar. Al darse cuenta de que la sangre había manchado las manos de Jacson, se las hizo lavar. El tono de su voz era monótono.

—¿Qué haremos?

—Cuando regresen los hombres de Janaros no habrá salida. Te lo diré en el camino.

—¿En el camino hacia dónde?

—Ellos están en el puerto. Nos iremos hacia Vrodadhes, en el norte. Allí vive un viejo ermitaño que posee una barca de pesca. Es justo lo que necesitamos. ¡En marcha!

IX

Antes de que el día clareara totalmente, ya se habían alejado mucho de la casa. Caminaron por las carreteras porque no valía la pena intentar ocultarse. Cuando sonara la alarma general, cualquier punto de Quío sería peligroso. Hasta aquel momento sólo lo era el puerto.

El sol era ya un disco incandescente en el cielo sobre Ak Dág, cuando llegaron hasta la cabaña, caminando trabajosamente sobre rastrojos. El anciano estaba sacando agua de un pozo y siguió haciéndolo mientras observaba cómo los recién llegados cubrían apresuradamente sus últimos cien metros.

—¡El Pater se ha levantado! —exclamó el anciano a guisa de saludo.

Luego les hizo una seña para que le siguiesen a su cabaña.

Les ofreció agua fresca y preparó café, que sirvió con terrones de azúcar en un platillo.

Dejó un plato de madera de forma alargada lleno de pan sobre la mesa, y silenciosamente contempló cómo comían.

–Tu carga no es ligera, hijo mío –dijo cuando hubieron terminado.

–Partimos para tierra firme. Tu barca es nuestro único medio para lograr la libertad.

Sin embargo, las cosas que no se decían no quedaban ocultas bajo aquellas palabras.

El sacerdote enarcó las cejas y les mostró las palmas de sus manos.

–¿Cómo podré pescar entonces? Los peces saben que pueden ser capturados si se acercan mucho a la arena, pero más allá nadan muy descuidados.

El anciano no había dicho que no. Quería saber más cosas.

Las precauciones o la cautela carecían de importancia si consumían un tiempo precioso. Jacson se lo explicó todo en cuatro frases. Finalmente, el anciano sacerdote asintió con un movimiento de cabeza. Había charlado muy a menudo con Jacson y le conocía bien.

Sin dudar, el anciano se puso en pie, metió algunas cosas en una bolsa de piel y se dirigió a la puerta.

–¿Qué harás, padre Nikos?

–Los dos necesitamos la lancha. Está claro que he de ir contigo.

El viejo Nikos avanzó sobre la arena. Se detuvo y giró sobre sus talones en el mismo borde del agua, dejando caer la bolsa en la proa de la embarcación. Marya saltó sobre la *borda y se sentó en el mismo momento* en que los dos hombres empujaban la lancha hacia el agua.

X

Se turnaron en los remos y Marya manejó la pequeña vela. A última hora del mediodía rodeaban la costa norte de la isla en dirección al sur. Las patrullas les estarían buscando en Cesme y en el islote de Kara, al este de Quío.

Jacson tenía su almacén de provisiones en la costa occidental, frente al monasterio. Desde allí podrían seguir navegando hasta Samos. Se detuvieron en la desierta playa en pleno crepúsculo, y allí mismo durmieron un rato y Marya preparó un poco de comida. Ya de nuevo en la barca, una fuerte brisa les llevó a cierta distancia de la isla antes del amanecer. Cuando por la mañana cayó el viento y tuvieron que recurrir a los remos, lo único que quedaba de Quío ante sus ojos era una fina línea en el horizonte.

Dos horas de remada en alta mar hicieron lamentar a Jacson no haberse apoderado de otra embarcación con más vela durante la noche. Sin embargo, pronto se levantó el viento y pudieron dormir por turnos. El sol ya se había puesto hacía unas horas cuando arrastraron la embarcación sobre los suaves cantos rodados de una playa cercana a Kharlovasi, en

Samos.

XI

Extracto del *New World Times Tribune*, 20 de diciembre de 2007. Ginebra.

«El Consejo Mundial ha aprobado hoy un plan ultra-secreto para el control de la natalidad. Según el delegado científico del Consejo, el proyecto ha sido puesto en práctica desde el mismo momento en que se anunció.

»No se han proporcionado detalles acerca de cómo funcionan los controles. Una fuente digna de crédito aseguró que la investigación ha sido llevada a cabo por un equipo de la Spaceworks Inc., en colaboración con otro de la Biolab Ltd. de Glasgow.

»Se especula mucho sobre la reacción internacional. Según nuestras fuentes de información, algunos de los países representados se han opuesto violentamente. Parece ser que durante las sesiones secretas se discutió el hecho de que tal dispositivo podría provocar la extinción de toda la raza en caso de ser controlado por gente poco adecuada.

»Se insistió sobre la posible anulación en caso de necesidad extrema y su puesta a punto. Se ha encargado a las organizaciones civiles y religiosas que supervisen el proceso, habiendo recibido completa información técnica para su empleo.»

XII

La isla de Quío hervía de actividad. El primer día, enteramente dedicado a rastrear la isla en busca de los fugitivos, lanzó a los acólitos en la dirección correcta.

En la mañana del segundo día, Janaros fue trasladado desde el muelle hasta la cubierta del *Ellenica*, una embarcación perfectamente equipada, que empleaban los tecnosacerdotes en ocasionales salidas contra los turcos o para perseguir a griegos recalcitrantes.

Los hombres de Janaros le trasladaron con el mayor cuidado posible, pero aun así el hombre amontonó sobre ellos una gran cantidad de insultos, con lo que logró ponerles más nerviosos de lo que estaban y, en consecuencia, que le movieran mucho más de lo que querían.

Casi paralizado por los vendajes y el temor de que se produjera una hemorragia en su herida del pecho, no podía aplicar a Izquierda y derecha los golpes que su segunda naturaleza le impulsaba a propinar. Sin embargo, su lengua era un arma suficientemente ofensiva para sus acólitos. Colocaron su litera con sumo cuidado en un lugar protegido de

la cubierta, y luego se retiraron a esperar órdenes.

Janaros miró con ojos duros hacia el sur, entornándolos ante la brillante superficie del agua, mientras se soltaban amarras tras haber embarcado la última boza. La nave avanzó hacia la boca del puerto tomando el viento con gran facilidad. Los restos de una hoguera en la costa occidental de Quío, la desaparición del sacerdote y la conocida amistad de éste con Stephan, les empujaban en aquella dirección. El dolor físico y el ansia de venganza de Janaros le proporcionaba impulso, y el imparcial viento que hinchaba las velas, medios para atravesar el mar.

XIII

Cuando Jacson llegó a Kharlovasi, Stephan y Tatiana ya estaban preparados. También les quedaba muy poco tiempo para separarse a causa de su esterilidad. El trío embarcó en un caique cuyo propietario se hallaba en las colinas, y a medianoche, ya con Marya y el padre Nikos, partieron hacia Kusadasi, en la costa turca.

El alivio de haber alcanzado casi el éxito les hizo ser más locuaces que de costumbre, por lo que nadie durmió. Las mujeres se dedicaron a hervir *khave* y a parlotear toda la noche. Stephan patroneó el caique, mientras Jacson y Nikos se ocupaban de las velas. La constante brisa les ayudó mucho. Antes del amanecer guardaron silencio durante un largo rato, disfrutando de la sensación de ser libres bajo las brillantes estrellas y de la caricia del viento sobre la piel.

Jacson quebró el silencio. Su voz pareció rodar sobre las oscuras aguas.

–Stephan, el padre Nikos dice que Efeso es el sitio donde debemos empezar.

–Estoy de acuerdo. Efeso se menciona a menudo en el Manual.

Pidió a Tatiana que sacara el libro de su bolsa, Nikos preguntó:

–¿Cómo lo conseguiste?

–Siempre hay alguna forma –murmuró lacónicamente Stephan, encogiéndose de hombros–. Escucha esto, Jac: «El Pater afirma que lo que es bueno para la multitud será bueno, por división, para el individuo; que el hombre debe ser metódico en su reproducción como lo es en otros terrenos; y que la responsabilidad de la paternidad no debe pertenecer a una nación o grupo.» Esto es de la introducción.

Jacson exclamó:

–¡Cuántas veces he oído eso! Hace que el Pater suene a algo hecho por el hombre.

–Desde luego. Y más adelante sigue diciendo: «Las Unidades de Comunicaciones Centrales con Pater se establecen en regiones ampliamente separadas bajo el mantenimiento de equipos técnicos de origen internacional.» Y se nombra a Efeso como

una de tales Unidades.

Pensativamente, Stephan recorrió el Manual con la yema de un dedo y se lo pasó a Jacson.

–La mayor parte del libro son matemáticas y diagramas que están fuera de mi alcance. Excepto la última sección. Échale una ojeada.

En aquellos momentos la marejada empezó a hacerse notar. Stephan concentró su atención en mantener la embarcación de proa al oleaje.

–¿Te refieres a esto?: «Las Unidades disfrutarán de primordial seguridad y se abrirán a la inspección sólo bajo órdenes directas de la Comisión Permanente del Proyecto Pater del Congreso de la Unión Occidental.»

No había habido ninguna Unión Occidental desde hacía trescientos años.

Prácticamente, Occidente no existía.

Nikos añadió:

–Cuando yo tenía vuestra edad, la gente todavía hablaba de la destrucción de la Gran Parte. De vez en cuando, llegaban a nuestra isla forasteros con noticias de Italia y África, y algunas veces de Turquía. En aquellos días había sacerdotes y técnicos. Estos últimos eran pocos, y para evitar ser destruidos unieron sus fuerzas con los sacerdotes. No sé exactamente lo que hicieron los técnicos o por qué estaban en peligro. A mí sólo me interesaban entonces las almas de los hombres, y tuve la impresión de que algunas de sus mentes les habían traicionado. Ahora sé que únicamente puedes llegar hasta sus mentes... porque ellos se encargan de alcanzar sus propias almas. Ya no estoy seguro de lo que es verdad y lo que no lo es.

Con un movimiento de su mano señaló el Manual, y añadió un último pensamiento:

–Sea cual fuere la esperanza del hombre, ahí está.

El amanecer llegó con gran rapidez. La costa turca se *alzaba* en la lejanía. Pusieron proa a la parte más alta de la línea, que sin duda debía ser el farallón que se alza bajo Kusadasi.

Marya distinguió antes que nadie la vela que les perseguía.

–Arbola suficiente trapo como para alcanzarnos con mucha facilidad –dijo Nikos.

Luego, durante un rato, pudo comprobar cómo la distancia entre ambas naves se iba reduciendo.

Jacson giró fuertemente hacia el viento y puso proa al lugar donde el agua era menos profunda. Aun así, la distancia disminuía. Cuando las formas y características de la costa se hicieron más claras, también ocurrió lo mismo con los uniformes grises de los acólitos, en la proa de la nave perseguidora; los hombres trabajaban alrededor de un gran cañón láser. Era una de las pocas armas que todavía funcionaban por sí solas.

Sintiendo la constante presión sobre el caique, lo que indicaba a Jacson que lo mantenía correctamente bajo el viento, miró atrás con sus compañeros mientras los acólitos acababan de preparar el cañón y se retiraban al centro de su nave. En aquel momento se veían bien sus rostros. Muy sorprendido, Jacson reconoció a lañaros sentado en cubierta, y

una décima de segundo más tarde se oyó un fuerte crujido.

Acababa de partirse el mástil, que cayó sobre la cubierta. La embarcación se inclinó a babor, arrastrando las velas por el agua. El otro barco pareció saltar sobre ellos.

—¡Stephan! ¡Suelta el chinchorro! No pueden seguirlo en agua poco profunda.

Jacson saltó sobre la cubierta para ayudar a rasgar la lona bajo la cual habían quedado Marya y Tatiana.

Al mirar hacia atrás, vio que los acólitos estaban lanzando al agua su lancha, mientras la tripulación se preparaba para virar a unos cien metros de distancia del desamparado caique. Llevaban consigo pequeñas armas. Manteniendo el caique entre ellos, Jacson se alejó. El chinchorro comenzó a bailar sobre el mar de fondo, en sus intentos por avanzar hacia las rompientes.

Cuando la lancha azul y blanca rodeó al caique, se vieron cuatro remos que trabajaban hábilmente. Jacson vio cómo uno de los hombres se ponía en pie y apuntaba cuidadosamente. El cañón del arma oscilaba trazando pequeños arcos, pero aun así se mantenía al nivel de su pecho.

Entonces, repentinamente, la lancha brilló en el agua y los hombres que la tripulaban estallaron en un halo de llamas. Se alzó una pequeña neblina, que el viento disipó con rapidez. Segundos más tarde, la nave izaba velas apresuradamente. Se inclinó a babor cuando el viento la cogió de costado. Hubo un brillo cegador, una serie de rápidas explosiones, y una nave fantasma ocupó su lugar derivando hacia el sur.

Solamente Stephan, que había estado contemplando la línea de la costa, vio el punto incandescente que por dos veces brilló en la punta de tierra que se adentraba en el mar.

Marya había tomado a Tatiana por un brazo para consolarse mutuamente, mientras ambas intentaban comprender lo que estaba ocurriendo. Al cabo de unos momentos gritaron al ver al grupo que corría por la playa. La lancha saltó y escoró peligrosamente sobre las rompientes, hasta que una última ola la depositó con violencia sobre la arena. Cuando ya todos habían desembarcado, comprobaron que estaban cercados.

XIV

Los turcos tenían aproximadamente la misma edad que los griegos. Estaban sucios y su piel era oscura. Parecían haber viajado mucho y haberse lavado menos. Los miembros del grupo guardaron silencio mientras esperaban a que sus compañeros descendieran por la rocosa falda de la colina con su pesado equipo.

Al estudiar los rostros que le rodeaban, Jacson se fijó en los ojos negros y pensativos, en los que observó una expresión de evidente inteligencia. También había algo más. «Estos hombres, *como nosotros, tienen una misión que cumplir. Están buscando algo que cambie*

las cosas», pensó. Esperaba que buscasen soluciones a los mismos problemas. Serían buenos para luchar en su compañía pero no en contra de ellos. Se dio cuenta asimismo de que parecían tranquilos, relajados, pero con la fuerza y seguridad necesarias para reaccionar rápidamente si era preciso.

Atravesaron la pedregosa playa hacia el norte, hasta llegar a un castillo en ruinas que bordearon, alejándose del mar. Cuando dejaron de oír el ruido de las olas, que súbitamente cortó un alto escarpe, ya estaban cerca de un pequeño pueblo.

Las piedras del muro que lo rodeaba carecían de mortero que las uniera, aparecían desniveladas y entre ellas se veía aquí y allá el ocasional brillo del mármol pulido. Las calles tenían una espesa alfombra de polvo, que se alzaba formando remolinos a cada paso que daban. Ninguna de las casas de adobe estaba ocupada. Tras haber pasado por varias calles desiertas, se abrió la puerta de un pequeño cobertizo. El jefe del grupo comprobó la resistencia de paredes y techo, y todos los griegos excepto Nikos quedaron allí encerrados. La única luz existente penetraba por grietas y rajaduras formando amarillentas bandas llenas de espeso polvillo.

Los haces de luz estaban casi horizontales cuando la puerta se abrió de nuevo.

–*Geleyorstmuz*.

El turco hizo un gesto al pronunciar la palabra. Bajo el moribundo mediodía les condujo por calles que se iban estrechando a medida que avanzaban. En el aire se mezclaban el olor a comida y a humo, y se oían voces que servían de fondo a los clásicos ruidos de las cocinas.

En la pequeña plaza donde la calle adquiría más anchura, las mujeres llenaban de agua sus ánforas de barro. Había varios hombres, sentados en mesas situadas en las cercanías.

El grupo se detuvo frente a una puerta ancha y azul que se abrió casi inmediatamente. –*Merhaba*. Luego, en griego: –Hola. Soy Osmán. Entrad.

El hombre hizo un amplio gesto con la mano y se apartó hacia un lado. Era mucho más alto que los griegos. El tono moreno de su piel hacía que brillaran sus ojos negros y penetrantes. Con otro gesto de la mano indicó a las dos mujeres que se retirasen a un rincón mientras les sonreía agradablemente. Luego hizo sonar dos dedos y gritó: –*Khave!*

Acto seguido tomó asiento a horcajadas en una silla, frente a Jacson y Stephan.

–Y ahora al grano –dijo–. Os perseguía una nave sagrada. Si no estabais de su parte bien podríais estar a nuestro lado. ¿Por qué huíais?

Jacson lo explicó.

–¿Y adonde pensabais ir?

Osmán tomó una copa de la bandeja que se hallaba tras él y ordenó al hombre que servía que ofreciera *khave* a los demás.

–A cualquier parte. Lejos de Quío.

Jacson hizo un esfuerzo por sostener la mirada penetrante de Osmán.

–Tu *hodja* mencionó Efeso –aclaró Osmán, sorbiendo más *khave*.

–Sí.

–¿Puedo preguntar por qué?

Jacson habló del Manual, dándose cuenta de que Nikos al parecer había explicado muchas cosas.

–Pero no tenéis armas de ninguna clase, excepto eso...

Osmán señaló la daga que Jacson llevaba en la cintura.

Luego añadió:

–Seguramente sabréis que Efeso está muy vigilado por el tecnosacerdote de vuestro país.

–No.

–Sí. Hay unas puertas de metal tan gruesas como dos murallas. El cañón cubre toda aproximación a las puertas. Hay poco terreno para ocultarse en las cercanías y casi ninguna posibilidad de entrar allí.

Jacson pensó que sí que debía haber muy buenas razones para ir allí y así mismo lo dijo. Tenía la impresión de que podía confiar en Osmán.

Este último estudió su rostro durante unos minutos. Luego miró a lo lejos y sus ojos perdieron brillo cuando relató cómo había perdido a su esposa cinco años antes ante el tribunal, cerca de Adana. Continuó relatando cómo había intentado aceptarlo y seguir viviendo, hasta que la desesperación le venció. Su *faysan* había escapado más tarde y muerto en sus brazos a causa del trato sufrido. En las colinas había encontrado a otros como él y juntos habían peleado. Pero había algunos entre ellos que sabían pensar y comenzaron a unir los cabos sueltos. De haber comenzado antes, quizá...

La voz de Osmán bajó de tono hasta que dejó de oírse. Luego se volvió hacia Jacson.

–¿Quieres unirme a nosotros, griego? –preguntó.

Stephan y Jacson respondieron al mismo tiempo:

–Sí.

Osmán se acercó a la ventana y gritó:

—¡Mehmet, trae al *hodja*!

Acto seguido comenzó a pasear nerviosamente por la estancia, añadiendo:

–Hemos estado a punto de abandonar. Sé que hay una respuesta tras esas puertas de acero. Hemos torturado, sobornado y matado desde Adana hasta Ankara y Antalya. Has visto algunos de los cañones que hemos capturado. No hay muchos en este país. Todo cuanto hemos aplastado y que les pertenecía, todo cuanto hemos hallado, señala a Efeso.

Osmán crispó ambos puños y añadió:

–Ahora, vosotros nos dais nuevas esperanzas. Pero tendremos que actuar rápidamente.

Nikos apareció en la puerta. Cojeaba y tenía las ropas destrozadas.

Jacson se puso en pie impulsado por la compasión y la cólera.

—¡No es más que un anciano! —exclamó—. Nikos, ¿qué...?

—Paz, Jacson. He demostrado que somos dignos de confianza. El precio ha sido pequeño.

Osmán se llevó ambas manos al pecho y dijo:

—De verdad que lo siento mucho. Debes comprender que hemos de tener muchísimo cuidado.

Jacson se tragó su cólera ante la mirada tranquila y segura de Nikos, y le ayudó a sentarse en una silla. Luego trató de no mirar hacia las rojizas marcas que había en sus manos y pies.

XV

El río Kock Menderes se deslizaba como plata fundida a través del llano de aluvión. Osmán y Jacson se hallaban en pie sobre una cresta orientada hacia el delta. Ante ellos se extendía la boca del río, en la que unas anchas gabarras cargadas con los iconos eran arrastradas desde tierra. Se distinguían los blancos restos de mármol de Efeso y la cercana y oscura ciudad de Selcuk. En ambas orillas del río, pequeños grupos de acólitos avanzaban manteniéndose a la altura de las gabarras. A mediodía habrían alcanzado la curva más cercana a Efeso y se iniciaría el transporte por tierra. Nikos ya estaba escondido en los pantanos, río arriba.

Osmán calculó la altura del sol.

—Ya es hora. Partiremos Mehmet y yo. Mis hombres esperarán a que comencéis a actuar al crepúsculo. *Bismallah!*

Los dos hombres se perdieron pronto por entre las rocas.

Cuando el sol alcanzó su cénit, Jacson y Stephan se sacudieron la modorra que les invadía y treparon hasta el punto de observación, donde varios hombres de Osmán contemplaban la escena que tenía lugar en la distancia.

En la lejana curva del río se estaban vaciando las gabarras. No lejos de la orilla los grandes iconos brillaban bajo la luz del sol, moviéndose casi imperceptiblemente. Delante de ellos el contingente de vanguardia levantaba una pequeña nube de polvo. De repente, la nube se esparció y retiró hacia el río.

—Deben de haber localizado a Nikos derivando.

Jacson gruñó una palabra de asentimiento y se llevó una mano hacia la frente para hacer pantalla sobre sus ojos. Captó una pequeña mota que avanzaba en el agua hacia las gabarras. Una vez que la nubécula se hubo extendido por ambas orillas y finalmente esfumado, la caravana reanudó su marcha.

–¿Supones que le habrán creído? –pregunta Stephan.

–¿Por qué no? Viste sotana y habla griego. Además se fijarán en las marcas de la tortura.

Ambos sabían que, si no le habían creído, nada se podía hacer en aquel momento para remediarlo.

A última hora del mediodía hubo mucha actividad en la carretera que conducía a las ruinas de mármol. Por lo menos había disparado un cañón. Cuando la caravana volvió a reanudar su avance, el emplazamiento de los hombres había variado. Algunos seguían a los iconos. Un espejo relampagueó desde uno de los picos por donde había pasado la caravana.

–¡Lo han conseguido!

Stephan alzó ambos brazos y comenzó a bailar en el monténlo. Hubo regocijo general y todos buscaron refugio bajo cualquier sombra para sentarse y comer los trozos de carne que guardaban entre el cuerpo y las camisas o en las bolsas atadas a la cintura. Un pellejo de vino circuló varias veces de mano en mano. Los dientes crujían sobre la arena que había penetrado hasta la comida.

El ambiente se enfrió con rapidez cuando el sol alcanzó el horizonte. Tanto griegos como turcos se estremecieron de frío al prepararse. No habían encendido hogueras por temor a ser localizados.

Jacson esperó hasta que el ruido de actividad fue reemplazado por el que hacían los hombres, impacientes por partir. Luego exhaló un profundo suspiro y gritó:

–Tarnam!

Ya en plena oscuridad y sin hacer el menor ruido, cuarenta hombres se movieron avanzando en columna de a uno.

XVI

Mientras tanto, en el pueblo, Tatiana y Marya contemplaban la formación de la pira ritual. Una joven llamada Afet explicaba, en un dificultoso griego, lo que estaba sucediendo.

–Hacemos un gran fuego, ¿lo ves, *bilmiorsunuz*? En el fuego ponemos las cosas que deseamos. Yo pongo una casa. *Bale*.

La joven mostró una casa en miniatura hecha con paja y madera, en la que había muchos orificios representando ventanas. Deseaba tener una casa grande. A través de uno de los orificios, Marya vio un diminuto paquete.

–¿Qué has puesto en la casa? –interrogó.

–Ese es el bebé que quiero.

Afet extrajo del interior de la casa un harapo y una primitiva muñeca hecha con sogá, vestida como un varón. Preguntó:

–*Guzelmeye?* ¿Es bonito?

Marya y Tatiana asintieron en silencio mientras la joven envolvía de nuevo su muñeca para meterla otra vez en la pequeña casa.

–Melina... allí, su esposo murió en Adana y quiere un nuevo *adam*. Está muy sola, *bilmiorsunuz*.

Melina se hallaba sentada a la puerta de su cabaña terminando la figura de un hombre. La imagen mediría quizá un metro de altura.

–*Get*, ven.

La muchacha se acercó con ellas hasta el montón de arbustos. Entre el ramaje había muchas casas pequeñas y muchos más muñecos vestidos de hombres y mujeres. Cerca del centro había un par de muñecos que representaban a unos adultos.

–¿Ves, Marya? Hay una entre nosotras que desearía ver de nuevo a sus padres. Pero esto es difícil viviendo como nómadas.

Luego se alejaron con Afet hasta llegar a la puerta de su cabaña. La muchacha les dijo que esperasen mientras ella entraba. Un momento después regresó con una cesta de costura.

–Aquí tenéis, todavía estáis a tiempo. Podéis pedir lo que más os guste.

Las manos de las muchachas fueron rápidas. Al cabo de una hora había dos muñecos más entre los otros. Marya y Tatiana no habían tenido tiempo para albergar muchas esperanzas. Sus muñecos eran iguales, excepto por el hecho de que uno de ellos vestía chaqueta azul y el otro lucía una camisa roja con florecillas en las muñecas y en la cintura: Jacson y Stephan se hubieran reconocido inmediatamente a sí mismos.

Tan pronto como se hizo de noche, se encendieron las antorchas, y cuando las llamas parecían jugar con las sombras, las silentes figuras comenzaron a cantar y a gesticular en dirección al fuego.

Finalmente, la primera figura se lanzó hacia las llamas extendiendo los brazos en dirección opuesta. Atravesó la pila de ardientes ramas con facilidad. Los hombres tenían derecho a actuar primero. Después, otros ancianos siguieron al primero, para situarse luego al otro lado de las llamas en un semicírculo que les permitiera seguir contemplando el espectáculo. Muy pronto cruzaron de nuevo las llamas, mientras las mujeres se preparaban para imitarles, sonrientes, llenas de esperanza y con los ojos clavados en un punto situado más allá del halo de calor»

XVII

El asalto al reducto de Efeso tuvo lugar de acuerdo con el plan establecido. Mehmet y Osmán dominaron fácilmente el pequeño contingente de hombres del interior del complejo, ya que la mayor parte de las tropas acampaban en el exterior.

Cuando Jacson y los demás atacaron frontalmente, los guardianes se retiraron hacia la protección de los cañones emplazados sobre la entrada. El movimiento fue estúpido. Les cortaron por retaguardia y por el frente con tanta rapidez, que entre los atacantes no hubo ninguna baja. Mehmet contempló los destruidos emplazamientos, lamentando que las armas se hubieran perdido con sus propietarios.

Los pasadizos y cubículos de metal eran muy numerosos bajo la pequeña montaña. Los exploraron uno por uno, descubriendo que todos los cuartos estaban vacíos. Aun cuando todas aquellas estancias debían haber estado ocupadas en otra época por cientos de hombres, solamente encontraron algunas mesas y sillas en las primeras habitaciones.

Las puertas debían de estar abiertas desde hacía mucho tiempo, porque el polvo de los suelos era abundante y espeso. Luego, al final de un pasillo largo sin iluminar, Osmán llegó hasta una pared en la que, lógicamente, tenía que haber habido una puerta.

Con la uña de un dedo localizó una larga ranura y llamó a los demás.

—Esta debe ser, Osmán —dijo Jacson—. Todas las demás puertas están abiertas y las habitaciones vacías.

Con la antorcha examinó las cercanas paredes y añadió:

—Probablemente esas puertas funcionaban eléctricamente. En este extremo acaba la línea de corriente. En algún lugar debe de haber un interruptor para la puerta y un generador.

—Busca por ahí. Mientras tanto, Mehmet y yo trabajaremos el metal con una pistola láser.

Localizaron la fuente de energía siguiendo las líneas desde el cubículo del guarda, en la entrada. Jacson caminó sobre grava y hierba seca hasta el punto donde las líneas desaparecían bajo tierra. Descubrió una pequeña escotilla, la forzó y vio una pequeña habitación con un tubo de un poco más de medio metro zumbando en el centro.

Se preguntó cómo era posible que una pieza tan pequeña pudiese suministrar suficiente electricidad aunque sólo fuera para las luces que funcionaban en aquellos momentos. Asimismo se preguntó qué clase de combustible alimentaría al generador, y se dio cuenta en seguida de que los plomos de las luces se hallaban sujetos al muro mediante mordazas. Encontró dos cables cortados. Supuso que debían pertenecer a la línea del sector en el que habían encontrado la puerta. Reparó la conexión.

Cuando regresó a los túneles, las luces estaban encendidas y Osmán maldecía coléricamente frente a la puerta. Había gastado el depósito de energía de una pistola tratando de practicar un corte, pero entonces la puerta había comenzado a abrirse por sí sola cuando funcionó la corriente. En aquel momento se hallaba entreabierta, atascada a causa de los rebordes producidos por el láser.

Aun así, lograron entrar dificultosamente en el cuarto. Las paredes estaban cubiertas por diales, relojes, calibradores y luces que parpadeaban; el pequeño espacio era un

conjunto de diferentes ruidos de tipo mecánico que no parecían tener sentido alguno.

Jacson tomó asiento en una silla sujeta al pavimento frente a un panel. En sus facciones se reflejaba el asombro. Leyó los rótulos que había en la pared, en columnas exactamente iguales, excepto la última de la izquierda. Luego lo hizo en voz alta:

–Pater uno, Pater dos.

Pater uno parpadeaba en color rojo.

XVIII

Jacson y Stephan permanecieron en el cuarto de control. El primer día comenzaron a separar la historia del mito. Encontraron el libro registro de los últimos técnicos que se habían encerrado allí desde que el mundo comenzó a dar señales de pánico hasta el estallido de la guerra total. Un arma terrible había abrasado a los RussChinks durante el primer día, y a continuación había ocurrido lo mismo con la Gran Europa y Rhodasia. Al cuarto día ardían las dos Americas. La última anotación hecha en el libro decía: «Hace cuatro días. Ahora no recibimos comunicación de la patria ni de ningún otro lado. Es posible que ahí fuera no haya nadie. Nuestra posición aquí dentro es realmente inútil y a nadie le agrada estar atrapado. Mañana abandonaremos esta tumba e intentaremos llegar al mar. Sabe Dios si encontraremos vida en las islas.»

Había otras libretas de notas, escritas en idiomas que no comprendían. Decidieron alegrarse de no entenderlos.

Con desagradable sorpresa encontraron una estantería llena de libros como el Manual, todos diferentes y de doble formato. Los títulos les desconcertaron: *Manual de Circuitos Integrados en los Controles*. *Manual de Magneto–hidrodinámica*. *Manual de Válvulas en el Janus*. *Manual de Componentes de Repuesto*.

El volumen que ellos conocían como «el Manual» parecía ser un índice de los demás y una simplificación de procedimientos esenciales.

En los libros hallaron referencias a las *video tapes*. A Jacson se le ocurrió pensar que una parte de la liturgia contenía una referencia a una cosa parecida. Examinó el Manual.

«*Video tapes* demostrará cada paso a los técnicos.» En tinta roja se añadía al margen: «Confiar en el *video*.» Intentó recordar las homilias que había oído basadas en tal declaración. Parecía que siempre se refería a palabras de la Biblia usadas en contrapunto con el Manual, cuyo *quid* era: «¿Quién será responsable de la ley? Lo será el pueblo. ¿Y quién será responsable del pueblo?» Jacson jamás había sido capaz de extraer sentido

alguno de tales palabras, aunque las improvisaciones de los tecnosacerdotes algunas veces eran bastante razonables.

Perdida casi toda esperanza de descubrir algún significado en el ruidoso cuarto donde la seña Pater Uno parpadeaba ominosamente en rojo, Stephan miró hacia la placa de cristal convexo a la vez que, nerviosamente, aplicaba un fuerte manotazo al incomprensible panel. Inmediatamente se iluminó la pantalla.

–¡Jac, ven aquí!

Juntos contemplaron con terrible asombro cómo aparecía la filmación en color de una muchacha haciendo esquí acuático. Era rubia y su cuerpo el de una perfecta atleta. Ninguno de los dos había visto una mujer como aquella. Tampoco comprendían cómo la embarcación que la arrastraba podía hacerlo a tal velocidad. Al cabo de unos momentos la visión terminó.

Cerca de la mano de Stephan sonó un «clic», seguido de un agudo zumbar. La pantalla quedó vacía. Un indicador decía: «Volver a cargar», a la vez que ascendía una trampilla de metal.

–¡Qué maravilla hicieron estos hombres! –comentó Jacson.

Extendió una mano hasta el pequeño hueco y retiró el rollo de cinta, para examinarlo después minuciosamente.

–He visto más como éste –murmuró.

Se acercó hasta un armario de acero y seleccionó otro rollo. Regresó al panel y lo hizo girar hasta que cayó en su sitio. Tras cerrar la trampilla localizó el botón «marcha» y lo oprimió.

Ambos hombres retrocedieron, asombrados.

En la pantalla apareció un gran icono como el que había en el exterior, montado en una estructura de acero. No escucharon los comentarios que hacía una voz de fondo, asombrados ante el espectáculo que les ofreció a continuación el icono al explotar en llamas cerca del suelo. Lentamente se alzó en el aire y la cámara le estuvo enfocando un rato hasta que se perdió de vistas.

En el cuarto día se hizo claro lo que había que hacer.

Retrocediendo en las páginas del Manual, descubrieron que (Sección V–i «...si Pater pasa a rojo o si se pierde contacto por fallo de comunicación, debe activarse la señal de destrucción. El fallo en destruir se indicará en el panel B trazador. En este caso, el misil estará adecuadamente armado (ver Sección IX–vii) y deben encerrarse y destruir. Cualquier centro puede seguir estos procedimientos»).

Durante tres siglos después de la guerra habían continuado en órbita los satélites de control de natalidad. Una vez cada cinco años se habían cerrado para permitir la concepción. Durante la mayor parte de aquel período de tiempo, los misiles habían sido transportados de acá para allá en los festivales religiosos, primero como recuerdo de la coalición entre sacerdotes y técnicos, con el objeto de conservar lo que restaba de humanidad, y luego sólo como artefactos de carácter religioso. Era probable que incluso

los tecnosacerdotes hubiesen olvidado para qué servían los misiles.

En aquel preciso instante, Pater Uno se hallaba en rojo.

Para aprender el procedimiento de destrucción, Jacson se apartó de las instrucciones generales sobre el Proyecto Satélite Pater, que ya entendía algo, y estudió las grabaciones técnicas. Figuraban bajo índice:

«Instrucciones para los que no son técnicos en todo lo que se refiere a revisión de componentes, mantenimiento de medios de control y defectos en el funcionamiento de satélites.

«Primera grabación: Emergencia, no técnicos. Determinar por radio estado de comunicación de los satélites.

«Segunda grabación: Cuando es factible contacto por radio emplear método de autodestrucción, o: incluso sin radio o sin posibilidad de autodestrucción, usar rastreador misiles. Continúan grabaciones tres, cuatro y cinco.

«Tercera grabación: Comprobar misil. Clave para prueba de circuitos y retirada de accesorios.

«Cuarta grabación: Montaje para disparo.

«Quinta grabación. Sistema de dirección. Verificación de objetivo logrado.»

Siguiendo las detalladas instrucciones que se daban en la grabación número uno, Jacson ayudó a alzar Pater Uno. Se enviaron señales de identificación, y tanto él como Stephan observaron el tablero de respuesta de claves.

«La clave responderá en estallidos de cinco segundos a intervalos de cinco minutos.» Stephan puso la placa de germanio en el transmisor.

—¿Cuánto tiempo? ¿Cinco horas? Entonces sabremos si tenemos que buscar entre las demás grabaciones.

Ambos se sorprendieron ante la facilidad con que aprendían a manejar los dispositivos.

Al final del período de pruebas, la cinta impresa indicaba que no funcionaba la radio de Pater Uno. Por lo tanto el mecanismo de autodestrucción era inútil. Luego siguieron estudiando la segunda parte de la grabación número uno.

Allí aprendieron a comprobar las pantallas de radar, la forma de bloquear los rayos de rastreo y recibir continuos informes sobre las trayectorias. Al final de la cinta se convencieron de que había un objeto a treinta mil kilómetros sobre la Tierra. Y se convencieron también de que era posible que este objeto impidiera el nacimiento de niños mediante radiaciones en clave que impedían el adecuado equilibrio hormonal para el embarazo.

En un solo día pasaron desde la creencia intelectual de que había *algo* que suprimía los niños, al *conocimiento* emocional de que tanto la gente como las máquinas podían controlarse desde enormes distancias.

Explicar esto a los compañeros fue difícil, pero su propia seguridad tenía el peso suficiente para ganar la confianza de los turcos.

Osmán estaba ocupado en el plan para liquidar a los acólitos, que muy pronto debían seguir las huellas de los desaparecidos griegos que habían acompañado a los iconos hasta Efeso. Tenía exploradores situados a lo largo de la costa y del río Menderes. Animó a Jacson a que trabajara rápidamente.

Si lo que estaban aprendiendo era difícil de dirigir, su determinación era más que suficiente para mantenerles en la labor durante veinte horas seguidas. Febril y laboriosamente, desmontaron las secciones de control de uno de los misiles, limpiando las placas de control de mezcla de combustible, y examinaron los fotocircuitos bajo las repisas de ampliación y comparación, reemplazando las piezas averiadas. El sistema de dirección era una pieza que pesaba veinte kilos, toda ella formada por circuitos integrados, situada y encerrada en un punto difícil.

Las placas de acceso en el misil eran prácticamente invisibles. Estaban polarizadas magnéticamente, y sus costuras enlazadas molecularmente.

Mientras Jacson montaba los controles de lanzamiento colocando las cintas de silicio en ranuras de lectura para prueba, Stephan dirigió a los turcos en la improvisación de grúas para el misil. Las grúas de elevación y los brazos de sostén de la plataforma de lanzamiento estaban destrozados, y sólo quedaba un informe montón de chatarra oxidada.

Con poleas y cepos de los carros de arrastre, se colocó al misil en posición vertical sobre la lisa carretera de mármol frente al templo de Adriano. Las tres aletas de su parte posterior estaban diseñadas para conceder a los tubos suficiente espacio para el escape. Usando vigas y trozos de columnas rotas, así como piedra cortada, se construyó un silo a su alrededor.

Cuando el trabajo estaba casi hecho, la construcción tenía, entre las ruinas de la ciudad romana, todo el aspecto de una mezquita con su minarete de metal. Los arqueados orificios de escape de la base de la estructura parecían puertas diminutas.

El noveno día se colocaron las últimas piedras en los bordes del silo. Se insertaron puntales para sostener al misil en una perpendicular casi perfecta.

El décimo día las lecturas del tablero de mando indicaban que todos los sistemas estaban a punto. Todo cuanto restaba por hacer era establecer conexión con el monitor de rastreo y el corrector de curso.

Este mismo día, Mehmet llegó corriendo bajo el cegador sol, para apoyarse, casi sin respiración, sobre un hombro de Osmán.

—¡Osmán! Los acólitos. Se acercan. Osmán tensó todos sus músculos y preguntó:

—¿Dónde están?

—Entran por la boca del río en pequeñas lanchas. Podrían estar aquí al mediodía si desembarcan y cruzan el llano.

Stephan se alejó en compañía de Jacson, diciendo por encima del hombro:

—¡Tenemos que terminar todo esto! A continuación desaparecieron entre los escombros

y las destrozadas columnas de mármol.

Mehmet corrió apoyándose en el hombro de su amigo, tanto para guardar el equilibrio como para que este último le contagiase su valor.

–Me parece que se cansaron de esperar a que regresaran los demás –dijo–. Bueno, más pronto o más tarde tenían que venir.

Mordiéndose una uña con gran nerviosismo, Osmán entornó los párpados para examinar el campo del mismo modo que si hubiese inspeccionado unas fortificaciones.

–Necesitamos ahí cañones, y allí dos hombres con pistolas láser. Quizá podamos mantenerles a raya unas cuantas horas.

Había trazado una docena de diferentes planes de defensa, en parte para aliviar el aburrimiento de la espera, y en parte porque ignoraba qué clase de destacamento se aproximaría y deseaba disponer de varias posibilidades.

Al parecer, los tecnosacerdotes de Quío no sospechaban que hubiese podido ocurrir algo grave. Por otra parte, nadie se habla aproximado hasta entonces a Efeso.

–Pongamos manos a la obra. Envía unos cuantos hombres que mantengan a raya a los acólitos. Si dan muestras de extenderse o de querer rodearnos, dadles una lección para que no se muevan de su sitio.

Ambos hombres se separaron. Mehmet para situar estratégicamente a sus hombres y Osmán para convocar una reunión de los que quedaban. Todos ellos abandonaron su ocio rápidamente, ansiosos por entrar en acción.

A las once en punto se hizo visible una pequeña nube de polvo en el ribazo, sobre Efeso. Osmán y Mehmet la contemplaron con una mano sobre ambas cejas, para amparar los ojos del sol.

–Amigo mío —dijo Mehmet— lo que no puedo entender es la razón de la existencia de estas máquinas. Arrancó un tallo de hierba que crecía junto a su rodilla y lo mordisqueó nerviosamente. Luego añadió:

–Pero ¿quién podría imaginar un mundo con tanta gente? Por aquí es cosa rara ver a alguien.

–Más adelante debes acompañarme a visitar las ciudades muertas. Hay tantas casas, que todos los griegos podrían abandonar sus islas y entrar en las calles para buscar la que más les gustase. Llegarían a no verse unos a otros en muchos días.

–Entonces la cosa es aún más compleja. ¿Qué habrá podido matar a tantos? ¿Y dónde están los vencedores, sí es que realmente hubo una guerra? No puedo imaginarme una cosa tan grande y tan terrible. Cuando lo intento sólo consigo acabar lleno de confusión.

Como un solo hombre, ambos se volvieron para observar las columnas que se aproximaban. Otra hora más y todo se solucionaría. Los acólitos estaban apurando el paso sobre el polvo. Mehmet arrojó al suelo el tallo de hierba que sostenía entre los dientes, y ambos hombres descendieron del ribazo.

Durante la mañana se habían construido unas defensas en forma de embudo. Cerca de la plataforma de lanzamiento, y a cien metros de ambos lados de la misma, se alzaban dos

fortificaciones. A unos trescientos metros de distancia había otro par de defensas, orientadas hacia el río, de mayor tamaño que las primeras. Todavía más allá, y separados por unos quinientos metros de terreno libre, se alzaban asimismo dos grandes emplazamientos protegidos cada uno de ellos por una docena de hombres. La idea consistía en forzar a los acólitos a acercarse más y más en su aproximación a la plataforma de lanzamiento.

Cuando los acólitos penetraron en el extremo del embudo y cruzaron los postes de entrada, uno de los grupos que los flanqueaban, casi en su retaguardia, abrió fuego. Momentáneamente se extendieron corriendo hacia los alojamientos subterráneos. Era evidente que el ataque les pillaba de sorpresa.

–¡Mehmet! –gritó Osmán–. ¡Da la señal para que comience el cerco!

–¡Hecho! Los acólitos casi no pueden moverse. Están penetrando en la trampa.

–Ahora intentarán correr hacia su santuario. Prepárate para hacer señales al otro grupo.

Aproximadamente unos veinte hombres uniformados de blanco y negro, atrapados en el diminuto valle, corrieron desesperadamente hacia la entrada del reducto. Los demás yacían tendidos o arrodillados en el polvo, disparando rayos láser en todas direcciones, en un intento de cubrir el avance de los que corrían.

Tres de estos últimos cayeron y no se levantaron. Los demás buscaron protección formando una cortina de fuego. De nuevo cayeron más hombres entre los que corrían. Para entonces, los cañones ya habían iniciado el fuego y sembrado el pánico. Unos pocos acólitos dispararon mientras huían, volviéndose a medias para poder hacerlo. Aquí y allá se veía a hombres tendidos en el polvo o detrás de alguna roca, consternados y sin saber lo que estaba sucediendo. Cuando los primeros acólitos se aproximaron para cubrir los últimos cincuenta metros, Osmán vio sus ojos muy abiertos por el pánico.

Entonces, él y el grupo que tenía delante abrieron fuego. El último resto de esperanza desapareció de los congestionados rostros. Los acólitos dispararon a derecha e izquierda, totalmente desesperados. Los últimos de los que habían logrado cruzar el paso se apiñaron cerca de la plataforma de lanzamiento.

–¡Alto el fuego! –bramó Osmán.

Cesaron los intermitentes zumbidos de los lasers. En la absoluta tranquilidad de la tarde, los acólitos se arrastraron por el polvo para acercarse a la plataforma, aprovechando aquel insólito alto el fuego.

–Me parece que lo hemos conseguido, amigo mío. Pronto se darán cuenta de que no deseamos dañar sus iconos. Ahora ve a ver si puedes decir a Stephan y a Jac que se den prisa.

Mehmet saltó y dejó que su cuerpo rodase pendiente abajo. Muy pronto se le vio correr agachado por entre columnas y bloques de mármol.

El calor colgaba del aire como algo tangible. Solamente el lejano rebuznar de un asno, como una máquina que perdiera impulso, quebró el silencio reinante. Osmán se puso boca arriba y contempló la extraña nube que derivaba sobre él. Escuchó atentamente tratando de localizar algún movimiento.

La gravilla suelta sonó a su izquierda, e inmediatamente apoyó el cañón de su arma sobre un antebrazo en dirección hacia el ruido. Escuchó el sonido de unos pies que ascendían por el ribazo. Luego, en el mismo borde, se hizo audible una agitada respiración. Apoyó un dedo sobre el gatillo, mirando calmosamente hacia el punto donde debía aparecer la figura.

Asomó la cabeza de Jacson, que abrió mucho los ojos cuando se encontró la boca del arma a unos centímetros de su nariz.

–Lo siento, amigo. No te esperaba.

Osmán bajó el arma y lanzó una ojeada hacia abajo»

–Encontré a Mehmet en el camino. Le dije que Stephan estaba preparado para el lanzamiento. Si es necesario va a retener un poco más a los acólitos»

–No será muy difícil mantenerlos donde están –replicó Osmán, despreciativamente–. Temen moverse de allí.

Más abajo aún se mantenía la calma. Unos cuantos acólitos se habían reunido para parlamentar. Dos de ellos comenzaron a moverse tratando de mantener los misiles entre ellos y los artilleros. Habrían cubierto quince o veinte metros cuando Mehmet, lanzando un alarido de guerra, apareció ante ellos disparando en todas direcciones y corriendo en zigzag entre las ruinas. Al cabo de unos segundos, lo hizo directamente contra el hombre más avanzado. Alzaba su bota para aplastar la cabeza sorprendida del acólito, cuando le derribó un disparo hecho desde el flanco izquierdo.

Sucedió antes de que Jacson u Osmán pudieran moverse. Entonces, este último saltó hacia delante, descendiendo por la pendiente con la velocidad del relámpago, a la vez que disparaba su láser y obligaba a los acólitos a morder el polvo. Aún seguía disparando cuando en la plataforma de lanzamiento estalló una cegadora explosión y se inició un tremendo rugido, que creció más y más en intensidad. Jacson, que pisaba los talones a Osmán, le empujó con violencia hacia el suelo. Ambos hombres se mantuvieron inmóviles. Durante unos minutos sopló un viento que abrasaba sus cuerpos y cabezas, hasta que por fin el rugido fue convirtiéndose poco a poco en un monótono y lejano trueno, hasta disminuir y cesar casi del todo.

Cuando miraron hacia el brillante cielo, vieron como la aguja de acero taladraba las nubes con una inclinación de cuarenta y cinco grados. Cesó el tronar y vieron en lo alto un punto de luz que también desapareció muy pronto.

Los grupos de turcos avanzaron lentamente hacia el abrasado círculo negro que rodeaba la plataforma de lanzamiento. Entre las rocas hallaron los restos calcinados de veintinueve griegos y un turco. Tras realizar inútiles intentos de mover a Mehmet, se formó una brigada que, con gran solemnidad y lentitud, cubrió su cadáver con piedras y bloques de mármol.

Aquella misma noche encendieron fuego y prepararon una cena caliente. Hubo risas y charla después de que Stephan anunciara que el misil había alcanzado su objetivo. Solamente Osmán, sentado un poco lejos del fuego, no sentía alegría. Tardaría mucho tiempo en olvidar a Mehmet. Los amigos se hacían con el transcurrir de los años y se convertían en hermanos tras vencer muchas pruebas.

Cuando el fuego se hubo consumido, Jacson permaneció sentado con los demás mientras proyectaban el regreso al pueblo. La esperanza brillaba en todos los rostros. El círculo de amistoso calor fue haciéndose más pequeño, y los hombres parecieron retirarse a sus más íntimos pensamientos.

Jacson, antes de dormir, comenzó a soñar con Marya. En su mente la veía más bella que nunca. Se estiró sobre el suelo y contempló las brillantes estrellas. Entonces eligió las más brillantes para que formasen una diadema en los cabellos de la mujer.

ACTITUDES

James H. Schmitz

Mi primera reacción al leer este relato fue apartarlo con indignación. Luego pensé que podía ser un sobrecogedor ejemplo de esa xenofobia tan característica de cierto tipo de SF, y un revulsivo con respecto a ciertas... actitudes.

Habían transcurrido ya seis horas desde que las naves de escolta de la Federación advirtieran que su misión acababa de finalizar y que, en consecuencia, regresaban. Muy pronto, se dijo Azard a sí mismo, podría actuar con seguridad, dar los pasos finales en aquella gran expedición, que en principio presentaba muchos peligros, pero que aun así se había considerado muy necesaria.

Habría sido imposible sin la Actitud Malatlo. Malatlo habla significado para él una gran ayuda en más de un sentido.

Desde el fondo del enorme compartimiento de control, observó a los tres humanos de la Federación. En aquel momento le daban la espalda, ocupándose en varios instrumentos, mientras la gigantesca nave de transporte se aproximaba sin prisas al planeta.

Sashien había dicho que iniciaría las operaciones de descarga al cabo de una hora. Parecería muy poco natural que Azard no estuviera con ellos observando la operación en las pantallas. Por lo tanto, debía llevar a cabo cuanto antes todo lo que había pensado al respecto.

Se volvió y abandonó la estancia silenciosamente. No le echarían de menos. Y si lo hacían tampoco tendría importancia. Desde el principio del viaje había dejado bien claro que constantemente se hallaría ocupado en la seguridad y buen estado de la maravillosa carga que el destino había colocado en sus manos. Por lo tanto, al igual que ocurría con otros detalles a bordo, ellos no sentirían ninguna preocupación a este respecto. Le dejarían en paz.

Penetró en un montacargas y lo abandonó cinco plantas más abajo para penetrar en un pasillo brillantemente iluminado, un pasillo sin carácter, con muchas puertas.

La nave era enorme. Mucho más grande de lo que él hubiese podido imaginar antes de ir a Hub. Gran parte de ella contenía multitud de cuerpos humanos fabricados artificialmente, inertes, a los que en breve se dotaría de una vida consciente e inteligente. Regalo de la Federación de Hub al perdido Malatlo.

También eran un regalo los miles y miles de instrumentos, máquinas, herramientas, etc., almacenados en contenedores en algún lugar de la inmensa nave, así como los suministros y medios indispensables para iniciar una pronta vida colonial. La Federación era rica y generosa. Había respetado, aunque no compartido en sus puntos más generales, la Actitud Malatlo. La Federación también respetaba a Azard y su misión, la misión de conseguir que Malatlo renovase su existencia en el mundo que muy pronto estaría a la vista.

Azard se apresuró a recorrer los solitarios pasillos, en los que sus pasos provocaban sonoros ecos, hasta llegar a la parte de la nave cerrada herméticamente, de la cual, mediante mutuo acuerdo, solamente él poseía los medios de entrada.

Por supuesto, Azard no había creído en ningún momento que tal acuerdo se cumpliera. Su responsabilidad era demasiado grande para permitirle el lujo o la debilidad de la confianza.

Se suponía que los dos hombres y la mujer del departamento de control eran los únicos humanos de la Federación que había a bordo, aunque en aquella gigantesca nave tampoco se podía estar seguro de tal circunstancia. En consecuencia, Azard había montado en la

sección que más le preocupaba cierta cantidad de trampas y sistemas de alarma. Si alguien entraba allí, dejaría alguna huella o indicación de su presencia que más tarde él pudiese ver. Por el momento, no observaba nada extraño.

Abrió la enorme cerradura de un compartimiento, pasó al interior y volvió a cerrar a su espalda. Examinó minuciosamente los ocultos dispositivos de alarma. No registraban ninguna intrusión.

Descendió a otra planta y abrió una segunda cerradura.

El compartimiento quedó abierto. En el interior se encontraban las cajas de cultivo. Ocho en total. Dos de ellas contenían más de quinientos millones de personalidades, de identidades, de «seres». Azard no estaba formado en las ciencias relacionadas con lo invisible, con todo cuanto era intangible en aquel terreno, ni tampoco se le había proporcionado información alguna sobre las fuerzas que mantenían a las identidades en las cajas. Pero sabía que estaban allí.

Permaneció en pie, ladeando la cabeza en actitud de escucha y con los ojos entornados. No captaba ningún sonido. Nada que se pudiera detectar, mientras las cajas estuviesen cerradas, mediante instrumentos de alguna clase o incluso mediante sensibilidades como la suya. Se inclinó hacia delante y manejó la complicada serie de diales que abrían una caja de cultivo. Muy pronto una de las tapas se abrió dejando al descubierto en su cara interior el difícil conjunto de instrumentos. Azard no los tocó. Se mantuvo a la espera. Pasó un momento. Después, gradualmente, comenzó a captar la presencia de las confinadas personalidades.

Era como si estuviera escuchando el suavísimo zumbir de una diminuta nube de criaturas microscópicas que se agitaban epilépticamente. Sus oídos no las escuchaban, pero sí su mente. Todas estaban despiertas, conscientes, voraces, terriblemente ansiosas de moverse, de sentir, de vivir de nuevo.

Azard se preguntó si los humanos de la Federación podrían escucharlas como él y si también llegarían a entender lo que oía.

«¡Calma, calma!», murmuró dirigiéndose a la suave nube. Pero no se acalló el leve zumbir. No cesó él ansia de alcanzar los escalones de la vida.

Cerró la caja y después comprobó los dispositivos de seguridad que cerraban las restantes. No había huellas de que alguien hubiera intentado abrirlas. Las últimas seis cajas no contenían personalidades, pero sí algo tan valioso como ellas. Los humanos de la Federación no lo sabían. Por lo menos, Azard estaba casi seguro de que lo ignoraban.

Abandonó la sección sellada de la nave. Se dijo a sí mismo que carecía de importancia el hecho de haber despertado o no sospechas. Hasta aquel momento la expedición había tenido éxito y estaba a punto de acabar triunfalmente.

Pronto morirían en el departamento de control sus tres compañeros de navegación. Entonces, tanto la nave como lo demás estaría en sus manos.

Azard partió para ultimar los detalles de su plan.

Sashien, el ingeniero, había hecho descender la nave sobre la parte oscura del planeta,

en la zona sugerida por los especialistas de colonización de Hub, ya que, al parecer, aquél era el lugar donde todas las condiciones favorecerían los nuevos comienzos de Malatlo. El gigantesco vehículo se posó tan suavemente que Azard no se dio cuenta de ello hasta que el propio Sashien comenzó a apagar los motores.

–Y ahora –dijo Odun a Azard–, salgamos a echar la primera ojeada a tu mundo.

Azard dudó. No quería alejarse de la nave, ni siquiera durante unas cuantas horas, en caso de que los humanos de la Federación quedaran a bordo. Pero luego comprendió que todos ellos salían... Odun, Sashien y la mujer llamada Griliom Tantrey, encargados del proyecto de producción en masa y condicionamiento de los cuerpos zombies almacenados para Malatlo. De uno de los flancos de la enorme nave salió un pequeño crucero atmosférico.

Treinta minutos más tarde navegaban bajo la luz del sol.

Era un mundo de aspecto atractivo, verde y muy variado. Nubes a la deriva y esplendentes océanos. Volaron sobre grandes rebaños de animales repartidos por los llanos y bordearon altas montañas. Finalmente, regresaron a la noche.

–¿Qué es eso? –preguntó Azard, señalando a una gran mancha amarillenta que se destacaba sobre la oscura superficie oceánica, a su izquierda.

Sashien hizo girar al crucero en aquella dirección.

–Una criatura del mar que será, sin duda, una valiosa fuente de alimentos y productos químicos –respondió Odun, que se había dedicado intensamente al estudio de los recursos de aquel mundo en relación con la supervivencia de Malatlo–. Individualmente es diminuta, pero en ciertas estaciones forma enormes masas.

Sashien leyó algo en la pantalla y siguió explicando:

–¡Esa mancha cubre más de cincuenta kilómetros cuadrados! ¡Verdaderamente es formidable!

Continuaron volando sobre la manta de viviente fuego que cubría la superficie del mar. Azard dijo:

–Este es un planeta rico. La Federación es muy generosa...

–En realidad, no demasiado –interrumpió Odun–. Este es un mundo que se inspeccionó y marcó como posible punto de colonización hace ya mucho tiempo. Pero se encuentra tan lejos de Hub, que posiblemente jamás se hubiera recurrido a él, pues mucho más cerca de nosotros hay varios planetas habitables.

Hubo un silencio y Odun añadió:

–Su lejanía de la Federación o de cualquier otra civilización que conozcamos es, por supuesto, una de las razones de la elección de este mundo para Malatlo.

–De todos modos, sigue siendo un acto de gran generosidad –dijo Azard.

–Bien, ya ves –explicó Odun–. Hay en la Federación, aparte de nosotros, muchas más personas de las que creía Malatlo interesadas por él y sus ideales, Griliom Tantrey asintió con un movimiento de cabeza, y declaró:

–Amábamos a Malatlo. Por eso estamos aquí los tres...

Malatlo. La Actitud Malatlo.

Retroceso en el tiempo. Dos siglos antes de que la gigantesca nave descendiese sobre la obscuridad de un mundo intacto.

La Federación de Hub se había forjado finalmente. Forjado con sangre, fuego y furia, aunque ya todo aquello había terminado. Por vez primera en muchas generaciones humanas habían cesado las guerras, y muchísimas personas comenzaban a mirar hacia atrás con asombro e incredulidad para contemplar la destrucción, violencia y crueldad del inmediato pasado. No deseaban sufrir una nueva experiencia de aquel tipo.

Pero, por supuesto, las primeras medidas de la Federación no acabaron con la violencia y la crueldad. Se estableció una sociedad trabajadora que ofrecía grandes promesas en su formación; sin embargo, no era una sociedad perfecta y quizá nunca lo sería. Y cuando sus componentes se dieron cuenta de que no se podían cambiar las cosas de un modo simple, tampoco desearon tener que ver con la Federación.

Aquello era Malatlo, la Actitud Malatlo. Nadie era capaz de decir cuál fue el origen del nombre. Era algo posiblemente desconocido en mil mundos. No había grandes líderes de aquel movimiento, ni culto, ni filosofía, que figurasen al frente de como se quisiera calificar a todo aquello. Pero sí existían muchos dirigentes menores.

Expusieron el problema a la Federación. Ansiaban separarse de ella todos cuantos compartían la Actitud Malatlo. Alejarse de las demás personas que no pensaban igual. Pretendían ser ellos mismos. Tampoco sentían desagrado hacia otros seres humanos, pero no querían que Malatlo sufriera molestias provenientes de aquellos cuya forma de pensamiento era diferente.

La Federación aceptó la demanda. Quizá los hombres con autoridad la consideraban como un simple experimento. Aprobaron individualmente la Actitud Malatlo, aunque la consideraban poco o nada práctica para la mayoría de los seres humanos... y evidentemente inútil para la Federación. Aun así, hicieron todo lo posible para que el mundo de Malatlo llegara a ser una realidad.

Nunca se hizo pública la localización del planeta. Pero se sabía que estaba situado a inmensa distancia de Hub, mucho más allá de toda probabilidad de descubrimiento casual. Tenía un planeta vecino en el que vivía una raza de seres que se llamaban a sí mismos Raceels y a su mundo Tiurs. Su civilización estaba bien desarrollada, pero aún no habían descubierto los vuelos espaciales. Los seguidores o partidarios de la Actitud Malatlo habían querido demostrar a tales vecinos que el hombre podía vivir en paz con todas las demás criaturas. En el espacio de unos cuantos años se trasladaron a Malatlo unos ochenta millones de seres.

A continuación se quebraron todos los lazos con la Federación. El pueblo de Malatlo se oponía a los vuelos galácticos y solamente retuvo algunas naves espaciales destinadas a viajes realizados dentro de su propio sistema solar.

Sin embargo, se mantuvo un contacto, mediante mutuo acuerdo con la Federación. Una vez cada diez años, una pequeña nave viajaría desde Hub al sistema Malatlo. A bordo irían

muy pocos individuos, y todos ellos lo suficientemente simpáticos y agradables para la Actitud Malatlo. Así no se creaban problemas. Pero aun así permanecían un tiempo determinado en el planeta con objeto de reunir la información que deseaba la Federación, tras lo cual emprendían el viaje de regreso.

Los informes eran favorables. En menos de dos siglos la población de Malatlo aumentó en doscientos millones y se estabilizó. Habían desarrollado nuevas ramas de la ciencia relacionadas con el espíritu humano, pero no deseaban revelar sus descubrimientos a los extraños. Luego aumentaron sus contactos amistosos con los Raceels de Tiurs, quienes consideraban favorablemente la Actitud Malatlo. Aquél había sido el último informe.

Fue entonces cuando Azard llegó a la Federación en una pequeña y desvencijada nave. Tardó más de tres años en realizar el viaje desde el sistema Malatlo. El mundo de Malatlo había sido destruido. Los Raceels de Tiurs lo habían atacado con campos de conversión de materia, que al cabo de unos días lo habían hecho inhabitable hasta consumirlo del todo. Con excepción de Azard, los seguidores de la Actitud Malatlo habían dejado de existir, al menos físicamente. Pero las personalidades, los espíritus de la mitad de ellos se conservaban aún en las ocho cajas que Azard llevaba consigo. El aislamiento de la personalidad, la capacidad de mantenerla independientemente de un cuerpo físico, había sido el último gran descubrimiento de Malatlo.

Azard informó que Tiurs se había destruido a sí mismo en el proceso. Evidentemente, por lo menos un campo de conversión había escapado al control en el planeta, y cuando un campo llegaba a ser activo, no había forma de dominarlo. Fuera cual fuese la causa, lo cierto parecía ser que antes de que aquella única nave abandonara Malatlo y su sistema, el mundo Raceel también estaba empezando a sufrir una rápida desintegración.

Azard llegó con la súplica de que la Federación, una vez más, debía ayudar a que se estableciese Malatlo. La ciencia de la Federación sabía cómo fabricar cuerpos humanos, cuerpos que aunque funcionaban bien físicamente, carecían de una personalidad desarrollada. En consecuencia, los espíritus y personalidades de Malatlo podían transferirse a tales cuerpos, y de ese modo reanudar una existencia física.

La Federación aceptó: la propuesta. Los cuerpos eran, ante todo, herramientas de investigación. Aún no se había tenido ocasión de producirlos en grandes cantidades. Pero contando con suficiente personal supervisor, su producción en masa no implicaba grandes problemas, y si se forzaba el proceso de desarrollo se podían lograr ejércitos con plena madurez física en unos meses. El ejercicio y un estímulo programado de las neuronas completarían el proceso. El resultado fue un facsímil humano limitado, pero valedero. Si los descubrimientos de los investigadores de Malatlo podían convertir aquel modelo en un completo y nuevo ser humano, darían la bienvenida a tal material.

Y así se inició la fabricación de los cuerpos. Mientras tanto, se seleccionaba un mundo que pudiera ceñirse a las exigencias de la Actitud Malatlo. Muy pronto se almacenaron en la nave los zombies y las herramientas básicas de una sencilla civilización; Azard llevó a bordo sus preciosas cajas. La Federación había elegido a Sashien, Odun y Griliom como los tres especialistas que llevarían la nave al planeta, supervisarían la descarga automática y el equipo de construcción, y asimismo comprobarían el buen estado de los zombies antes de regresar a Hub con la nave.

Desde el punto de vista de Azard, lo único que había de malo en el programa era el considerable número de personas que conocía el lugar donde se encontraba el nuevo mundo. Tal conocimiento hacía inevitable que alguien, en una u otra ocasión, hiciera un viaje para saber cómo iban las cosas en Malatlo. Y esta situación no era aceptable.

Naturalmente, Azard no había mencionado nada de esto. Pero la nave tampoco regresaría a Hub después de descargar su contenido, ni continuaría en aquel mundo. Azard proyectaba destruir a sus ayudantes de la Federación horas después del aterrizaje y más tarde equipar a tantas personalidades como pudiese para manejar la nave con sus nuevos cuerpos. Así conseguiría llevarla otra vez al espacio en busca de un nuevo planeta, tan alejado de la Federación que no hubiese manera de hallarlo.

Tan pronto como el crucero atmosférico regresó de su viaje de inspección alrededor del planeta, Azard tomó las medidas necesarias para ejecutar su plan.

Temía un poco a los tres especialistas. No hubiesen sido elegidos para aquella misión de no ser muy competentes. Durante el viaje había evitado su compañía en la medida de lo posible. Pero no mostraban hacia él indignación alguna, ni parecían sentirse ofendidos. Sin embargo, Azard mantenía con ellos suficientes contactos como para darse cuenta de que eran seres que pensaban con rapidez y que constantemente estaban alerta. Era muy poco probable que algo saliera mal. Pero sí era posible. Por lo tanto, su primer movimiento consistiría en inutilizar los transmisores de la nave.

Llevó a cabo la operación rápidamente, y de ese modo los tres humanos del departamento de control quedaron aislados y sin posibilidad de pedir ayuda alguna. Por otra parte, tampoco cabía duda de que pronto descubrirían la avería y la repararían. Pero antes de que sucediera tal cosa, Azard les liquidaría de una forma u otra.

Pronto dio fin a los preparativos de su muerte. El departamento de control era uno de los lugares de la nave donde los tres se reunían ordinariamente. Otro era una estancia cercana dividida en tres habitaciones mediante paneles, en las que hacían sus comidas, trabajaban sobre sus informes, y algunas veces descansaban escuchando música o cintas grabadas.

Desde varios puntos de la nave, Azard podía soltar un gas inodoro que mataba al contacto, pero era necesario hacerlo en un momento en el que los tres pudiesen quedar destruidos simultáneamente.

Se hallaban en el departamento de control, absortos en los cálculos relacionados con el desembarco del pesado equipo automático de construcción, cuando Azard bajó una vez más a la sección sellada de la nave. Cuando salió de ella lo hizo cargado con una de las cajas de personalidades. Minutos más tarde se encerró en un área de almacenamiento en la que yacían treinta cuerpos en contenedores individuales de estimulación.

Azard había sido instruido concienzudamente por Griliom Tantrey y otros acerca de los métodos precisos para poder sacar a aquellos cuerpos del estado de metabolismo mínimo en que habían sido almacenados, y trasladarlos al nivel de actividad normal de un cuerpo humano.

Aquellos treinta cuerpos habían alcanzado este último nivel en el anterior día de navegación, y los instrumentos de los contenedores así se lo aseguraban a Azard.

Todo cuanto quedaba por hacer era proporcionarles conciencia. Las personalidades podían hacerlo.

Abrió la caja y lenta y cuidadosamente comenzó a realizar los oportunos ajustes. En su mayor parte, aquel enorme enjambre de personalidades no se podía manejar individual o aisladamente, pero los miembros de ciertos grupos clave sí podían recibir instrucciones mediante la combinación de varios diales y así ser liberados uno por uno. Era todo cuanto se precisaba. Azard dejó la caja ante uno de los contenedores ya abierto, dirigió la aguja de liberación hacia el cuerpo inerte que había en su interior y dejó libre a una personalidad.

Azard sintió cómo saltaba hacia delante y tomaba posesión del cuerpo. Los demás supieron inmediatamente lo que estaba ocurriendo. Azard sintió, una vez más, cómo ascendía la rugiente y ansiosa presión de las personalidades para oprimir su mente. «Todavía no», pensó.

Dejó en libertad a treinta personalidades. Eran entidades muy disciplinadas, por lo que los zombies permanecieron inmóviles, excepto por el hecho de haber iniciado la respiración. Azard puso en marcha un dispositivo y su voz comenzó a sonar desde el aparato. Al abandonar la sección sellada de la nave, la voz continuaba hablando a los treinta cuerpos que en aquel instante escuchaban lo que debían hacer...

En otro lado de la nave, Azard conectó una pequeña pantalla. Primero apareció en ella el departamento de control, desierto en aquel momento. Luego manipuló un dial y en la pantalla apareció la sección de viviendas y alojamientos. Griliom Tantrey salía por una parte y Sashien se volvía hacia ella desde una mesa para dirigirle la palabra. Sus voces eran perfectamente audibles. Azard escuchó un momento lo que estaban diciendo; Sashien llamó a Odun y este último apareció en la puerta.

Azard esbozó una leve sonrisa y extendió una mano hacia la parte posterior de la pantalla, donde presionó un botón. El gas que penetraba en el cuarto de los tres especialistas de la Federación era incoloro, inodoro y silencioso. Entró en contacto con ellos al cabo de unos segundos y uno tras otro cayeron al suelo. Acababan de morir, y al cabo de una hora el sistema de ventilación de la nave expulsaría al exterior el gas venenoso que inundaba aquellas habitaciones.

¡Casi había terminado todos sus deberes! Experimentando cierta sensación de alivio y satisfacción, se dijo a sí mismo que había llegado el momento en que podía descargar toda su responsabilidad en otros individuos más importantes que él. Casi corriendo a causa de su anhelo, regresó a la sección sellada. Esta vez no se molestó en cerrar puertas a su espalda. No había necesidad de hacerlo.

Había más de dos mil modelos genéticos, de una gama amplia y variada, representados por los cuerpos zombies entregados por la Federación. Uno de ellos era realmente notable tanto física como mentalmente. El día anterior, Azard había llevado allí aquel modelo y activado el mecanismo de su contenedor. Iba a recibir la personalidad más fuerte de todas cuantas había guardado hasta entonces en la caja. Examinó el zombie y su estado con sumo cuidado. Sin duda alguna la elección era excelente, la mejor que podía haber realizado dadas las circunstancias.

Al ajustar el último de los diales de transferencia notó una súbita debilidad muy

extraña. La sensación de que, en una décima de segundo, acababan de abandonarle todas sus fuerzas.

Realizando un enorme esfuerzo, volvió la cabeza con incredulidad y desánimo.

Allí estaban Sashien y la mujer, Griliom... ¿Y el tercero?

Se dio cuenta con desespero de que la tercera figura era él mismo.

–No –dijo la figura–. Este no eres tú, Azard. Hemos inventado un disfraz que me prestará tu aspecto físico durante un rato.

La voz pertenecía a Odun.

Incapaz de hacer otra cosa más que mirar, Azard vio cómo Sashien manejaba un dispositivo que apuntaba a él y a Griliom. Los dos hombres se aproximaron, le recogieron del suelo y le colocaron en una silla.

Griliom dijo:

–Estoy reduciendo la presión. Podrás hablar.

Azard respiró hondo. Repentinamente albergó algunas esperanzas. Pronto llegarían allí todas las personalidades a las que él había proporcionado cuerpos, y que seguramente en aquellos instantes se estaban armando. Les había advertido que tuvieran cuidado. Si aquellos tres deseaban que él hablara, hablaría. Preguntó, con tono ronco:

–¿Qué queréis?

Odun preguntó, a su vez:

–¿Por qué intentaste matarnos?

–Nada de eso –respondió Azard, pensando en cómo habrían podido escapar–. Hubieseis permanecido inconscientes durante algún tiempo, pero sin sufrir daño alguno.

Le miraron durante un momento. Sashien dijo:

–¿Cuál era tu propósito al hacer esto?

Azard suspiró.

–Necesitaba esta nave para Malatlo.

–Malatlo podía obtenerla con sólo solicitarlo –adujo Odun–. Tú sabías esto.

–Sí, pero no podemos quedarnos aquí. Este mundo está demasiado cerca de la Federación y muchas personas sabrían que Malatlo estaba aquí. Sin duda debemos mucho a la Federación, pero tenemos que romper todos los lazos con su pueblo. El nuevo Malatlo debe nacer en un mundo que nadie conozca, un mundo que esté demasiado lejos como para ser descubierto por casualidad o accidente.

Griliom dijo:

–Malatlo no puso dificultades a mantener contactos limitados con la Federación antes de esto.

–Muchos se opusieron –replicó Azard–. Y al final también creyeron que todas nuestras dificultades se debían a que los Raceels de Tiurs se habían enterado por nosotros de la

existencia de la Federación. Trataron de exterminarnos, no porque nos temieran, sino porque temían a la Federación.

–Aun así necesitabais a la Federación para que os proporcionara cuerpos zombies –observó Griliom–. La cantidad que almacenamos en esta nave no fue más que el principio.

–Pero eran suficientes –dijo Azard–. Naturalmente, entre los primeros que despertaran se hallarían nuestros mejores científicos. Su estudio de los cuerpos y lo que yo he aprendido sobre las técnicas de su desarrollo les hubiera permitido duplicar el proceso. Hubo un silencio y luego continuó: –Debéis creer que no habríais sufrido ningún daño. Quedaríais aquí, en el planeta, con el crucero atmosférico y provisiones. Tan pronto como esta nave de carga hubiera estado lo suficientemente lejos como para que nadie la localizara, habríamos avisado a las naves de escolta para que viniesen a recogeros.

Sashien y Odun miraron a Griliom. La joven movió la cabeza negativamente.

–Los análisis han demostrado que había tres componentes letales en el gas que soltó –dijo mirando a Azard–. No estábamos en aquella habitación. Lo que viste y oíste eran zombies programados. Murieron en unos momentos... como nos hubiera ocurrido a nosotros de hallarnos en su lugar.

Miró a los otros dos y añadió: –De manera que aquí tenemos a un supuesto seguidor de Malatlo que deseaba matar a tres seres humanos para lograr sus fines. Parece difícil de creer. Azard dijo calmadamente:

–¡El hecho de que yo sea un seguidor o partidario de Malatlo debía indicaros que si el gas que empleé fuera de verdad mortal..., no hubiese sido más que una equivocación! Error, que debo admitirlo, habría tenido consecuencias terribles.

Odun murmuró pensativamente:

–Quizá debamos preguntar a uno de los otros.

Señaló con un movimiento de cabeza hacia el contenedor del cuerpo y añadió:

–Yo me haré cargo del paralizador, Griliom. ¿Quieres comprobar hasta dónde llegó eso?

Azard tensó todos sus músculos cuando la mujer se acercó a la caja de las personalidades y se inclinó para inspeccionar la situación de los diales internos. Parecía no haber ninguna duda en sus movimientos. ¿Acaso entendía lo que estaba viendo?

Griliom dijo:

–Seleccionó una personalidad específica para transferir al cuerpo. Veamos...

Se volvió hacia el contenedor y lo abrió para inclinarse sobre el zombie. La mujer movió los hombros. Azard no podía ver lo que hacía, pero supuso que estaba comprobando el estado de los diversos instrumentos. Finalmente se incorporó y miró a Odun.

–Capacidad total –dijo–. Podemos llevar a cabo la transferencia.

Azard hizo un esfuerzo para levantarse. Pero los demás le vigilaban. Instantáneamente la presión aumentó y no pudo moverse. Entonces descubrió que tampoco podía hablar. Sintió un fuerte vértigo y se le nubló la visión. Acto seguido, sintió que Griliom y Sashien se movían a su alrededor. Luego, la visión se hizo más clara.

Se encontró inmobilizado en la silla mirando a la habitación a través de un velo oscuro. Sospechó que se trataba de un campo de energía de alguna clase. Odun se hallaba de pie en el centro de la estancia. A unos seis metros de distancia de él se encontraba, tendido de espaldas, el zombie que Azard había preparado. Luego se dio cuenta de que Sashien y Griliom se encontraban al lado de su silla, un poco más atrás que él.

El cuerpo se agitó, abrió los ojos y se sentó en el suelo.

Miró alrededor de la habitación, pero no pareció ver a Azard ni a los otros dos, que se encontraban a su derecha e izquierda. Sin duda el velo de energía bloqueaba la visión desde aquel lado. Su mirada se posó en Odun, que le miraba con el rostro de Azard. Luego se puso en pie.

No había habido la menor inseguridad en sus movimientos. Aquella era una personalidad poderosa, capaz de imprimir instantáneamente sus intenciones en todo el ámbito de las respuestas mentales y físicas del zombie. Azard pudo sentir su presencia en la habitación, pero no le fue posible forzar ningún contacto de personalidad a través de la barrera de energía. No había forma de transmitir un aviso.

–*Datn belke anda* grom, Azard! –exclamó el cuerpo, dirigiéndose a Odun.

Era una voz fuerte y llena de confianza. –*Gelan ra*, Azard –dijo Odun–. *Ra diriog* Federación. *Sellen ra* Raceel.

El cuerpo se movió instantáneamente. Saltó de costado hacia una mesa que se hallaba a diez pies de distancia. Y entonces fue cuando Azard vio lo que el cuerpo tenía que haber visto, sin duda, cuando recorrió toda la estancia con su mirada: la pistola que descansaba sobre la mesa. El cuerpo la cogió, apuntó a Odun y apretó el gatillo.

Acto seguido cayó flojamente al suelo, como un roto muñeco, mientras la pistola se deslizaba de entre sus dedos.

–Esto ha sido una prueba –dijo Odun a Azard.

Ya no usaba el rostro de Azard. Había desaparecido la falsa piel o lo que fuera. Luego añadió:

–Oíste lo que le dije. Me identifiqué como un ser humano de la Federación y, además, le dije que él era un Raceel. Inmediatamente trató de destruirme. Por supuesto, el arma estaba ya preparada. Bastaba con apretar el gatillo para que matara a su usuario.

Azard no respondió.

–Así que tú eres un Raceel –prosiguió Odun– y matarías a cualquiera de nosotros, a cualquier ser humano, con la misma ansia con que destruisteis Malatlo. Nos gustaría saber cómo ocurrió. ¿Quieres hablar?

–Sí. Os diré lo que queréis saber.

Azard habló con tono monótono, adoptando una expresión resignada. Pero en su interior ardía una ira salvaje. Cuanto más tiempo retuviera a aquellos tres charlando, más segura sería su muerte y más cercana la victoria Raceel. Las treinta personalidades que había liberado formaban un grupo de selectos luchadores. En aquel preciso momento debían de estar examinando la nave con sus cuerpos nuevos y fuertes y sus armas en la mano. La demostración que acababa de presenciar evidenciaba la rapidez con que usarían

sus recién estrenados cuerpos.

–Estábamos desesperados –dijo.

Después continuó hablando, a sabiendas de que su declaración acababa de despertar el interés de los tres humanos de la Federación.

–Antes de que los habitantes de Malatlo llegaran a ponerse en contacto con Tiurs, este último se había enfrentado con el problema de una población que aumentaba constantemente, hasta el punto de que el planeta no podría soportarla, careciendo, además, de la técnica de vuelos espaciales que hubiese aliviado un tanto el problema.

»Una de las soluciones, temporal y muy poco satisfactoria, había sido el desarrollo de métodos de conservación de personalidades conscientes, sin contar con la ayuda de un cuerpo físico...

–De manera que fuisteis vosotros y no Malatlo los que habéis originado la ciencia de las personalidades.

–Ellos estaban investigando el tema –respondió Azard–. Pero nosotros logramos la separación de la personalidad un siglo antes de que ellos iniciaran los primeros progresos en tal dirección.

Los habitantes de Malatlo no forzaron para nada sus contactos con Tiurs, creyendo mejor que las relaciones fueran desarrollándose gradualmente y en una forma satisfactoria para los Raceels. Estos, aunque sentían una enorme curiosidad por la información que pudiesen obtener de los humanos, siguieron adoptando precauciones. Para ellos la situación ofrecía grandes posibilidades junto con enormes riesgos. Existían medios de realizar viajes interestelares en busca de planetas en los que pudiese proliferar su estirpe.

El riesgo era la perspectiva de encontrarse en el espacio con competidores más formidables que ellos. Los habitantes de Malatlo eran inofensivos, pero a juzgar por lo que habían oído decir los Raceels, había muchas más especies que no lo eran. Ellos mismos eran belicosos y dominaban un enorme sector espacial. Más allá podrían existir otras especies igualmente peligrosas para los más débiles.

En consecuencia, la actitud más lógica consistía en permanecer en el anonimato hasta ser lo suficientemente fuertes como para hacer frente a cualquier oposición.

Los Raceels se hallaban inmersos en la investigación a varios niveles, incluyendo temas desde largo tiempo abandonados por ser inmediatamente peligrosos para ellos. Un poco sorprendidos, comprobaron que Malatlo estaba dispuesto a proporcionarles naves espaciales para el estudio, cuando demostraron interés hacia tales temas. Desgraciadamente, aquellas naves no estaban preparadas para realizar viajes interestelares, pero aun así permitieron a los científicos de Tiurs avanzar notablemente en aquella dirección. Los Raceels mantuvieron en secreto tanto esta esperanza como otras, al igual que sus temores.

Eran una raza con alto índice de reproducción, una raza que a través de una historia de guerras alentaba y premiaba la reproducción. Esta política llegó a ser una especie de grave compromiso cuando Tiurs formó finalmente una rígida sociedad bien controlada y confinada en la superficie de su planeta.

Ahora podía, súbitamente, volver a ser un valor efectivo. Cuando irrumpieran en las estrellas, no lo harían en forma tímida y mediante pruebas de carácter colonial, sino con muchos miles de naves, cada una de ellas capaz de poblar un mundo en una sola generación.

Trabajaron para conseguir este fin con una voluntad febril. A través de Malatlo supieron que la Federación podía, con su ciencia, producir cantidades ilimitadas de cuerpos zombies, y por tanto, dirigieron sus pasos hacia esta investigación. Las incorpóreas personalidades encerradas en sus almacenes, que podían disfrutar de una existencia normal en Tiurs, volverían de nuevo a la vida en nuevos cuerpos y también en nuevos mundos. Latentes gérmenes fértiles de razas seleccionadas se almacenaban a millones. Progresó la investigación sobre armamentos a pasos agigantados. Parecía hallarse al alcance de la mano la invasión interestelar.

Y entonces...

—Los de Malatlo nos informaron de que conocían nuestros proyectos y que les horrorizaban —dijo Azard—. Al parecer creyeron que podían persuadirnos para que los abandonáramos.

Azard guardó silencio, dudando, y añadió:

—Tuvimos que silenciarlos.

—Eliminasteis a todo un mundo viviente —dijo Griliom.

Azard repuso:

—No podíamos detenernos en lo que estábamos haciendo. Y Malatlo estaba decidido a contar a la Federación todo cuanto sabía. Pensamos que no había otra alternativa.

—¿Cómo se destruyó Tiurs? —interrogó Sashien.

—Intentamos eliminarlo con campos de conversión después de partir —contestó Azard—. Es probable que para los investigadores futuros tanto la destrucción de Malatlo como la de Tiurs se conviertan en inexplicables. Entonces no nos dimos cuenta de que los campos de conversión eran muy poco estables. Se produjo una reacción prematura entre los de Tiurs. Después de eso...

Se encogió de hombros. Durante un momento, el viejo horror pareció nublar su mente.

—Nos sentíamos muy poco preparados y sólo disponíamos de días para actuar —continuó—. Hasta el último momento las secciones más valiosas de la población pasaron a centros de separación de personalidades. Solamente había escapado al estallido de conversión inicial una nave equipada con propulsión experimental interestelar. Era muy pequeña. Pero podía llevar tantas personalidades Raceels como se pudiesen salvar y una cantidad relativamente grande de células fértiles almacenadas, así como provisiones para un Raceel en un viaje que podría durar años, porque sólo había un lugar donde se producían cuerpos zombies para las personalidades salvadas, y ese lugar era la Federación humana de Hub... Griliom observó:

—Se analizó el cuerpo que usaste. Sin duda alguna es humano. ¿Cómo lo conseguiste?

—Había cierto número de seguidores de Tiurs cuando destruimos Malatlo —dijo Azard—. Yo formaba parte de un grupo que poseía las diversas condiciones que se precisaban para

llevar a la Federación nuestra nave de supervivencia. Mi personalidad se transfirió para tal propósito al cuerpo de un seguidor. El método empleado fue llevar al ser humano hasta el límite de la muerte física. El proceso disolvió su personalidad interior. Entonces se le inyectó la personalidad Raceel y se trató de reanimar el cuerpo. Fracasaron los primeros cuarenta y ocho intentos, en los que también murieron las personalidades Raceels porque no pudieron ser separadas de los cuerpos muertos en los que habían penetrado. Yo fui la transferencia número cuarenta y nueve. Se logró que el cuerpo reviviese y aquí estoy. Hubo un silencio y añadió luego: –Tenemos mucha información valiosa que podríamos intercambiar si, por ejemplo, los científicos a cargo de los métodos de transferencia de personalidad y los que desarrollaron los campos de conversión de masa recuperasen su existencia física. Os ofrecemos lo que han aprendido a cambio del uso de vuestros cuerpos zombies.

Azard no esperaba que respondiesen a la oferta. Sin duda debían creer que si deseaban tal información podían obtenerla de las personalidades que en aquel momento eran sus prisioneros y sin dar nada a cambio. Pero si le permitían continuar hablando, las personalidades liberadas tendrían más tiempo para encontrarles y destruirles.

Añadió nuevamente:

–No debéis juzgarnos con dureza. Nuestra historia y tradiciones convertían en una necesidad urgente la expansión de nuestra especie. No podíamos permitir que algo lo impidiera. Pero vuestra especie y la mía pueden ahora beneficiarse mutuamente. Tenéis que considerar esto en lugar de dedicaros a vengar a Malatlo. –Azard –dijo Odun–. Sospecho que no acabas de comprender cuál es la situación. La historia que contaste en la Federación se aceptó en principio, pero quedaste bajo severa vigilancia. Poco a poco se fueron haciendo evidentes ciertas incongruencias. Aun concediendo cierto margen al *shock* del desastre, no hablabas ni actuabas como lo haría un seguidor de Malatlo. Tus peticiones eran lógicas a la luz de la Actitud Malatlo. Sin embargo, resultaban excesivamente lógicas y nada comprometedoras.

«Luego está el asunto de tu mente. Presenta bloqueo automático a pruebas psíquicas. Las mentes humanas pueden mostrar esa capacidad en varias formas. En tu caso, sin embargo, el bloqueo entra en acción siguiendo un camino que hasta la fecha jamás ha empleado ninguna mente humana. De manera que se presentaba la cuestión de si tú eras en realidad, y a pesar del aspecto físico, enteramente humano. Mientras tanto, se había confirmado ya, tal y como tú has dicho, que los mundos de Malatlo y Tiurs habían desaparecido. Entonces, si no eras humano, serías sin duda una personalidad Raceel implantada en un cuerpo humano... y estabas intentando engañar a la Federación para que te ayudase a restablecer la especie Raceel. Azard le miró.

–Si se sospechaba eso, ¿por qué...?

–Fue una prueba. –¿Una prueba? –repitió Azard. Odun suspiró hondo y dijo:

–Incluso en un segundo plano, la Actitud Malatlo parece retener un curioso poder. Se decidió que si se hallaba alguna evidencia de que la destrucción de Malatlo se debía a un acto de inopinado pánico, acto que tú y los de tu especie lamentabais no sólo por la destrucción que provocaba a vuestro alrededor, entonces ayudaríamos a las personalidades Raceels a recuperar su existencia física. Pero todos tus actos desde que se inició este viaje

han sido una continua evidencia de la implacable hostilidad que vuestra especie siente hacia las demás. Hasta ahora has permanecido bajo constante observación.

Azard dijo, con tono ronco: –¡Eso no es posible!

–Por supuesto, hemos empleado ciertas precauciones –intervino Griliom, al tiempo que con un movimiento de cabeza señalaba el cuerpo tendido en el suelo–. Di a ese cuerpo un estimulante final antes de que le transfiriésemos la personalidad de lo que parecía ser uno de vuestros líderes. Esta fue una etapa en la animación de zombies que ignoraste. Los cuerpos a los que hace una hora pasaste algunas personalidades carecían de ese estimulante. Por lo tanto, murieron al cabo de unos minutos cuando las personalidades les hicieron recuperar su actividad normal. Por supuesto, las personalidades también fallecieron.

Azard intentó no creerla durante algunos segundos, pero Griliom decía la verdad. Azard miró los rostros que le rodeaban. Luego se dirigió a Odun:

–Usaste nuestro idioma. ¿Cómo lo has aprendido?

–Durante algunos años estudié las relaciones entre Malatlo y Raceel –respondió Odun–. La última nave que regresó del sistema me proporcionó cintas grabadas de vuestra lengua.

Odun se volvió a sus compañeros y añadió: –Creo que Azard nos ha dicho lo que necesitábamos saber.

Los demás asintieron con un movimiento de cabeza. –Entonces –resumió Odun–, ha llegado el momento de acabar con todo esto.

Su mano se movió y la oscuridad rodeó a Azard repentinamente.

Despertó pronto y miró a su alrededor, un tanto desorientado. Se hallaba en otra silla y, como antes, incapaz de mover sus miembros. Los otros tres se encontraban cerca de él, ocupados en algo.

Al cabo de algunos segundos se dio cuenta de que estaban en el crucero atmosférico. La pantalla mostraba la superficie de uno de los océanos planetarios. Las dos cajas de personalidades estaban a su lado.

Azard descubrió que podía hablar y preguntó, en voz alta:

–¿Qué estáis haciendo?

Los tres se volvieron al mismo tiempo. Griliom respondió en tono indiferente:

–Nos desembarazaremos aquí de las personalidades.

A pesar de todo, Azard no pudo evitar en su interior un profundo sentimiento de ira, mezclada con incredulidad. «Al menos, estos tres también morirán», pensó.

Al quedar liberadas, las personalidades lucharían furiosamente por la posesión de aquellos tres cuerpos e incluso por el suyo. Se hacía evidente que ni las personalidades que habitaban en los cuerpos, ni estos últimos, podrían resistir un ataque parecido.

Dijo:

–¡No tenéis autoridad para tomar tal decisión!

–La tenemos, Azard –afirmó Odun–. Por eso estamos aquí.

–Entonces eso significa que sois peores que nosotros. En nuestro caso sólo destruimos a la población de un mundo, pero vosotros liquidaréis a una especie inteligente.

Los tres humanos de la Federación no respondieron inmediatamente. En aquel instante contemplaban la pantalla, y Azard pudo mover la cabeza lo suficiente para hacer lo mismo. Al cabo de un momento comenzó a aparecer en la pantalla lo que parecía ser el borde de una brillante formación de color amarillo. Azard se dio cuenta en seguida de que era un fabuloso enjambre de miles de millones de diminutas criaturas marinas como las que habían visto anteriormente en la pantalla.

Griliom dijo, sin volver la cabeza:

–Ahí abajo hay una interminable provisión de cuerpos que carecen de personalidad e inteligencia. He ajustado los controles de estas cajas para que las personalidades Raceels queden libres en el momento que las cajas golpeen la superficie del mar. Emergerán y penetrarán en esos cuerpos, en los que podrán vivir algo menos de lo que nosotros calculamos como un año, es decir, la vida normal de estas criaturas. Luego morirán con ellas. Esa es la forma en que acabaremos con este asunto.

Odun añadió:

–Pero no te equivoques en esto, Azard. Conservaremos los óvulos Raceels y bajo nuestro control se creará una nueva generación. Sólo una terrible necesidad nos impulsaría a destruir una especie. Por eso vuestra especie no morirá. Pero sí morirán su historia, tradiciones y actitudes.

Azard preguntó:

–¿Y qué somos sino nuestra propia historia, nuestras tradiciones y nuestras actitudes?

Los humanos no replicaron, y Azard no se sintió muy seguro sobre si debía repetir su pregunta en tono más alto. Descubrió que, de súbito, aquello le era totalmente indiferente, y que incluso la pregunta carecía de importancia.

Luego notó que el crucero había descendido cerca de la superficie del mar y que alguien abría una escotilla. Cayeron las cajas al vacío y la escotilla se cerró herméticamente.

Azard comprendió que ya no sentía ninguna clase de emociones ante aquello ni ante nada más. Con su extraña habilidad, los humanos habían suprimido en él toda suerte de sentimientos. Acto seguido, notó que la actividad de sus sentidos se reducía y que estaba muriendo. Pero también le resultó indiferente. Pensó que, a su manera, los humanos de la Federación se mostraban piadosos con él.

Finalmente, murió.

Más abajo, las abiertas cajas flotaban en la brillante agua. Las personalidades, despiertas y terriblemente hambrientas de existencia física, descubrieron de repente que habían sido liberadas. Salieron de las cajas y hallaron a su alrededor abundancia de vida. Penetraron, tomaron posesión, se establecieron.

Quizá durante algún instante algunas de ellas entendieron que acababan de unirse a una forma de vida que no constituía vehículo hacia la conciencia. Pero entonces, al no contar

con apoyo alguno, también murió su propia conciencia.

Sin embargo, vivirían algo. Un poco menos de un año humano.

LA PATRULLA DEL SUEÑO

Charles W. Runyon

He aquí una versión galáctica del viejo mito del súcubo, donde los astronautas terrestres han de enfrentarse con una mente mucho más sutil y diabólica que la del propio diablo.

Harul dejó de sollozar cuando lo sujeté con correas dentro de la cápsula de paredes almohadilladas. Durante un instante sus ojos perdieron aquella mirada de terror que antes brillaba en ellos y apretó los labios. Luego preguntó:

–¿Dónde lo perdí, Marsh? ¿Qué voy a hacer ahora para volver a encontrar el camino?

–Ya te lo dirán cuando estés de vuelta a la base, viejo amigo. Volverán a ponerte sobre la pista, no lo dudes. Y ahora pórtate bien.

Después de cerrar la cápsula, apreté bien los tornillos y comprobé el estado de las juntas. A través de la mirilla pude ver cómo los ojos de Harul giraban bajo sus cejas; tenía la boca tan abierta que pude ver hasta el fondo de aquel túnel de color rosado que era su garganta; pero el grito tan estridente que lanzó quedó amortiguado por las paredes del cilindro. Apreté un botón para que el gas sedante penetrara en la cápsula y entonces vi cómo su rostro se relajaba. Puse en marcha el circuito de congelación, abrí la válvula de escape de aire e hice girar la rueda de la escotilla.

Acto seguido apreté con mi pulgar el conmutador y sólo sentí un ligero temblor cuando la cápsula comenzó a elevarse. Por un instante, la llamarada de los cohetes iluminó la oscuridad del firmamento, y, poco a poco, la cápsula se fue alejando hasta que desapareció en el espacio.

Me encontraba ahora solo, a seiscientos millones de kilómetros del ser humano más cercano, atrapado en mi insoportable realidad. La mujer se hallaba tendida en un diván adornado con cojines verdes, cubierta con una ligera bata. La tonalidad vivida de su carne contrastaba con las paredes interiores de mi nave–centinela, haciendo que éstas parecieran tan grises y abstractas como una fotografía en blanco y negro.

Ella cerró los ojos y retiró su largo cigarrillo de la boca, expulsando una bocanada de humo verde por entre sus labios de color naranja.

–¿Y ahora qué, soldado? –me dijo–. ¿Es que piensa pasarse la vida en esta cápsula de metal mientras sus compañeros en la Tierra se hacen con los mejores puestos y las mejores chicas ahora que ya son civiles?

Le volví la espalda y me puse a manipular en los mandos para conseguir la cena. En mi mente bullían pensamientos que se relacionaban con filetes de ternera, salsa de hongos, puré de patatas y vino tinto. Pero cuando el tanque nutritivo cesó de funcionar, aquellas gachas de color gris no tenían nada en común con lo que yo había pensado comer. Había entrado en el servicio a la edad de doce años y ya no me acordaba del verdadero sabor de los alimentos.

Ella se levantó y se puso a mirar por encima de mí hombro mientras yo controlaba la pseudogravedad sobre mis pseudopatatas. Mi olfato detectó la suave fragancia de su perfume y entonces me repetí lo que le había dicho a Harul la primera vez que ella apareció en nuestra nave–centinela dos semanas antes.

–Ella no es un ser real. Es una proyección, un pedazo de propaganda Fen y nada más.

Cogí mi bandeja y me volví de espaldas, pero otra vez la encontré delante de mí... bueno, entre la mesa plegable y yo. Llevaba uniforme de camarera del club de oficiales de la base central: una falda corta de color azul y una blusa de color marfil rosado, abierta hasta la cintura. Se parecía a una chica a la que había estado cortejando inútilmente durante

unos días de permiso que me dieron.

Por un momento pensé en ponerme a dar vueltas alrededor de ella, pero mi dignidad me impidió hacerlo considerando que estábamos solos en mi nave-centinela. Luego di un profundo suspiro y me dirigí hacia ella contemplando sus hermosos ojos verdes. Pero la mujer adoptó una postura amenazadora y me pregunté qué le habría pasado a mi mente si hubiera continuado avanzando hacia ella. La cabeza me empezó a doler debido a la lucha que en aquel momento se desarrollaba en mi subconsciente. Era mi voluntad contra... ¿contra qué? No lo supe.

Cuando me hallaba a dos pasos de ella, la mujer comenzó a rielar. Entonces sentí como si el espacio me apretara por todos los lados. De repente, todo el universo se inclinó imperceptiblemente hacia la izquierda y la muchacha desapareció.

Mientras comía, me puse a reflexionar. Estaba metido en un juego demasiado peligroso. Si ella no se hubiera movido, me habría visto obligado a aceptarla como una realidad objetiva. Harul se había marchado aquella noche en que lo encontré acariciando su almohada y murmurando el nombre de su esposa. Esta había sido asesinada hacía tres años durante un ataque de Fen contra Solem. Su hijita había sido capturada y puesta dentro de un compuesto Fen para engordar. Harul pensó que pronto sería devorada por aquellos repugnantes artrópodos grises de diez patas, pero cuando la niña se subió a sus rodillas y le pidió que jugaran a los caballitos...

«No puedo hacer nada para evitarlo», me dije a mí mismo mientras miraba en dirección a un mamparo donde había una mancha negra y donde Harul había intentado poner fin a sus torturadoras visiones con una barrena. De haber logrado hacer un agujero en el mamparo de la nave-centinela con la barrena, ambos habríamos muerto en el espacio.

A partir de aquel día escondí todos los instrumentos puntiagudos que había a bordo, tales como tijeras, cuchillos, punzones, etc. Más tarde, también me vi obligado a ocultar las navajas, pues Harul había intentado cortarse la garganta con una daga. Luego, cuando Harul intentó ahorcarse haciendo una cuerda con sus sábanas, decidí no dormir hasta que él estuviera profundamente sumido en el sueño bajo el efecto de los sedantes. Una noche me despertó un ruido y encontré a Harul manipulando los controles con el fin de dirigir la nave hacia la Zona N. Se trataba de una zona a diez años-luz de distancia, llena de planetas muertos y de espacio vacío que constituía una tierra de nadie. A todas las naves que penetraban en aquella zona les esperaba la misma suerte que a un ratón que penetrase en una habitación llena de gatos hambrientos.

Por eso no tuve otra alternativa que enviar a Harul a la base. Ahora me doy cuenta que al desembarazarme de él me encuentro mucho mejor. Recogí los platos y las tazas y los introduje en el convertidor, donde quedarían hechos pedazos y convertidos en átomos. Más tarde, estos átomos volverían a reunirse y formarían platos, alimentos, ropas o cualquier otra cosa que el cuartel general de mi unidad había programado sintetizar. Manipulé en los mandos para conseguir café y un cigarrillo, y luego me senté en la mesa, mientras reflexionaba que aquel hemisferio veintidós podía considerarse como mi único universo habitable.

Nada podía ser menos estimulante para un ojo humano. Todos los instrumentos, literas, servicios y los equipos de comunicación estaban empotrados en las paredes de la nave y

cubiertos por paneles de duroplast transparente. Estos paneles eran luminiscentes, dando la impresión de que uno se encontraba dentro de una membrana transparente, envuelto por una vasta incandescencia. La luz, al igual que en las prisiones, siempre estaba encendida. Y a pesar de que había unas escotillas en dicha «membrana», ello no impedía que sintiera la impresión de hallarme encerrado dentro del embrión de un huevo gigantesco.

De repente ella apareció ante mí, sentada en un sillón que estaba situado enfrente.

–¿No podríamos conseguir una vela? –me preguntó.

Una vela apareció entre nosotros, iluminando con su suave resplandor el bello rostro de la muchacha. Su pequeña nariz hacía que sus ojos pareciesen aún más grandes. También me di cuenta de que sus colmillos superiores eran prominentes.

–¿Y música? ¿No podríamos tener música?

Inmediatamente se oyeron unos violines a nuestra espalda. La muchacha se levantó y, sacudiendo su larga cabellera sobre sus hombros, se acercó a mí y me preguntó:

–¿Quiere que bailemos?

Arrojé mi taza de café a su rostro sonriente. Ella, al ver mi intención, se echó a un lado y la taza fue a estrellarse contra la pared haciéndose mil pedazos. Mientras me dedicaba a limpiar el suelo me pregunté qué habría pasado si la taza hubiera chocado contra su nariz. Pero inmediatamente aparté de mi mente aquel pensamiento. Sí, era mucho mejor no preocuparse tanto por aquella mujer que se me aparecía por todas partes.

Pero he aquí que un minuto más tarde apareció sentada en mi sillón, recostada sobre una almohada de color amarillo. Su cuerpo se hallaba cubierto por una capa de crema dorada, cosa que me extrañó.

Me volví de espaldas y manipulé los mandos para obtener otra taza de café, pero me olvidé de pulsar el botón de la taza y entonces el líquido hirviendo me quemó los dedos. Hice una pirueta como si estuviera bailando, mientras apoyaba mi mano derecha en mi estómago. Entonces la muchacha apareció sentada en la silla de control llevando unos pantalones transparentes como esos que usan las mujeres árabes en los harenes y contemplándome con una sonrisa maliciosa en sus labios.

–¿Sabes una cosa, querido? –me dijo–. Puedes coger una silla y sentarte si crees que tus jefes te enviarán pronto a una persona para que te sustituya.

No hice caso de sus palabras, pues consideré que mi mente, la mente de Egbert Yancy Marsh, disponía de recursos suficientes para conseguir todo lo que me propusiera. Sin embargo, luego me di cuenta de que probablemente ella podía tener razón. Entonces cogí el aparato electrónico emisor y pulsé el botón A-7 (sólo se utilizaba para casos de emergencia), consciente de que me exponía a una fuerte reprimenda por parte de mis superiores. En efecto, los únicos mensajes que podían enviarse a través de la frecuencia A debían estar relacionados con casos muy graves: muerte física inminente, invasión por seres procedentes de otra galaxia o en caso de captura de una nave espacial Fen.

Cuando la luz roja se encendió en el tablero de mando, me puse a enviar mi mensaje: Me encuentro bajo los efectos de un fuerte ataque hipnótico. Solicito ayuda inmediata.

Me senté ante la pantalla de mensajes y allí estuve esperando por espacio de media

hora. Podía oír a la muchacha paseándose por la nave, pero apenas me tomé la molestia de volver la cabeza y averiguar qué era lo que estaba haciendo o pretendía hacer.

Minutos después unas letras brillantes aparecieron en la pantalla: Póngase en contacto con la secretaría médica, unidad psiquiátrica, prioridad P-2.

Permanecí en silencio al comprobar la prioridad que me habían otorgado. Aquello me había desilusionado. En efecto, el mensaje recibido significaba que tendría que utilizar el transmisor subespacial de voz etérea, es decir, algo así como si hace quinientos años hubiera enviado un mensaje utilizando una diligencia de la Pony Express disponiendo de un teléfono al alcance de la mano.

Di un profundo suspiro, cogí el micrófono y dije lo siguiente: «Aquí Marsh dos-tres-cinco-dos-nueve-siete, vigía de la nave-centinela. Clase A cuarenta y siete. Atención secretaría médica, unidad psiquiátrica, me encuentro sometido a un fuerte ataque hipnótico. Envíen ayuda.»

Hice una pausa para coger aire y la máquina continuó funcionando, esperando mis siguientes palabras. Cuando al final todo el mensaje fue registrado, éste hubiera cabido en un trozo pequeño de cinta. En la base, este mensaje sería examinado, registrado, comprobado y pasaría por mil manos antes de llegar a su verdadero destino. Algunas veces, este proceso había llegado a durar varios días.

Luego me aclaré la garganta y dije:

—No sé quién es usted, pero tiene que ser un experto en esta materia. Escúcheme. Me vi obligado a enviar a la base a mi compañero en la nave-centinela. Necesito que me envíen rápidamente otro. Me encuentro solo al borde de la Zona N, y aquí hay una muchacha que no deja de molestarme. No sé quién es, pero sí puedo asegurarle que se parece mucho a una camarera que me encontré durante el banquete que dieron en el club de oficiales. Me pregunto si los Fens no habrán encontrado un medio para proyectar imágenes dentro de nuestras naves espaciales. Si esta muchacha fue capturada, ello lo explicaría todo, incluso el hecho de que mi antiguo compañero se pasara los días viendo a su esposa e hija cuando éstas ya estaban muertas, asesinadas por los Fens. En cuanto a esta muchacha de que le hablaba antes es...

—Rose, querido, Rose Mary, y te quiero —dijo ella.

Yo cerré los ojos y continué hablando:

—Su nombre es Rose Mary, y, por lo que estoy viendo, no dejará de causarme problemas. Ruego, pues, un tratamiento urgente, de emergencia. Aquí Marsh dos-tres-cinco-dos-nueve-siete. Corto.

Acto seguido me dirigí a mi tablero de mandos y puse en funcionamiento las pantallas de visión a distancia. Estas estaban provistas de unos detectores que cubrían un radio de acción de dieciséis millones de kilómetros en todas las direcciones. Si las ondas emitidas captaban algo, inmediatamente lo transmitían a mi nave-centinela. Algunas veces los Fens interceptaban dichas ondas, por lo que me veía obligado a comprobar luego los resultados en las cintas. Mi labor era verdaderamente agotadora, pues en algunas ocasiones tenía que enviar muchas cintas llenas de datos a la base.

Hoy, afortunadamente, todas las cintas estaban vacías y el aparato electrónico emisor

de ondas funcionaba perfectamente. No esperaba tener tanta suerte.

Me levanté del sillón y me encontré de nuevo con otro problema. Mientras estaba jugando al ajedrez, una mano se deslizó suavemente por encima de mi hombro y movió el alfil blanco situándolo en una posición que amenazaba al caballo negro. Era precisamente el movimiento que yo había pensado hacer. Entonces me dije:

«Bueno, de todas formas, ¿por qué no dejar a esta muchacha que...?»

En ese instante mi mente se iluminó con una idea extraña y tiré al suelo todas las piezas.

Aburrido, cogí un proyector 3-D y me puse a ver una película que había filmado en mi planeta natal, Zporan, antes de que éste fuera evacuado ante el temor de una invasión por parte de la tercera flota. En la película se describían todas las peripecias por las que atravesaba la heroína de la misma hasta que al final era capturada por una bestia mava. Por un instante, me pareció ver entre aquellos repugnantes reptiles un rostro enmarcado entre largos y castaños cabellos... Me cansé de la película y paré el proyector. Luego me tomé una tableta para dormir y me acosté en mi litera.

Soñé que ella me visitaba durante el sueño. Me desperté con esa vaga sensación de culpabilidad que generalmente sigue a todos los sueños en que uno se ve representando el papel de malo. Entonces me di cuenta que sobre mi almohada se hallaba una larga cabellera de color castaño. Traté de tocarla e inmediatamente desapareció. Pero aquella cabellera no pertenecía al mundo de mis sueños: estaba plenamente convencido de que se trataba de una cosa real, de algo que yo había tocado con mi mano estando completamente despierto.

Durante el desayuno, ella se sentó delante de mí y se puso a leer un periódico. Me sentí algo avergonzado al no ofrecerle ni siquiera una tostada. Intenté levantar un muro mental entre ella y yo, pero la muchacha apenas se dio cuenta de mi intención y continuó leyendo el periódico.

–Tengo la impresión de que va a ser una guerra muy larga –me dijo por decir algo–. Imagine mi situación viéndome obligada a entrar en otras tres mil naves–centinelas, sin contar las grandes flotas de ataque. Dígame una cosa: ¿puede un hombre luchar cuando una hermosa mujer se encuentra enfrente de él empuñando un arma?

En ese instante el computador S empezó a emitir un extraño ruido. Me levanté, moví una manecilla y retiré la cinta. Acto seguido la introduje en otra computadora y entonces pude oír una voz bien modulada hablando con un acento de falsa camaradería que me irritó los nervios.

«Escucha, Marsh, soy Basil Underhof, unidad psíquica. Lamento mucho comunicarte que habrá un retraso en enviarte un nuevo compañero. Todos los hombres disponibles se encuentran en este momento en el Sector Q. En cuanto a ese ataque hipnótico de que me hablas, lo único que puedo decirte es que ha elevado a un alto grado tu nivel de sensibilidad, pero no proyecta ninguna imagen. Eres tú mismo quien crea esas imágenes de las que me hablas. Esas imágenes, hagan lo que hagan y digan lo que digan, representan tus propios pensamientos, si bien admito que ello puede empujarte a refugiarte en unas fantasías que podrían arrastrarte al suicidio. En cierta ocasión, el capitán Yakov creyó que su brazo era una serpiente pitón que trataba de estrangularle. De modo que puedes

considerarte dichoso de que en tu caso en lugar de una peligrosa serpiente se trate de una hermosa muchacha. A propósito, yo también me la encontré en el club de oficiales... y me dijo que no te conoce de nada, que nunca te había visto, pero que te enviaba sus más afectuosos saludos. Y ahora lo único que me queda por decirte es que recuerdes que dentro de seis meses tu misión habrá terminado, que pienses en cosas alegres y que examines detenidamente todos esos fenómenos de los que me hablas. De todas formas, tranquilízate, pues nuestro equipo de investigación está analizando todos esos extraños fenómenos de los que eres víctima. Ya te comunicaré el resultado de dicha investigación. Aquí Underhof, cuatro-siete-seis-nueve-dos. Corto.»

La cinta magnetofónica continuó girando hasta que cerré la clavija. La muchacha estaba apoyada contra el ojo de buey y sonreía.

—Me pregunto qué diría Underhof si regresaras a la base y lanzaras una bomba en la unidad psíquica.

«Este Underhof—me dije, sin hacer caso de las palabras de la muchacha—, cree que todo lo que me pasa es fruto de mis pensamientos. ¡Mis pensamientos! Este hombre tiene que estar loco. ¿Cómo pueden ser mis pensamientos?» No pude contener mi ira y cogiendo el micrófono le dije:

—Escucha, Underhof, seis meses no son nada cuando se está en la base, pero si sigo seis días más aquí dentro con esta bruja, me cortaré con mis propios dientes mi vena yugular. ¿Qué puedo hacer para echarla de aquí?

Después de haber enviado el mensaje, me pareció que un meteorito se acercaba a mi nave-centinela. Rápidamente me situé ante el tablero de mandos y me puse a comprobarlo, pues los Fens eran capaces de utilizar ese tipo de camuflaje para atacarme.

Cada uno de mis cuarenta monitores electrónicos me confirmaron que me había equivocado.

Decidí editar un periódico, recordando los días felices de mi juventud, cuando todo terminara. Durante un par de horas me sentí feliz trazando proyectos, pero de repente me di cuenta de que la muchacha se encontraba en el techo. Tanto sus cabellos como su falda se encontraban en posición correcta, desafiando las leyes de la gravedad artificial de la nave.

—¿Se ha detenido alguna vez a pensar que usted es la ilusión y yo la realidad? —me dijo ella.

Me estremecí al tener que valorar aquellas palabras, pero luego llegué a la conclusión de que aquello era pura locura. Así pues, me tomé dos comprimidos de somnífero y me fui a la cama. Ella me despertó para pedirme que le diera un vaso de agua, y entonces me di cuenta que el que estaba sediento era yo. Bebí agua y me volví a la cama.

Al día siguiente ella no habló nada en absoluto, y esta situación hizo que mis nervios estuvieran tensos y dispuestos a saltar como un muelle. Cuando utilizaba los servicios sanitarios, ella me miraba; cuando me daba un porrazo en la mejilla, movía los labios en un gesto de condolencia; y cuando se puso a examinar las notas que yo había escrito sobre mi proyecto de fundar un periódico, arrugó la nariz.

Aquella noche me desperté y la encontré junto a mí.

Me levanté de la cama. Las siguientes cinco horas las pasé haciendo solitarios, pero tuve que desistir al ver que ella, maliciosamente, me ponía las cartas boca arriba. Me aparté de ella y me puse a leer el periódico, quedándome dormido, la cabeza apoyada en las páginas del mismo.

Durante los dos días siguientes no pude apartarla de mi pensamiento, parecía que la tenía arraigada dentro de mi conciencia. La muchacha desarrolló una técnica que le permitía ignorar mi presencia, mientras que ella se me mostraba de mil formas distintas y sutiles. Más tarde comprobé que se había duchado muchas veces. Se había sentado frente a un espejo y se estaba peinando. Pero a cada momento deshacía el peinado que se había hecho para volver a hacerse otro nuevo. Una vez que hubo terminado de peinarse, se puso a leer unos libros que había en la mesa. Pero, hecho sorprendente. Leía comenzando por las últimas páginas hasta llegar a las primeras. Y, mientras, sus labios parecían susurrar una canción al mismo tiempo que golpeaba el suelo con sus pies.

Finalmente me encontré sentado en el puesto de control, pensando cuan fácil sería dirigir la nave hacia la Zona N, empujando hacia abajo la palanca de aceleración. Su mente tenía que poseer un don extraordinario, pues se volvió hacia mí y me dijo en un tono condescendiente:

—Quizá no sería una mala idea eso que estás pensando. He oído decir que los Fens están dispuestos a ofrecer una amnistía y una parte del planeta a todos aquellos soldados que atraviesen esa zona.

Aquello era demasiado. Ya no podía soportarlo *raes*. Me volví y la insulté. Luego cogí un sillón y lo levanté sobre mi cabeza con el fin de arrojárselo. Ella echó a correr y se escondió detrás de un panel. Aparté el panel y entonces vi que se había escondido detrás de una figura gigantesca a la que reconocí como mi antiguo sargento de entrenamiento en la base.

Entonces oí una voz dentro de mí que me decía: «*has resbalado en el mismo filo, Marsh.*» Pero luego oí otra voz que contestaba: «*¿Y qué?*» Aparté al sargento a un lado y la cogí por los cabellos, pero éstos se convirtieron en humo. La vi fuera de la nave, mirándome a través de la mirilla mientras se metía los dedos en los oídos. Me puse a dar golpes en la escotilla de la nave, en el sillón de brazos y en la mesa hasta que mis puños quedaron magullados.

En ese instante el zumbido del emisor-receptor me salvó de volverme loco. Me dirigí hacia él rápidamente, puse el contacto y me dispuse a escuchar.

«Soy Underhof, Marsh. Perdóname que haya tardado tanto en ponerte en contacto contigo. Ayer estuve esquiando con tu amiga. Pero, en fin, dejemos esto y vayamos al grano. Supongo que habrás matado la imagen hipnótica, ¿no es así? Precisamente ahora me acuerdo de una persona que trató de hacerlo. Se presentaron algunos desagradables efectos colaterales, pero nada más. Desde luego, tienes que creer primero en su existencia antes de pensar en su muerte, pues de lo contrario volverá a resurgir. A mi juicio, creo que no es muy seguro este método, pero, al menos, te tendrá ocupado en algo. De modo que levanta ese ánimo y piensa que aquí en la base hacemos todo lo que está en nuestras manos por vosotros. Aquí Underhof, cuatro-siete-seis-nueve-dos. Corto.»

¿Podía yo creer en su existencia? Según mis sentidos, sí, podía. Sin embargo, siempre

tendré ciertas dudas sobre la verdadera existencia de esta muchacha. Aunque, bien mirado, dudar de su existencia era igual que dudar de la realidad, dudar incluso de mi propia existencia.

Aquella noche ella me visitó cubierta con una ligera bata de color negro. Entonces yo se la quité y la retorcí hasta hacer una cuerda que inmediatamente le puse alrededor del cuello. Sus ojos se desorbitaron y su lengua salió desmesuradamente de su boca. Entonces, la muchacha, al darse cuenta que pretendía estrangularla, me dijo con voz apenas perceptible: –No lo haga, soy una persona real... Cuando estuvo muerta, la desmembré con un cuchillo que había escondido después de lo sucedido con Harul. Su sangre se derramó por la mesa deslizándose y cayendo al suelo. Mis zapatos quedaron empapados de sangre y hacían un ruido característico cuando me movía.

Luego me puse a cortarla en pedazos con el cuchillo. A continuación cogí esos pedazos y los corté en trocitos todavía más pequeños. Cuando hube terminado de descuartizarla, cogí todos los pedazos, los metí en una bolsa y la lancé al espacio por la escotilla de salvamento.

Los restos de la muchacha flotaron en el espacio alrededor de mi nave durante dos días. De vez en cuando, un dedo o un riñón pasaban flotando por el espacio y yo los observaba a través de los ojos de buey de mi nave. Pero aquel espectáculo tan deprimente llegó a afectarme tanto que cambié de rumbo la nave y me alejé de aquel sitio. Aún recordaba las últimas palabras que ella me dirigió antes de morir.

«La has matado, Marsh –me dije a mí mismo–. Ella sólo pretendía hacerte compañía y tú en cambio la has asesinado. Eres un ser miserable.»

Me habría gustado haber conservado un recuerdo de ella, como, por ejemplo, un trozo de su vestido, un mechón de sus cabellos o un globo del ojo. Mi actitud era la de un enamorado que había perdido a su ser más querido. Me acordaba de muchos detalles de ella. Siempre estaba pensando en su peculiar forma de andar, de su sonrosado cutis, de la forma en que movía las caderas cuando se limpiaba los dientes. Se me habían quitado las ganas de todo. No podía comer. No podía dormir.

Entonces me acordé de lo que hiciera el capitán Yakov y traté de cortarme las venas de mis muñecas mordiéndolas con mis dientes, pero, desgraciadamente para mí, éstos se habían debilitado tanto a causa de tomar alimentos en forma líquida, que me fue imposible. Entonces pensé en ahorcarme, pero tampoco pude lograrlo ya que la gravedad artificial de mi nave me lo impidió. Lo único que conseguí fue un espasmo en el cuello que me tuvo inmovilizado durante una hora. Entonces me di cuenta de lo difícil que era quitarse la vida en una nave espacial cuya misión era vigilar la aproximación de extraterrestres a nuestra galaxia. En efecto, dentro de la nave no había nada cortante ni punzante. En una palabra, no había nada con que quitarse la vida. Incluso las palancas de mando estaban fabricadas de un material de plástico flexible. Entonces traté de cortarme las venas con la espina de un pescado, pero ésta se disolvió en mis manos apenas la tuve cierto tiempo cogida entre mis dedos.

Sólo me quedaba un recurso para arrancarme la vida: dirigir mi nave hacia la Zona N. Dé modo que me dirigí al control de mandos y maniobré la palanca de dirección hacia dicha zona. Luego me dispuse a apretar a fondo el dispositivo de aceleración.

¡Ding! Una campana anunció la llegada de una cápsula.

Miré por una de las escotillas, pero no pude observar nada ya que los cristales de éstas estaban empañados por la niebla condensada del espacio. Me puse a esperar, y viendo que no aparecía nadie, me desesperé. Pero cuál no sería mi sorpresa cuando al cabo de unos instantes vi aparecer por la escotilla el rostro de *ella*. Mi mente explotó en mil fragmentos, cada uno de los cuales contenía su propio incoherente pensamiento.

Esta vez ella es una realidad. No, no lo es, tú la creaste con tu mente. Eres un auténtico asno. ¿Cómo has podido pensar que un ser viviente podía estar dentro de una nave espacial de las fuerzas aéreas del Estado? ¿Por qué no? Más difícil es admitir que una camarera del club de oficiales pudiera llegar hasta la nave dentro de una cápsula.

Finalmente llegué a la conclusión de que no debía aceptar aquello como una realidad. Entonces decidí lanzar un disparo y arrojar a aquella mujer al negro vacío. Pero cuando me disponía a hacerlo, me fijé en unas letras escritas en el costado de aquella cápsula:

CONTENIDO: UNA PERSONA CONGELADA

Rigomundo, R. M.

124921 Hembra

Rango: Cpl.

Destino: Centinela N-47

En aquel momento sentí una humilde gratitud por la benevolente omnisciencia del Ministerio del Espacio. Si Underhof hubiera estado presente, le habría besado. Apreté el botón de descongelación y esperé. Cuando hubo pasado cierto tiempo, la saqué de su cápsula y la introduje en mi nave. La deposité en mi litera y me puse a admirar la realidad de su presencia. Sus cabellos tenían unos reflejos dorados en los que no me había fijado antes.

Su respiración comenzó a acelerarse a medida que recuperaba el conocimiento. Para que estuviera cómoda, le quité su vestimenta blanca congeladora. Debajo de la misma llevaba una túnica de una sola pieza que le cubría hasta la cintura. En la solapa derecha llevaba la insignia de su rango, y en la izquierda, el emblema del Departamento del Espacio. En el bolsillo derecho de su chaqueta estaba bordada esta palabra: COMPAÑERO.

Ella abrió los ojos y me miró.

–Recuerdo que siempre pedía una bebida muy exótica –me dijo la hermosa muchacha.

–Sí, era gatroxip –le contesté–. Se trata de la cerveza típica de mi planeta natal.

–También recuerdo que me pidió que fuéramos a la Luna.

–Y se opuso, haciéndome recordar la ley que regula el compañerismo entre los miembros del Departamento del Espacio.

–Sí, se trataba de la ley XR428-22-6389 –dijo ella sonriendo.

Pensé que una taza de café facilitaría nuestras relaciones, rompería el hielo entre ambos. Entonces me dirigí a la alacena donde se conservaban los alimentos, mientras le decía:

–Supongo que esa palabra que lleva bordada en el bolsillo representa la respuesta del departamento psíquico a la guerra hipnótica, ¿no es así?

–Teniente, tiene usted enfrente a un miembro de primera clase del Cuerpo de Compañeros de las Fuerzas del Espacio Galáctico –me respondió.

Luego, me quitó las tazas de las manos y me dijo:

–Ese trabajo me corresponde. ¿Prefiere leche o azúcar?

–Ninguna de las dos cosas –le respondí mientras me daba cuenta de la forma en que sostenía las tazas.

Indudablemente se trataba de una muchacha tímida, pero, al mismo tiempo, una de esas mujeres eficientes junto a las cuales un nombre se siente tan inútil como un mono.

Se sentó frente a mí y se apartó los cabellos que le caían sobre sus hombros con el dorso de la mano.

–También necesito saber cómo le gusta que le preparen los huevos, y si prefiere las camisas planchadas con almidón. No, no me diga nada, no hay ninguna prisa. Seré su compañera durante el resto del viaje espacial.

Sentí tanta alegría que me entraron deseos de ponerme a dar saltos y a bailar. Luego le dije:

–¿Sabe usted que aquí no existe probabilidad alguna de tener en cuenta la ley XR-428-226389 sobre segregación de sexos?

La expresión de mi rostro fue tan lasciva al pronunciar aquellas palabras que el rostro de la muchacha enrojeció súbitamente. Acto seguido, sacó un papel doblado de su bolsillo y me lo entregó, mientras apretaba los labios.

–Espero que esto le quitará las ganas de bromear.

Aquel documento decía que el comandante en jefe, en representación del jefe de la flota ordenaba lo siguiente: «Por la presente declaro que hay estado matrimonial entre los siguientes miembros del personal: caporal Rose Mary Rigomundo y teniente Egbert Marsh, hasta que la muerte los separe y a menos que haya otra contraindicación. Contraindicaciones: ninguna.»

Volví a doblar el papel. A pesar del tono oficial en que estaba redactado aquel documento, aquel matrimonio tenía cierto aire de misterio, alguna cosa oculta que aún no había sido revelada. Vi que ella me miraba con cierta ansiedad en su rostro.

–Se trata –dijo– de una especie de procedimiento estándar que sólo es efectivo durante nuestro vuelo..., pero..., debo insistir en que soy una mujer educada a la antigua en el seno de una familia muy honesta y religiosa. Y ahora, si tiene la bondad de volverse de espaldas, estaré dispuesta para acostarme.

Hubiera sido absurdo oponerse a aquella situación, máxime después de haber leído aquel documento oficial. Me volví de espaldas para que ella se desnudara.

–Supongo que echará de menos el esquí –le dije.

–¿Qué le hace pensar que yo esquío? –me preguntó.

Sus palabras me dejaron confuso.

–Bueno... yo... la verdad... me lo había imaginado al ver sus musculosas piernas.

–Estas son las piernas de una camarera. Yo no esquío.

–Pero... es que Underhof me dijo que usted esquiaba.

Me volví, oyendo el eco de mi voz como si estuviera solo en la nave.

–¿Underhof? ¿Quién es ese hombre?

–Es... bueno... se trata de un oficial que trabaja en el departamento psíquico. Me dijo que había ido a esquiar con usted.

La hermosa muchacha avanzó hacia mí y rodeó mi cuello con sus brazos.

–Eso se lo dijo para impresionarle. Nunca he tenido una cita con ningún hombre de ese departamento. Son muy presuntuosos.

Había olvidado cuan delicadas eran las mujeres y cuan perfectamente se adaptaban a los hombres. Apreté mis labios contra la suave piel de su cuello y pensé en la prueba a que me había sometido la otra muchacha. Se trataba de una prueba que yo no podía ganar. Si Rose Mary conseguía aprobar el test, se marcharía. Y de lo contrario, también. Pero en este último caso, de una manera sangrienta...

–¿Seguro que no es usted una fantasía? –le pregunté para estar convencido del todo.

–Querido, si fuera una fantasía, ¿crees que estaríamos aquí discutiendo?

Se trataba de una lógica femenina bastante defectuosa, pero pronto me di cuenta de dicho defecto. El cerebro que ha creado la creencia en una mujer con el fin de disponer de ella misma, podía crear asimismo otra creencia en otro ser. Y si mi creencia requería el apoyo de cápsulas congeladas, uniformes y órdenes oficiales de matrimonio, entonces todo ello debería estar incluido en mis creencias.

Empecé a darme cuenta de lo que Underhof quiso decirme al referirse a los efectos colaterales. El no creer en la realidad no era diferente que creer en la ilusión.

Mis pensamientos comenzaron a girar en mi mente igual que los de Hamlet en aquel momento de indecisión.

Al día siguiente murmuré:

–Algunas veces es necesario perder la mente con el fin de permanecer sano.

–No te entiendo. ¿Qué quieres decir?

Oculté mi nariz en su hermosa cabellera y le dije:

–¿Qué tenemos para desayunar?

–Huevos batidos, mermelada, flapjacks, salchicha ahumada, jugo de naranja y café.
¿Qué tal te suena esto?

–Me suena a un excelente desayuno. Exactamente a un desayuno que en este momento tenía en la mente –le respondí riéndome.

Y reí.

Y...

¿Reí?

Libros Tauro
<http://www.LibrosTauro.com.ar>